

Cuadernos del Sur

26

U. ECO / E. GRÜNER / B. KAGARLITSKY / M.
BELLUCCI / M.LÖWY / A. DABAT / A. SHAIK /
J. HOLLOWAY / A. BONNET / E. M. WOOD / W. BONEFELD

150 años del Manifiesto

el horizonte insuperable de nuestra época.



G e o r g e L a b i c a

El marxismo entre ciencia y utopía

DIANA HOCHRAICH

ASIA Crisis bancarias y
conmociones monetarias: ¿una
vulnerabilidad generalizada?

Ana Dinerstein

**ARGENTINA:
DESOCUPADOS
EN LUCHA
CONTRADICCIÓN EN
MOVIMIENTO**

Denis Berger

Internacionalismo
e internacional(es)

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita / Roque Pedace / Alberto Plá / Carlos Suárez /
Alberto Bonnet

Brasil: Enrique Anda / Florestán Fernández [1920-1995]

Bolivia: Washington Estellano

Chile: Alicia Salomone

Perú: Alberto di Franco

México: Alejandro Dabat / Adolfo Gilly / Alejandro Gálvez C. / José María
Iglesias (editor)

Escocia: John Holloway

España: Daniel Pereyra

Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy

Italia: Guillermo Almeyra

Rusia: Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Colectivo de Gestión

María Rosa Lorenzo / Mariano Resels / Gustavo Guevara / Cristina Viano /
Leónidas Cerruti / Rubén Lozano / Inés Bonnet

Coordinación artística

Juan Carlos Romero

Cuadernos del Sur, número 26
Publicado por Editorial Tierra del Fuego
Argentina, abril de 1998

Toda correspondencia deberá dirigirse a:
Casilla de Correos nº 167, 6-B. C.P. 1406
Buenos Aires, Argentina
E-m: cds@cvtci.com.ar



CUADERNOS DEL SUR
incluye los sumarios de sus ediciones en la
base de datos de Latbook (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Índice

EDITORIAL	150 años del <i>Manifiesto Comunista</i> “el horizonte insuperable de nuestra época”	5
UMBERTO ECO	¡Qué <i>spot</i> , compañero Marx!	7
EDUARDO GRÜNER	“Toda la Historia, hasta el presente...”	10
BORIS KAGARLISTSKY	Des-revisando a Marx, 150 años después	14
MABEL BELLUCCI VIVIANA NORMAN	Un fantasma recorre el <i>Manifiesto</i> : el fantasma del feminismo	19
MICHAEL LÖWY	La profecía internacionalista del <i>Manifiesto</i>	25
ANWAR SHAIK	La más conmovedora y convincente introducción a las ideas económicas de Marx y Engels	27
ALEJANDRO DABAT	El <i>Manifiesto Comunista</i> a 150 años de capitalismo y socialismo	29
EMIR SADER	El <i>Manifiesto Comunista</i> visto desde América latina	33
ALBERTO BONNET	Leyendo el <i>Manifiesto</i>	39
JOHN HOLLOWAY	El <i>Manifiesto Comunista</i>	44
ELLEN MEIKSINS- WOOD	La teoría política y el <i>Manifiesto</i>	48
WERNER BONEFELD	150 años: reflexionando en la ira	51
DENIS BERGER	Internacionalismo e Internacional(es)	57
ANA DINERSTEIN	Desocupados en lucha, contradicción en movimiento	67
DIANA HOCHRAICH	Crisis bancarias y conmociones monetarias en Asia: ¿una vulnerabilidad generalizada?	95
GEORGES LABICA	El marxismo entre ciencia y utopía	117
REVISTA DE REVISTAS		133



150 años del Manifiesto Comunista

“el horizonte insuperable de nuestra época”



Un siglo y medio atrás fuertes vientos de libertad y liberación nacional recorrían Europa. La revolución de 1848, iniciada en Suiza y expandida rápidamente a todo el continente, con la excepción de Rusia e Inglaterra, resultó así ser la más europea de todas las revoluciones habidas en Europa. Por primera vez superaba los marcos nacionales y devenía en un fenómeno sociopolítico transnacional.

Sostenida en la revolución industrial en ascenso, el nacimiento de un proletariado fabril cada día más numeroso y concentrado, una burguesía emergente y una aristocracia ilustrada, que no soportaba más el despotismo e incultura de la monarquía absoluta, la revolución del 48 –“*il quarantotto*” como todavía se le dice en Italia– entrelazó las demandas políticas republicanas y de unidad nacional, pero fue al mismo tiempo el vehículo a través del cual se desplegó la lucha social contra la explotación y la miseria. Dando lugar a que, por primera vez en la historia, se mostrara la clase obrera como clase diferenciada.

«En junio de 1848 París es el teatro del primer gran combate de la historia entre burguesía y proletariado por el poder político». (Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*).

Así la revolución del 48 enfrenta decididamente a los resabios del poder feudal y a la monarquía absoluta, pero al mismo tiempo expresa un fuerte contenido antiburgués. La complejidad y riqueza de este proceso dejaría una impronta más que importante en la formación política de Marx y Engels, y es en los momentos previos a él que se constituye el marco general que da origen al *Manifiesto del partido comunista*. Sus jóvenes autores ya habían llegado a conclusiones centrales para su corpus teórico –la concepción materialista de la historia–, pero la irrupción de la revolución, largamente anunciada/esperada por ellos, los obligó tempranamente a intentar transformarlo en fuerza social revolucionaria. El resultado ha sido el *Manifiesto*.

Escrito en 1847, por expreso pedido de la Liga de los Comunistas ante la agitación social que se extendía rápidamente, fue pensado como un folleto

de intervención política en la coyuntura europea, sin embargo no tuvo ninguna influencia –llegó tarde, se publicó en Londres el 20 de febrero, pero sus traducciones se demoraron– y, paradójicamente, con los años se convirtió en uno de los documentos teóricos y metodológicos centrales para la formación del pensamiento marxista revolucionario de todos los tiempos.

A pesar de la economía de su texto, tan solo veintitrés páginas en su versión original, su contenido constituye casi un corte epistemológico con todo lo anterior –rompe con anteriores concepciones socialistas– propone una alternativa al capitalismo, incorpora un conjunto de conceptos y categorías al análisis político, introduce la consideración de la historia en el programa de acción político/práctico.

Ha inspirado a generaciones y generaciones de intelectuales, estudiantes y trabajadores en todo el mundo, luchadores todos de la causa de la emancipación social y del fin de la explotación del hombre por el hombre, marcando profundamente el mundo contemporáneo, no solamente por su enorme difusión, sino por ser una pieza de la literatura política de un hondo dramatismo y por sus conceptualizaciones histórico-teóricas rigurosas, muchas de las cuales perduran hasta hoy, y también porque en estos 150 años su prosa bella e incisiva como pocas ha dejado una huella de profundas implicaciones teóricas, políticas y culturales.

Sin embargo no se trata hoy de hacer una simple exégesis, sino de releerlo críticamente, colocándolo en la contemporaneidad del mundo capitalista actual. Consciente de esta responsabilidad *Cuadernos del Sur* convocó a un destacado grupo de intelectuales, pensadores del marxismo contemporáneo y militantes revolucionarios de distintos países y regiones del mundo. Algunos miembros de nuestro Consejo Editorial, otros colaboradores asiduos de la revista, para que nos enviaran textos breves que enfocaran la actualidad del *Manifiesto* desde distintas perspectivas. El resultado es el «dossier» que abre este número, que aspiramos aporte a la reflexión colectiva y al debate de ideas en este fin de siglo convulsionado y bárbaro.

E. L.

Buenos Aires, abril de 1998

(N. de R.) Entre las personas a quienes se les hizo llegar la invitación están el Subcomandante Marcos, del EZLN de México, Fernando Martínez Heredia, de Cuba, y el profesor Sergio Bagú, radicado en México, por distintas razones no pudieron enviar sus textos a tiempo, de ser posible los publicaremos en el próximo número.

¡Qué *spot*, compañero Marx!

Umberto Eco

No se puede sostener que algunas bellas páginas puedan, ellas solas, cambiar el mundo. Toda la obra del Dante no alcanzó para restituir un Emperador Sacro Romano a las Comunas italianas. Sin embargo, en la rememoración de tal texto, como lo fue el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, y que por cierto ha influido ampliamente en las vicisitudes de dos siglos, creo que es necesario releerlo desde el punto de vista de su calidad literaria, o por lo menos de su extraordinaria estructura retórico-argumental.

En 1971 se publicó un libro de un autor venezolano, Ludovico Silva, *El estilo literario de Marx*, que posteriormente fue traducido por Bompiani en 1973. Me temo que actualmente sea inhallable, y valdría la pena reimprimirlo. Rehaciendo también la historia de la formación literaria de Marx (pocos saben que también había escrito poesías, aunque, al decir de los que las leyeron, eran pésimas), Silva analizó minuciosamente toda la obra marxiana. Curiosamente, dedicó solamente unas pocas líneas al *Manifiesto*, quizás porque no era una obra estric-



tamente personal. Es una lástima: se trata de un texto formidable, que sabe alternar los tonos apocalípticos y la ironía, consignas eficaces y explicaciones claras, y que (si la sociedad

capitalista quiere intentar vengarse de las molestias que esas pocas páginas le han acarreado) debería ser religiosamente analizado aún hoy en las escuelas para publicitarios.

Por favor, leanlo nuevamente. Comienza con un formidable golpe de timbal, como la Quinta de Beethoven: «Un fantasma recorre Europa» (y no olvidamos que estamos todavía cercanos al florecimiento prerromántico y romántico de la novela gótica, y los fantasmas son entes que deben ser tomados en serio). Inmediatamente a continuación hace, a vuelo de pájaro, una historia de las luchas sociales desde la Roma antigua hasta el nacimiento y desarrollo de la burguesía; y las páginas dedicadas a las conquistas de esta nueva clase «revolucionaria» constituyen un poema fundacional —todavía útil hoy— para los partidarios del liberalismo. Se ve (quiero precisamente decir «se ve» en una forma casi cinematográfica) a esta nueva fuerza imparable que, empu-

jada por la necesidad de nuevas salidas para sus propias mercaderías, recorre todo el globo terráqueo (y, en mi opinión, aquí el Marx hebreo y mesiánico está pensando en el comienzo del Génesis), trastorna y transforma países remotos porque los bajos precios de sus productos son la artillería pesada con la cual derriba todas las murallas chinas y hace capitular a los bárbaros más endurecidos en el odio a lo extranjero, instauro y desarrolla la ciudad como signo y fundamento de su propio poder, se multinacionaliza, se globaliza, hasta inventa una literatura que ya no es más nacional sino mundial...

Al final de este elogio (que seduce en cuanto revela una sincera admiración) aparece una voltereta dramática: el hechicero se halla impotente para dominar las fuerzas subterráneas que ha invocado, el vencedor queda sofocado por su propia sobreproducción, se ve obligado a generar en su propio seno, a hacer surgir de sus propias vísceras a sus propios sepultureros, los proletarios.

Entra ahora en escena esta nueva fuerza que, inicialmente dividida y confusa, se destempla en la destrucción de las máquinas, es usada por la burguesía como grupo de choque forzado a combatir a los enemigos de su propio enemigo (las monarquías absolutas, la propiedad territorial, los pequeños burgueses),

y que progresivamente absorbe a parte de los propios adversarios que la burguesía proletariza, como los artesanos, los negociantes, los propietarios rurales. La insurrección se vuelve lucha organizada, los obreros entran en contacto recíproco a partir de otro poder que los burgueses han desarrollado para su propio provecho: las comunicaciones. Y aquí el *Manifiesto* cita a las vías férreas, pero también piensa en las nuevas comunicaciones de masas (y no olvidamos que Marx y Engels en *La Sagrada Familia* habían sabido usar a la televisión de la época, las novelas por entregas, como modelo del imaginario colectivo, y le criticaban la ideología usando el lenguaje y las situaciones que ellas había hecho populares).

En este punto entran en escena los comunistas. Antes de decir en forma programática qué son y qué quieren, el *Manifiesto* (en una soberbia movida retórica) se pone en el punto de vista de los burgueses que los temen, y plantea algunas preguntas aterrizadas: ¿pero vosotros queréis abolir la propiedad? ¿Queréis compartir las mujeres? ¿Queréis destruir la religión, la patria, la familia?

Aquí el juego se vuelve sutil, porque a todas estas preguntas el *Manifiesto* parece responder en forma tranquilizadora, como para ablandar al adversario. Después, en una movida repentina, lo golpea en pleno

plexo, y obtiene el aplauso del público proletario... ¿Queremos abolir la propiedad? Pero no, las relaciones de propiedad siempre han sido sujeto de transformaciones, ¿o acaso la revolución francesa no abolió la propiedad feudal en beneficio de la burguesa? ¿Queremos abolir la propiedad privada? Pero ¿qué tontería, ella no existe, porque es la propiedad de un décimo de la población en perjuicio de los otros nueve décimos. ¿Quién nos acusaría entonces de que estamos queriendo abolir «vuestra» propiedad? Y sí, eso es exactamente lo que queremos hacer.

¿Compartir las mujeres? Más vale, nosotros queremos quitarle a la mujer el carácter de instrumento de producción. ¿Pero queréis poner a todas las mujeres en común? La comunidad de las mujeres la habéis inventado vosotros, que además de usar a vuestras mujeres os aprovecháis de las de los obreros y como supremo pasatiempo practicaís el arte de seducir a las de vuestros pares. ¿Destruir la patria? Por el contrario, nosotros queremos que triunfando se conviertan en naciones.

Dos consignas memorables

Y así siguiendo, hasta esa obra maestra de reticencia que es la respuesta sobre la religión. Se intuye que la respuesta es «queremos destruir la

religión» pero el texto no lo dice: mientras aborda un argumento tan delicado insinúa, deja entender, que todas las transformaciones tienen un precio, pero que, en fin, mejor no abrir bruscamente temas tan candentes.

A continuación la parte más doctrinaria, el programa del movimiento, la crítica a los diversos socialismos, pero a esta altura el lector ya está seducido por las páginas precedentes. Y si en fin la parte programática resulta demasiado difícil, he aquí un acorde final, dos consignas que quitan el aliento, fáciles, memorizables, destinadas (me parece) a tener un éxito estrepitoso: «Los proletarios no tienen nada que perder (...) salvo sus cadenas» y «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Además de la capacidad verdaderamente poética de inventar metáforas memorables, el *Manifiesto* perdura como una obra maestra de la oratoria política (y no sólo eso), y debería ser estudiado en la escuela junto con las Catilinarias y con el discurso shakespeariano de Marco Antonio sobre el cadáver de Julio César. También porque, dada la buena cultura clásica de Marx, no es de excluir que él haya tenido presentes precisamente a estos textos.

Roma, enero de 1998.

“Toda la Historia, hasta el presente...”

Eduardo Grüner

El *Manifiesto Comunista* (en adelante, MC) es un texto que pertenece a un género político-literario perfectamente delimitado, codificado y con reglas precisas: el *panfleto*.

Género injustamente denostado y menospreciado por los historiadores de la cultura o los críticos literarios: algunos ensayos bellamente escritos y rigurosamente estructurados son decididos panfletos (piénsese, por no ir más lejos, en el *J'accuse* de Zola, o entre nosotros, en el *Facundo* de Sarmiento); lo mismo sucede con la poesía (desde Victor Hugo hasta Neruda, pasando por la extraordinaria poesía militante de un Maiacovsky), el cine (desde Eisenstein hasta *Novecento* de Bertolucci o los últimos *films* de Ken Loach, pasando por joyas panfletarias como *Los Compañeros*, *La Batalla de Argelia*, *Morir en Madrid*), la pintura (¿no es un panfleto el *Guernica* de Picasso?), por supuesto la novela y el teatro (Brecht, Sartre, Peter Weiss, Malraux y un largo etcétera sólo en el siglo XX), y aún la música (hay quien toma como panfleto incluso a la *Heroica* de Beethoven o la *Polonesa* de Chopin).

En suma: la pertenencia al géne-

ro panfletario no tiene por qué ir en desmedro de la calidad estética, del rigor argumentativo, y hasta de la «seriedad» científica, siempre que el texto sea juzgado en los términos estilísticos, retóricos y temáticos que corresponden a las leyes del género. Quiero decir: denigrar un panfleto porque no respeta las reglas del tratado filosófico o científico es desplazar interesadamente la cuestión. Para nuestro caso: despreciar el MC porque no es *El Capital* es hacer trampa. Trampa, entendámonos, intencionadamente *ideológica* y con un estricto contenido *político* la intención es demostrar que hay, como si dijéramos, *dos marxismos* perfectamente diferenciados, uno de los cuales (el del *Capital*, digamos) es una «ciencia» que merece ser estudiada en las cátedras universitarias y los asépticos gabinetes académicos y allí refutada o no (este es, por lo tanto, un *objeto* de estudio perfectamente neutral y despolitizado), y otro marxismo –el del MC, digamos– que es mera «propaganda de partido», pura publicidad o retórica persuasiva, apresurada diatriba de barricada que *no tiene nada que ver* con las complejas abstracciones de la «ciencia». La consecuencia política –y, diríamos, la

opción existencial que se ofrece a los intelectuales— es transparente: olvidémonos del griterío que sólo sirve para agitar a las masas incul-tas, y refugiémonos en nuestras bi-bliotecas para transitar con pacien-cia los áridos vericuetos de la teoría del valor o de la tendencia decre-ciente de la tasa de ganancia; cosas por las que, ya se sabe, nadie ha sa-lido a la calle a combatir.

Lamentablemente para esta pers-pectiva que el propio Marx hubiera tildado de «filistea», las cosas no son tan sencillas. La «filosofía de la *praxis*» de la cual hablaba Gramsci no puede ser descompuesta ni «decon-struída» en sus partes *teóricas* y sus aplicaciones *prácticas*, que confor-man una unidad dialéctica (una «sín-tesis compleja de determinaciones múltiples»): casualmente esta es la *diferencia específica* del materialismo histórico con cualquier otra teoría o *Weltanschauung* totalizadora; es lo que hace que el materialismo his-tórico *no sea* otra teoría económica o política, otra historiografía u otra sociología, sino que (al igual que el psicoanálisis freudiano, que *no es* otra psicología u otra filosofía) inau-gure, como diría Foucault, un hori-zonte de discurso completamente nuevo: discurso que incluye su *pro-pia práctica* como condición de po-sibilidad enunciativa, y práctica de transformación que implica su *autorreflexión teórica* como articula-ción «científica» de la acción.

Este es el mal llamado «método» de Marx («mal llamado», porque no se trata, tampoco, de un mero méto-do de análisis de la «realidad» pre-existente, sino que, en cierto senti-do, *produce* la realidad al intervenir en el mundo con su *praxis*). Está cla-ro que, por su propia naturaleza, no es un método acabado, cerrado de una vez para siempre: suponé la transformación permanente de sus propias *condiciones de producción*, y es por ello que mientras exista el mun-do que lo ha hecho posible como su propio límite dialéctico (mientras exista el capitalismo, en una palabra) seguirá siendo «el horizonte insupe-rable de nuestra época» (Sartre).

Y bien: este «método» está ya *to-talmente en funcionamiento* (poco importa sin con plena conciencia o no) en el MC, en ese «panfleto» que parece tan «simplificado», tan aleja-do de la complejidad teórica de los *Grundrisse*, del *Capital*, de las *Teo-rías de la Plusvalía*. Si por un lado podrían mostrarse pasajes enteros de cualquiera de esos arduos «trata-dos» que contienen un aliento épi-co y propagandístico comparable con el más violento estilo «panfle-tario» (reléase en esta perspectiva, por ejemplo, el famoso Capítulo XXIV del *Capital*), por el otro po-drían señalarse brevísimas frases del MC en las que está contenida —como potencial matriz o como conden-sación metafórica— *toda la teoría del materialismo histórica*.

Tómese, sin ir más lejos, la que posiblemente sea la frase más célebre (y más discutida, más cuestionada, más denostada) del MC: «La historia de todas las sociedades hasta aquí existentes es la historia de la lucha de clases». Se sabe cuáles han sido las críticas –presuntamente demoledoras– a que ha sido sometida esta frase, con frecuencia desde adentro mismo del pensamiento marxista o de izquierda en general: que representa una ilusión retrospectiva por la cual Marx y Engels proyectan hacia el pasado histórico su análisis de las formaciones sociales *capitalistas modernas*; que el mismo término «clase» está utilizado a la ligera y sin rigor, ya que antes del capitalismo *no hay* «clases» en el sentido estrictamente marxista del concepto, puesto que las distintas formas de «coacción extraeconómica» (política, jurídica, ideológica, etcétera) constituyen divisiones en castas, estamentos o *Stände*, pero no en clases; que, aún pasando por alto estos «errores», existen –y hoy más que nunca, con la proliferación y el estallido de los «movimientos sociales»– múltiples formas de lucha social que no pueden reducirse a su determinación clasista; que en la actualidad, por lo tanto, esa frase no es válida ni siquiera para el capitalismo, y *via dicendo*.

Bien, es probable que estas críticas contengan una parte importante de verdad. Podrían caer fácilmente

te en la tentación de «disculpar» a Marx y Engels de estos errores, argumentando justamente que el MC es un «panfleto» dirigido no a los estudiosos de la historia sino a los sencillos proletarios a los que es necesario movilizar en un idioma que puedan comprender rápidamente. Pero esto sería perder de vista lo esencial. A saber: sería perder de vista que –contra todo lo que alegan las diferentes versiones de una ideología «postmoderna» que pretende incluir al marxismo en el conjunto de los supuestamente superados «grandes relatos» de la Modernidad o la Ilustración– el materialismo histórico, todo él contenido en esta frase, no tiene absolutamente nada que ver con la imagen de una historia homogénea, teleológica y conducente al Progreso y la Felicidad Humana que es la propia del Iluminismo y de su hijo bastardo del siglo XIX, el evolucionismo positivista. En efecto: más allá del debate sobre si el término «clases» es el técnicamente más correcto (debate necesario, no es cuestión de negarlo), el acento de la frase está puesto en el concepto de *lucha*. La imagen que construye el MC, la imagen fundante del materialismo histórico como tal, es una imagen trágica: la de una sociedad dividida, fracturada, la de una «falsa totalidad» (para utilizar la expresión de Adorno) que no cierra, pese a las apariencias de globalidad armónica y coherente que trata de imprimirle

la ideología dominante. Que no cierra, porque aquélla misma «clase» de los productores explotados que permite su funcionamiento (llámense esclavos, campesinos, siervos de la gleba o modernos proletarios) son el síntoma irreconciliable que atenta contra el imaginario¹ de la armonía. Son la parte que al mismo tiempo hace que el Todo funcione como tal y que nunca pueda funcionar completamente, son, en breve, lo que hace que (para citar otra frase famosa del MC) «todo lo sólido se disuelva en el aire». Es en este sentido que un Lacan ha podido decir, enigmáticamente, que Marx «inventó» la teoría psicoanalítica del síntoma: porque este resto inasimilable, este productor de un excedente (material, pero también simbólico) es el que construye la «personalidad» imaginaria de las sociedades, pero también el que constituye su insoluble contradicción, su «neurosis», su «malestar en la cultura».

Podríamos ir todavía más lejos por esta vía. Podríamos decir: si toda la historia hasta el presente es la historia de la lucha de clases, entonces la lucha de clases, en cierto sentido, está fuera de la historia, puesto que es la condición de que haya historia, es su «motor». Esto es lo que la ideología (de la clase) dominante no podría nunca admitir: que ese conflicto, ese quiebre, esa crisis, no sea «pasajera» sino constitutiva de la sociedad y de la historia como tales.

De la misma manera, para proseguir la analogía, que el «Yo» consciente del neurótico no puede admitir que sus malestares y sus sufrimientos son el producto del conflicto permanente que se libra en la «otra escena» de su Inconsciente: la lucha de clases –para decirlo con Jameson– es el inconsciente político de la historia. «Hacer consciente lo inconsciente» –esa canónica consigna freudiana– es, pues, la finalidad última del «panfleto» que representa el MC. Desde luego que para cumplir esa finalidad no basta con su enunciado: es necesaria la práctica que el enunciado enuncia. Pero lo que el enunciado ya denuncia es lo que puede encontrarse desarrollado «científicamente» en los tres gruesos volúmenes de *El capital*: que no hay historia (ni sociedad, ni economía, ni, incluso, pensamiento) que no esté de alguna manera atravesada por ese desgarrón profundo en el orden espeso del universo. Todo lo demás que puede encontrarse en ella, incluidos los «movimientos sociales», las «identidades múltiples» o las «microfísicas del poder» que hoy están tan de moda, son de una u otra manera una consecuencia de esa fractura originaria. Pretender que eso ha sido «superado» (en un mundo como el que nos toca vivir hoy, nada menos) es lisa y llana justificación de –y complicidad con– la barbarie que en la actualidad se disfraza tras las máscaras amables y

tranquilizadoras del «fin de la historia» o de la «globalización».

En una palabra: la historia (o mejor, para ser consecuentes con Marx, la prehistoria) de la humanidad sigue siendo la de la lucha de clases. Y si un «mensaje» queda vigente del panfleto que hace ciento cincuenta años nos reveló este secreto insopor-

table pero a esta altura inocultable, es este: la historia es un campo de batalla con el cual se pueden hacer muchas cosas, incluso intentar huir de él; pero al cual no se puede ingresar impunemente.

Buenos Aires, marzo 1998.

Des-revisando a Marx, 150 años después

Boris Kagarlitsky

Después de los acontecimientos de 1989-1991 el socialismo marxista, que quince o veinte años antes parecía una fuerza real, se convirtió de nuevo en un fantasma. Intentos constantes, que comprometen los esfuerzos de exorcistas profesionales, han sido hechos desde entonces para dejar descansar finalmente a Marx. Pero el fantasma no ha partido.

Jacques Derrida, en su controvertido libro *Espectros de Marx*, aconseja a sus lectores a retomar el *Manifiesto Comunista*, escrito en 1848. "Hoy, casi un siglo y medio más tarde, hay algunos que, a lo largo del mundo, parecen estar absolutamente convencidos de que lo que uno está abordando es sólo un espectro

sin cuerpo, sin realidad presente, sin actualidad o efectividad, pero en este momento se supone un espectro pasado. Fue sólo un espectro, una ilusión, una aparición, o un fantasma: esto es lo que uno oye en todas partes hoy ('Horacio dice que esto no es sino nuestra Fantasía, / y no queremos dejar a la creencia asirse a ella'). Una aún preocupada señal de alivio: asegurémonos de que en el futuro no vuelva! Al final, el espectro es el futuro, está siempre por venir, se presenta a sí mismo como algo que puede venir o volver; en el futuro, los llamados poderes de la vieja Europa en el siglo pasado no pueden encarnarse a sí mismos, ni en público ni en secreto. En el futuro, oímos en todas partes hoy, no puede reencarnarse a sí

mismo; no puede serle permitido volver puesto que es pasado.”¹

Cuanta mayor vida hay en las visiones de Marx, mas natural parece el deseo de enterrarlo. Nadie se esfuerza por enterrar a Hegel o refutar a Voltaire, puesto que es claro aún sin esto que el hegelianismo y el volterianismo pertenecen al pasado. Las ideas de los filósofos del pasado han sido disueltas en las teorías modernas. Con Marx esto no ha sucedido. Tampoco puede suceder, puesto que la sociedad que él analizó, criticó y soñó con cambiar está aún viva. En este sentido el fin del marxismo puede venir sólo con el fin del capitalismo.

En función de volverse moderado, el socialismo hubo de pasar a través del revisionismo. Si el marxismo pertenece al pasado, entonces sus ásperas conclusiones han perdido su significado moral para la sociedad contemporánea. Todo lo que queda del socialismo histórico es un conjunto de “valores” generales, que cada uno es libre de interpretar como él o ella quiere. Es obvio desde luego que el capitalismo está cambiando y es por consiguiente inútil librar una batalla contra el mismo con la ayuda de citas de libros escritos en el siglo pasado. Ni la moderación ni el compromiso son pecados en sí mismos. Bajo condiciones políticas particulares todo partido serio es obligado a tener que buscar compromisos. En la política, no se pue-

de dejar de tener en cuenta la relación de fuerzas.

Pero la gente ideologiza su práctica a su propia y peculiar manera, y vuelve a las justificaciones de las acciones de los días presentes en ideología del futuro. Esto significa que una coyuntura política que es desfavorable para nosotros se vuelve un estado ideal, una desviación forzada en una sabia estrategia y la debilidad en valor. Donde esto ha ocurrido, la derrota deviene irreversible y la debilidad táctica deviene impotencia estratégica, mientras que el fin del movimiento, en vez de ser la transformación de la sociedad, deviene una adaptación más exitosa a la misma.

Hay un sabor de cuenta comercial en el término “revisionismo”. No estamos hablando aquí sobre un repensamiento o aún una crítica del marxismo, sino sobre un cálculo mecánico del efectivo de caja teórico, de los “aciertos” y “debilidades” de la doctrina. Siguiendo esta cuenta, unos pocos “valores” remanentes pueden ser usados, mientras que los productos ideológicos pasados de moda son castigados como desperdicios. En esta rigidez y “concretitud”, los revisionistas están estrechamente emparentados con el más obstinado de entre los ortodoxos. La única diferencia es que los últimos se aferran a todo ítem de la ideología intentando probar que debe ser absolutamente conservado

por si acaso. Los ideólogos revisionistas intentar esclarecer las premisas, desechando tan rápido como sea posible todo lo que es "superfluo".

El método analítico del revisionismo puede ser mejor denominado como descriptivo. Comparando la descripción de uno u otro fenómeno social en el marxismo clásico con la realidad moderna, los revisionistas muy razonablemente afirman que hay diferencias. Con esto el estudio llega a su fin, puesto que las diferencias son vistas como razones en sí mismas para rechazar las conclusiones de Marx. No hay ningún análisis aquí, en el sentido preciso de la palabra; es simplemente pensamiento superfluo. El problema es que la realidad continúa cambiando. Los acontecimientos y procesos descriptos por los revisionistas también se desvanecen en el pasado, dejando sus conclusiones sujetas a duda.

Históricamente, el discurso revisionista fue muy importante para el desarrollo del pensamiento socialista. El revisionismo de Bernstein fue el punto de partida para Lenin, Trotsky, Gramsci y los que siguieron. Los debates periódicamente recurrentes sobre la relevancia del marxismo, y las revisiones más tardías, marcan el acercamiento de un punto de viraje en la historia del movimiento y del pensamiento socialistas. Estos debates son testimonio

incuestionablemente de la crisis del marxismo o de sus interpretaciones dominantes, incluyendo las revisionistas.

Desde que la escolástica soviética oficial rechazó sus anteriores aproximaciones ortodoxas a mediados de los 80, un grupo de escritores ha intentado resumir las conclusiones generales del revisionismo y proveerlas de bases teóricas.² Los cambios genuinos que tuvieron lugar en el capitalismo occidental en los 60 fueron percibidos por las escuelas revisionistas como el fin del capitalismo tradicional. Eduard Bernstein vio los cambios que ocurrían en la sociedad occidental durante su propio tiempo de una manera similar, aunque para su crédito él se contuvo de delinear las simples conclusiones sostenidas por las escuelas revisionistas posteriores. Ay de mí, mientras están describiendo la "nueva realidad", ninguno de los revisionistas advierte cuánto esta ha estado envejeciendo. El Welfare State comenzó en todas partes a rendir sus conquistas. Los mecanismos de mercado comenzaron a liberarse a sí mismos crecientemente de toda forma de regulación, estatal o internacional, mientras que la propiedad privada fue afirmada como un principio sagrado y universal.

Los cambios tecnológicos no dieron nacimiento a la "economía de la libre creatividad", sino a la "economía de la fuerza de trabajo bara-

ta". La intensidad de la explotación se incrementa. La dependencia de los trabajadores respecto de la gerencia comenzó a aumentar y los salarios cayeron no sólo en los países desarrollados y en los estados otrora comunistas, sino desde mediados de los 90 también en cierto número de países occidentales.

Los teóricos revisionistas han preferido ignorar el neoliberalismo o presentarlo como un fenómeno temporario que meramente vuelve más complejo el desarrollo generalmente armonioso de la sociedad. Pero el neoliberalismo no es un "zigzag del desarrollo", no es un error de los políticos, sino la ruta principal de la evolución del capitalismo. Su esencia descansa en el hecho de que la sociedad burguesa no puede ya permitirse a sí misma mantener los logros sociales de décadas previas.

Es significativo que los revisionistas de los 80 y los 90 hayan subestimado el significado y la escala de la reacción neoliberal de la misma manera en que los marxistas ortodoxos en los 60 no desearon ver los cambios que ocurrían entonces. Los acontecimientos de los 90 han mostrado que si la naturaleza subyacente del capitalismo habían cambiado en algo, estos cambios han sido substancialmente menos de los que los teóricos de la izquierda moderada hubieran deseado. Mientras tanto, los "nuevos fenómenos"

a los que se refieren estos teóricos fueron en un grado considerable el resultado de la lucha de clases y del conflicto entre los dos sistemas, en otras palabras, fueron forzados al capitalismo desde afuera.

Después del "fin de la historia", la historia, en acuerdo completo con las ideas de Fukuyama, está comenzando de nuevo. La pregunta se presenta a sí misma inevitablemente: ¿quién está pasado de moda ahora? Desde la defunción del Welfare State el mundo no se volvió más justo ni más estable, ni siquiera más libre, desde que la conversión de la violencia en una norma de vida social está devaluando las libertades civiles. Pero mientras exponen los vicios del nuevo orden mundial, los izquierdistas no se oponen con su propia ideología. "La izquierda ha de aceptar el hecho de que el proyecto marxista de revolución lanzado por el *Manifiesto Comunista* está muerto. Habrá ciertamente revoluciones... pero no serán explícitamente socialistas, que sigan la tradición marxista que comenzó con la Primera Internacional." El americano Roger Burbach y el nicaragüense Orlando Núñez ven la única alternativa al neoliberalismo en los movimientos espontáneos que expresan necesidades básicas. Una nueva, más justa sociedad "habrá de venir de una amalgama de los diferentes movimientos nacionales, étnicos y culturales del mundo."³

A pesar del hecho de que muchos de tales movimientos son abiertamente reaccionarios, los izquierdistas no están encontrando en sí mismos la fuerza para condenarlos, puesto que la izquierda misma perdió su base psicológica y moral. Sin los principios tradicionales del socialismo, la izquierda no tiene más criterios para juzgar qué es progresivo y qué es reaccionario, o incluso ninguna idea seria del rol que los movimientos "nacionales, étnicos y culturales" juegan en el sistema del orden/desorden mundial. Incluso el hecho de que muchos de tales movimientos en Europa del Este han abrazado programas económicos neoliberales no frena a los izquierdistas occidentales de hoy. A los ojos de esta gente, las manifestaciones de un nuevo barbarismo están volviéndose indistinguibles respecto de la lucha por los derechos de los trabajadores.

La debilidad de la izquierda es un hecho real de la vida política de los 90. Las políticas anticapitalistas deben por consiguiente tomar un carácter defensivo. La resistencia a la ofensiva del capital es el mensaje del momento. Pero esta resistencia ha de ser fuerte y efectiva. Ha de estar basada en una clara y sobria comprensión de la situación, de las propias capacidades de la izquierda y de las finalidades del adversario. Las concesiones ideológicas debilitan la resistencia propia. En política, las finalidades claras y la confianza en

la justicia de la propia causa son condiciones indispensables para la victoria. Las concesiones no abren nuevas posibilidades para hacer avances. La paradoja de fines del siglo veinte descansa en el hecho de que la verdadera debilidad de la izquierda la obliga a existir sin compromisos. Con la presente relación de fuerzas, no puede haber "nuevo consenso" o "condiciones favorables a los trabajadores para un nuevo compromiso social". Cualquiera que sueñe con reformas debe primero luchar para cambiar la relación de fuerzas, y esto significa devenir un revolucionario y un radical en el sentido tradicional.

La demanda pública por una suerte de "remake" del marxismo histórico se hace sentir a sí misma a cada paso. Es esto lo que representa la principal necesidad básica de la humanidad de nuestros días; encontrarla es la principal y en esencia la única tarea del moderno movimiento de izquierda. Si no salimos adelante con esta tarea, nuestras vidas no habrán tenido ni sentido ni justificación.

Moscú, marzo de 1998.

Referencias

¹ J. Derrida: *Spectres of Marx*, Nueva York-Londres, 1994, p. 39.

² Ver V. L. Inozemtsev: *K teorii postekonomicheskoy obshchestvennoy formatsii*, Moscú, 1995. O. Smolin: *Kuda*

neset nas rok sobitii, Moscú, 1995.
I.K.Pantin en *Polis* núm. 4, 1996.

³ R. Burbach, O. Núñez y B. Ka-

garlitsky: *Globalization and its discontents. The rise of postmodern socialism*, Londres-Chicago, 1997, pp. 142 y 145.

Un fantasma recorre el *Manifiesto*: el fantasma del feminismo*

Mabel Bellucci / Viviana Norman**

Para el socialismo internacional, 1998 es un año de recordatorios por la Insurrección de París y la aparición del *Manifiesto Comunista*. Este último, especialmente, adquiere relevancia por ser el documento de identidad del proletariado industrial, todavía más en el contexto de los temporales posmodernos y del neoconservadurismo que luchan por perdurar.

El *Manifiesto Comunista* es el llamamiento a la emancipación humana de mayor influencia universal, desde la Declaración de los Derechos del Hombre. Pese a haber pensado a la clase obrera como un todo, el sujeto enunciado será los varones adultos. En este documento, las especificidades genéricas y etéreas no tuvieron estatuto de conflicto.

Estos matices sexistas se los podría comprender en el devenir de los acontecimientos históricos, pero no por ello justificarlos. Es

de nuestro interés recrear el clima de ideas emancipatorias de la época en torno a la sujeción femenina, con el intento de visibilizar a ese colectivo con sus nuevas singularidades, impresas a partir de las revoluciones Francesa e Industrial. En esta dirección, descubrimos que existieron demasiadas puntas como para que pasaran desapercibidas de la problemática social de entonces: mujeres obreras, mujeres luchadoras, mujeres escritoras, mujeres pensadoras, mujeres sufragistas, mujeres demandando, mujeres aclamando justicia en el espacio de lo público. Mientras que en el espacio de lo privado, la división sexual del trabajo –determinada por la reproducción biológica– fue entendida des-

de representaciones patriarcales: como una división natural, con todo lo que este sentido evoca y, por lo tanto, soslayando su categoría de construcción socio-cultural.



¿Y qué sucedió con Marx y su mirada crítica? Hurgar en su mundo privado-afectivo es descubrir su necesidad de mantenerse en regla, bajo las pautas de la sexualidad reproductiva y el status quo familiar monogámico burgués. Es oportuno rescatar en este caso, como en tantos otros, el lema paradigmático de las feministas de la segunda ola: lo personal es político.

Si Marx pudo manejar su intimidad con una moral judeo-victoriana sin pestañeos, ¿por qué nos debería extrañar la ausencia de desvelos por la situación de las mujeres en sus textos filosóficos y de barricada? No escuchó debidamente a Charles Fourier; pero tampoco inmortalizó a Flora Tristán, después de haberla seguido con atención de alumno en algunas de sus premisas. Se olvidó de ese Honoret de Balzac sacudido por las aberraciones machistas de la época, pese a que esta pluma distinguida de la literatura fue para Marx casi un objeto de culto. Cuando New York era todavía una aldea, más de trescientas mujeres escribieron *La declaración de sentimientos*, generando sin saberlo un manifiesto paralelo con doce puntos subversivos. Presumiblemente, no leída por los fundadores del socialismo científico.

Que todo lo dicho no suene a rencor sino a perplejidad. Gracias a los esfuerzos develadores de la historiografía feminista, ya los fan-

tasmas y los muertos se pueden sacar de los arcones. Entonces la memoria irá recobrando la claridad de la justicia.

Los olvidos en el mundo de lo público

El momento histórico de Karl Marx y de Friedrich Engels ya estaba impregnado por la radicalidad de las críticas y las polémicas que venían sucediéndose en torno a los derechos de ciudadanía civil, social y política de las mujeres, durante la desarticulación del Antiguo Régimen.

En la Europa del siglo XVIII, dos figuras serán las precursoras de la teoría feminista de la modernidad. Olimpia de Gouges por un lado, inspirada en la Declaración de los Derechos del Hombre, redactó, en 1791, la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*. Por el otro, Mary Wollstonecraft escribió, un año después, *La vindicación de los derechos de la mujer*. Ambos constituyeron alegatos inaugurales contra el impedimento de ejercer la igualdad en el nuevo espacio de lo público, construido —paradójicamente— como espacio de igualdad. Es decir: un sistema político definido por la universalidad, esto es, por la no exclusión, acababa excluyendo a las mujeres.

Durante la Revolución Francesa la participación femenina se expresó a través de una diversidad de for-

mas de ciudadanía, entre ellas la de intervención directa.

Pero no sólo las mujeres cuestionaron la discriminación y la desigualdad, también se escuchó la voz de varones lúcidos. Los socialistas utópicos —Saint-Simon, Fourier y Owen— avanzaron un paso más: pusieron en discusión las prácticas afectivas y sexuales de la burguesía. Así, lograron visualizar en los fenómenos históricos epocales a los sectores más oprimidos de la sociedad industrial: los obreros, las mujeres y los niños.

Charles Fourier, dirigiendo su crítica al sistema civilizado, develó al interior de la familia la represión de las pasiones y el dominio hegemónico masculino. Desde este punto de vista, denunció la perversidad de la moral burguesa. La emancipación del eros, la disolución de la monogamia y la liberación de las mujeres en cuanto a sus obligaciones domésticas y familiares, serán los ejes vertebrales de su ideal de sociedad futura. Asignaturas que, aún hoy, quedan pendientes. Su lema *El grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación en general* impactará en los análisis posteriores del marxismo y del liberalismo, por su despliegue de osadía.

La gran figura del feminismo entre los socialistas utópicos ha sido Flora Tristán. Fue precursora en vincular las reivindicaciones de género con las de clase, al decir: “la mu-

jer es proletaria del proletario. Hasta el más oprimido de los hombres quiere oprimir a otro ser: su mujer”. Esta luchadora ardiente propulsó también el internacionalismo. Atravesó toda Francia, animando a los trabajadores a unirse y a organizarse a la voz de “*Proletarios del mundo, uníos*”. Fue un claro anticipo del posterior paradigma marxista, que no cuenta con el debido reconocimiento de su autoría o supondría una «voluntad de olvido».

Pero no todo el sexismo se dirimió en el campo de las ideas políticas, sino también en el de la literatura de la época. Gustave Flaubert, Honoret de Balzac, Henry Ibsen, alertaron sobre la desigualdad genérica. En tanto, la movida parisina se vió enriquecida con la iniciativa de Eugene Niboyet al fundar el primer periódico feminista: *La Voix des Femmes*, editado de marzo a junio de 1848.

Olvidos en el mundo de lo privado

Los atisbos movimientistas de las mujeres por sus derechos en el mundo de lo público no fueron comprendidos en el *Manifiesto Comunista* como un manifiesto de resistencia, de acción y presión, pese a los deseos expresados en este texto: “... los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente..”. Aún menos comprendieron las condiciones de funciona-

miento de la unidad doméstico-familiar.

Por explicar el antagonismo capital-trabajo, se diluyó en el concepto de desigualdad de clase el de género: por un lado, en el proceso de producción entre asalariados y asalariadas y por el otro, en la unidad doméstico-familiar entre trabajo doméstico y trabajo asalariado. Una de las manifestaciones más medibles de esta desigualdad entre los sexos es la remuneración. En el mercado laboral, las mujeres recibiendo una paga inferior. En la familia, careciendo de retribución material.

La división sexual del trabajo no fue tratada en el *Manifiesto*, por considerarse parte de la relación natural. De modo que dejaron sin abordar teóricamente la categoría de reproducción biológica, categoría constitutiva de la división de tareas entre los géneros al interior de lo privado; espacio que, de esta manera, se conforma para las mujeres en generador de desigualdad y sometimiento.

El *Manifiesto Comunista* no fue la única obra de la época que desconoció la función que cumple el trabajo doméstico femenino: la de reposición de la fuerza de trabajo, condición necesaria para la extracción de plusvalía. La razón de esta tendencia radicó en que el estudio de la organización de la producción material, enfatizó lo económico. A consecuencia de esa determinación analítica imperativa, la doble jorna-

da y el trabajo doméstico quedan ocultos en el proceso productivo.

Al priorizar la producción material, se soslayaron las variables de consumo y de intercambio, constitutivas y básicas de la unidad doméstico-familiar. Con estas formulaciones, se reforzó ese ocultamiento, dada su imposibilidad de abordar el rol protagónico de las mujeres dentro de las estructuras de parentesco. Perdiéron de vista el hecho de que los sujetos no sólo viven y trabajan en clases, también en familias.

A diferencia de Engels, Marx no pudo, por encontrarse consustanciado con el clima de la época, sustraerse de las teorías evolucionistas sobre la familia, entre ellas, la obra del etnólogo Lewis Henry Morgan. Para Morgan, el camino hacia la civilización habría recorrido cinco estadios: de la horda promiscua originaria se llegaba a la familia patriarcal monogámica.

Pero en el siglo XIX los antropólogos no fueron los únicos en hablar sobre la existencia del patriarcado. El historiador J. J. Bachofen fue su principal difusor. El patriarcado, fase final y superior de la Historia, superaría inevitablemente al poder de las mujeres. Los hombres eran forma y espíritu, mientras que las mujeres naturaleza y materia. La imposición de los valores superiores masculinos, y con ellos los de la familia patriarcal, posibilitaría finalmente el nacimiento del Estado, creación suprema del

espíritu humano, así definido por Bachofen.

No cabe duda que F. Engels, con su obra *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de 1884, logró despegarse de esta línea de pensamiento evolucionista. Su magistral formulación en torno al desarrollo antagónico entre hombres y mujeres en la familia monogámica y en torno a la primera opresión de clase, que fue la ejercida por el sexo masculino sobre el femenino, así lo expresa. Pero es ésta otra discusión.

Presumiblemente, fue todo este sistema de representaciones ideológicas que contribuyó a la invisibilidad del género femenino en el *Manifiesto Comunista*.

Redondeando conclusiones

De ser un mero programa partidario con estética de barricada, pasó a constituirse en una brillante conceptualización del capitalismo y en un llamado a derribarlo; adquiriendo así una vida propia que inspiraría a las luchas obreras durante el siglo XIX. Por lo tanto, recordarlo no es sólo un hecho nostálgico o una efeméride.

El *Manifiesto*, pretendió ser un programa teórico-práctico de urgencia de una agrupación replegada a la clandestinidad. Posiblemente, por esta razón presentó omisiones. Lo que resulta incomprensible es que con las numerosas reediciones, ésto

no se haya reparado. Si bien es un texto reflexivo de la política pensada desde la historia, lo que no debería haber estado ausente es el colectivo de mujeres en tanto sujeto de derechos en acción.

Hay que ensayar nuevas lecturas para enriquecer la teoría crítica del capitalismo con la teoría crítica del patriarcado; ampliando así el cuerpo teórico en torno a la explotación, la desigualdad y la injusticia universales. Y las feministas tenemos, en este sentido, aportes que hacer.

Hoy, a 150 años de su aparición, lo entendemos como un documento de pleno interés para dirigir nuestra mirada. Su significación histórica y política es indiscutible. Por ello, intentamos centrar la cuestión en ciertos interrogantes sugestivos:

—¿Por qué las luchas emancipatorias de las mujeres no fueron consideradas en el *Manifiesto* como luchas contra la opresión?

—Cuando el *Manifiesto* invoca a la clase obrera, ¿incluía o excluía a los movimientos de reclamo de mujeres?

—En el *Manifiesto* se hace referencia a las mujeres como un instrumento de producción de la burguesía. Cabría preguntar entonces qué se quiere decir cuándo se dice producción. ¿Se refiere a la producción económica formal, a la producción económica doméstica o a la reproducción biológica?

—Así también en este documen-

to se señala que la burguesía reduce las relaciones familiares a simples relaciones de dinero. ¿Se supone con ello que en el mundo privado no existían ya desigualdades e injusticias?

—¿Por qué no incorporar hoy las resignificaciones que hacen los estudios feministas sobre las categorías clásicas del marxismo (plusvalía, alienación, explotación, producción) al ámbito particular de la unidad doméstica y familiar? Cómo también por qué no incorporar los nuevos términos acuñados en torno al trabajo doméstico?

Lo particular de la teoría feminista enriquece la categoría *clase* con otra forma de opresión: la patriarcal. En el siglo XIX el desarrollo del capitalismo había permitido la construcción de un campo teórico, mientras que del feminismo existían sólo indicadores. En la actualidad, el acelerado trayecto de los estudios feministas, forjado desde los años 60, viene demostrando que no son un campo en el cual desaparece la importancia de las luchas entre el capital y el trabajo, ni son un conjun-

to de temáticas subordinadas a la «contradicción principal». Por el contrario, es en el feminismo desde donde se expresa hoy la lucha por las condiciones materiales de existencia y de ciudadanía plena de la mitad de la población. Y éste es un camino sin retorno.

Buenos Aires, febrero de 1998.

Referencias

* Agradecemos las lecturas críticas hechas por la antropóloga Mónica Tarducci y el doctor Atilio Borón. En tanto las correcciones de estilo estuvieron a cargo de Santiago Ortiz.

** Mabel Bellucci: activista feminista. Investigadora y Especialista en Estudios de la Mujer. Ensayista. Integrante del colectivo editor de la revista *Doxa*. Miembra del Área de Estudios Queer y Multiculturalismo en el Centro Cultural Ricardo Rojas, UBA. Miembra del grupo de estudio Familia: una visión antropológica y cultural del Centro de Estudios Avanzados, UBA.

Viviana Norman: socióloga. Investigadora. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

La profecía internacionalista del *Manifiesto*

Michael Löwy



¿Qué queda del *Manifiesto* 150 años después? Algunas de las limitaciones del documento ya eran visibles

en el siglo XIX, otras lo son a finales del nuestro. Estas limitaciones no resultan, como afirman la mayoría de los críticos del marxismo, de un exceso de compromiso revolucionario, sino de una posición insuficientemente crítica hacia la civilización industrial/burguesa moderna, que se manifiesta, por ejemplo, en un fuerte eurocentrismo, una subestimación de los conflictos nacionales generados por el mercado mundial, y una insensibilidad a las consecuencias ecológicas del desarrollo de las fuerzas productivas.

Es también necesario criticar el optimismo fatalista de la ideología del progreso, que inspira algunos de los pasajes del documento, como aquel en el cual se proclama que la derrota de la burguesía y la victoria del proletariado son “igualmente ineluctables”. Hay que oponer a eso la profunda intuición de Rosa Luxemburgo: “isocialismo o barbarie!”; no hay ningún futuro garantizado, en cada disyuntiva el resulta-

do histórico depende de la acción del sujeto emancipador.

Aun así, la orientación general del texto, su núcleo central, su *espíritu* —existe como el “espíritu” de un escrito— no perdió para nada su fuerza y su vitalidad.

Esta fuerza resulta de su calidad la vez *crítica* y *emancipadora*, es decir, la unidad indisoluble entre el análisis del capitalismo y el llamado a suprimirlo, entre el estudio de la lucha de clases y el compromiso con los explotados, entre el examen lúcido de las contradicciones de la sociedad burguesa y la utopía revolucionaria de una sociedad libre e igualitaria, entre la explicación realista de los mecanismos de la expansión capitalista y la exigencia ética de “revolucionar todas las condiciones en las cuales el ser humano es un ser disminuido, esclavizado, marginado, despreciado” (K. Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, 1844).

Desde muchos puntos de vista, el *Manifiesto* es no sólo actual, sino *más actual hoy* que hace 150 años. Veamos por ejemplo su diagnóstico de la *mundialización capitalista*. El capitalismo, insistían los dos jóvenes

autores, está llevando a cabo, a través del mercado mundial, un *proceso de unificación económica y cultural del planeta, bajo su dominación*. Ahora bien, eso era, en 1848, más bien una anticipación de tendencias futuras que una descripción de la realidad contemporánea. Se trata de un análisis que es *mucho más verdadero hoy*, en la época de la “globalización”, que hace 150 años, en el momento en que fue redactado el *Manifiesto*.

¿Cuál es la alternativa a la globalización capitalista? De todas las palabras del *Manifiesto* las últimas son sin duda las más importantes, las que tocaron a la imaginación y al corazón de varias generaciones de luchadores obreros y socialistas: *¡Proletarios de todos los países, uníos!* Se trata de un llamado, de una convocatoria, de un imperativo categórico, a la vez *ético y estratégico*, que sirvió de brújula en medio de las guerras, de los enfrentamientos confusos y de las tinieblas ideológicas. Este llamado también era *visionario*: en 1848, el proletariado no era sino una minoría social en Europa, sin hablar del resto del mundo. Hoy, la masa de los trabajadores asalariados explotados por el capital –obreros, empleados, agentes de los servicios, precarios, trabajadores agrícolas– es la mayoría de la población económicamente activa del planeta.

Marx y Engels no se limitaron a pregonar la unidad proletaria sin

fronteras. Trataron, durante buena parte de su vida, de dar forma concreta y organizada a la solidaridad internacionalista.

Más que en cualquier otra época, y mucho más que en 1848, los problemas urgentes de nuestra época son internacionales. Los desafíos que representan la mundialización capitalista, el neo-liberalismo, el juego incontrolado de los mercados financieros, la monstruosa deuda externa y el empobrecimiento del Tercer Mundo, la degradación del medio ambiente, la amenaza de crisis ecológica grave –para mencionar sólo algunos ejemplos– exige soluciones mundiales.

El falso “internacionalismo” de los bloques y estados “guías” –URSS, China, Albania– está muerto y enterrado. Ha llegado el tiempo de un nuevo inicio, que preserve al mismo tiempo lo mejor de las tradiciones internacionalistas del pasado.

Se puede observar, aquí y allá, los gérmenes de un nuevo internacionalismo, independiente de todo Estado. Sindicalistas combativos, socialistas de izquierda, comunistas des-estalinizados, trotskistas no dogmáticos y anarquistas sin sectarismo buscan nuevas vías para la renovación del internacionalismo proletario. Al mismo tiempo, nuevas sensibilidades internacionalistas aparecen en los movimientos sociales con vocación mundial, como el feminismo y la ecología, la teología de la

liberación, los movimientos de defensa de los derechos humanos. De la convergencia de todas estas co-

rrientes podrá surgir el internacionalismo del siglo XXI.

París, febrero 1998.

La más conmovedora y convincente introducción a las ideas económicas de Marx y Engels

Anwar Shaik

En las crisis, se extiende una epidemia que, en cualquier época anterior, hubiera parecido absurda: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; parece como si el hambre, una guerra devastadora mundial la hubieran privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados; ¿y por qué? Porque hay demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio."

El *Manifiesto Comunista*. Qué extraordinariamente perspicaz, incisivo y sarcástico documento es éste. Es tan poderoso en su identificación de los enormes poderes del nuevo sistema social que estaba ya moviéndose para conquistar el mundo entero. Y tan maravillosamente inso-

lente en su reclamo de que aún este behemoth será eventualmente derribado por los conflictos engendrados por sus propias profundas contradicciones internas. El brillo de Marx y Engels cubre estas páginas. Pero al fin es el capitalismo mismo, el real, existente, envolvente y conflictivo objeto de su escrutinio, el que continúa haciendo que su análisis sea tan relevante.

Leyendo el *Manifiesto*, es importante reconocer que el análisis económico de Marx en particular estaba todavía en sus etapas formativas. Algunas ideas importantes expresadas fueron subsiguientemente rechazadas por él, y otras substancialmente alteradas en su contenido. Dos ejemplos importantes y vinculados conciernen a los determinantes de los salarios y de las crisis económicas.

Sobre la cuestión de los salarios, es útil advertir que, mientras en sus

obras tempranas (1844-1850) Marx escribe como si el capitalismo siempre hiciera caer los salarios a un nivel de subsistencia (la pauperización absoluta de los obreros), rechaza más tarde esta idea en favor de la noción más general de que las fuerzas de la competencia capitalista evitan que los salarios reales crezcan tan rápido como la productividad del obrero (la pauperización relativa de los obreros). El último caso incluye al salario de subsistencia (en el sentido de minimum) como un caso especial bajo condiciones particulares de las fuerzas relativas del capital y el trabajo (Mandel 1971, p.20, 59, 140-151).

Sobre la cuestión de las crisis económicas, el *Manifiesto* se refiere a las crisis comerciales periódicas que dan surgimiento a “epidemias de sobreproducción” que son resueltas mediante la destrucción forzada de fuerzas productivas y mediante la extensión de los viejos mercados y la conquista de nuevos. Una vez más, en sus obras tempranas Marx se refiere intercambiamente tanto a las recesiones del ciclo de los negocios como a las mucho más profundas (y menos frecuentes) depresiones económicas, como crisis, y tiende a localizar su causa en la contradicción entre la tendencia del capitalismo a expandir las fuerzas productivas y su tendencia a restringir los salarios reales y de ahí a restringir el consumo de las masas.

Pero más tarde distingue entre

meros ciclos de negocios (que son disruptivos) y “crisis generales” (que son amenazadoras del sistema), y no vincula a las últimas con una explicación de “subconsumo” (que rechaza), sino con la “más importante ley de la economía política” —su propia subsiguientemente desarrollada teoría de la tasa decreciente de ganancia.

En el proceso de esta evolución, el término “sobreproducción” cambia de significado desde una referencia a la sobre-extensión de la capacidad productiva respecto de la demanda de consumo, a una sobre la tendencia intrínseca de la acumulación a aumentar la composición orgánica del capital y de ahí eventualmente disminuir la rentabilidad —la sobreproducción de capital (Shaikh 1978). En el primer caso, un aumento en los salarios también beneficia al capital, puesto que aumenta la demanda de consumo; así uno sólo necesita persuadir a los capitalistas de que es en su propio interés general. En el último caso, es una caída en los salarios reales la que beneficia al capital, puesto que esto podría aumentar la rentabilidad. Aquí, uno podría tener que luchar contra el interés general del capital, y del estado, para mantener aún los salarios reales. Las diferencias políticas son obvias.

El *Manifiesto Comunista* sigue siendo la más conmovedora y con-

vincente introducción a las ideas de Marx y Engels. Pero como todas estas cosas, uno debe siempre entenderlo en su contexto: como un llamado a la revolución basada en un poderoso y abarcativo análisis de la naturaleza del capitalismo.

Nueva York, enero de 1998.

Referencias

Mandel, E. (1971): *The formation of the economic thought of Karl Marx*, New York, Monthly Review Press.

Shaikh, A. (1978): "An introduction to the history of crisis theories", en *U.S. capitalism in crisis*, Union for Radical Political Economics, New York, Monthly Review Press, pp. 219-241.

El *Manifiesto Comunista* a 150 años de capitalismo y socialismo

Alejandro Dabat

El *Manifiesto Comunista* escrito por Carlos Marx para la Liga de los Comunistas alemana en vísperas de la revolución democrática de 1848, fue una pieza maestra de la literatura política moderna tanto por su prosa concisa, bella e implacable como por el vuelo histórico del razonamiento y la actualidad tantas veces renovada de sus propuestas. Desde su aparición fue el principal referente analítico, programático y simbólico de los millones de hombres y mujeres que convergieron en el más grande movimiento político y de construcción social de masas de los últimos dos siglos. El derrumbe del Campo Socialista y la reacción antimarxista que le siguió, afectaron muy fuerte-

mente su fuerza referencial para la nueva intelectualidad crítica post-comunista. Pero, paradójicamente, otros componentes del cambio mundial como la globalización del capitalismo, volverían a colocar en el primer plano aspectos centrales del *Manifiesto* como su grito final de combate: "¡Proletarios de todos los países del mundo, uníos!".*

El internacionalismo del *Manifiesto* fue el resultado de un análisis del capitalismo que aún hoy en plena mundialización asombra por su precisión y visión de futuro. "Mediante la explotación del mercado mundial la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base

nacional. Las antiguas industrias nacionales... son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones, se establece... una interdependencia universal de las naciones... tanto (al nivel de) la producción material, como intelectual". Dentro de este marco situaba la acción del proletariado, "la clase de los obreros modernos desarrollada por el propio capitalismo, que no vive sino a condición de encontrar trabajo, (y que) lo encuentra únicamente mientras su trabajo acrecienta al capital". preconizaba que su liberación sería "obra de los trabajadores mismos", que debía "hacer saltar toda la superestructura de la sociedad oficial" y que sólo lo podía lograr por su unidad internacional.

Esto fue escrito en los albores de la industrialización, cuando el régimen fabril sólo había alcanzado a un puñado de países (Inglaterra, Bélgica, Suiza, regiones de Francia y el nordeste de Estados Unidos, partes aún más reducidas de Alemania). Tanto la interdependencia de la producción y la cultura mundial

como la proletarización universal del trabajo, todavía eran y serían por mucho tiempo, una pura potencialidad del modo de producción en proceso de nacimiento, aún muy lejos de traducirse en relaciones sociales dominantes.¹ Esta confusión entre potencialidad futura y realidad presente daría lugar a tendencias muy fuertes a la exageración de las condiciones favorables a la revolución socialista y a la consiguiente formulación de propuestas políticas voluntaristas.

Una de estas tendencias fue la temprana subestimación de la capacidad de la burguesía para asimilar y realizar reformas que ampliaran la base política de su dominación. En esta dirección, el *Manifiesto* plantearía la tesis que proclamaba la necesidad inmediata de la revolución proletaria e inevitabilidad de la derrota del régimen burgués, a partir de la idea, en 1848, de que "la burguesía ya no era capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante en la sociedad" por su imposibilidad de asegurar condiciones mínimas de existencia al proletariado (p. 42).² Esa idea del *Manifiesto*, posteriormente complementada por la de la supuesta imposibilidad de la burguesía de desarrollar nuevas fuerzas, volvería a estar presente en formulaciones tan diversas como el programa trotskysta de transición o la teoría stalinista de la crisis general del capitalismo que

fundamentara la tesis contraria de “socialismo en un solo país”.³

En lo que hace a la capacidad revolucionaria socialista de la clase obrera, el *Manifiesto* sobrestimó las posibilidades de un proletariado fabril compuesto mayoritariamente entonces por niñas y niños, al plantearle tareas que excedían ampliamente sus posibilidades sociales, políticas y culturales, como la toma violenta del poder y el ejercicio revolucionario del mismo, la gradual “centralización de *todos* los instrumentos de producción en manos del Estado” o la planificación general. El llamado a este tipo de tareas, más que responder a la idea estratégica central de que la liberación de los trabajadores debía ser por obra de los trabajadores mismos, se adecuaba más bien a la idea jacobina (substituista) del liderazgo revolucionario de los elementos más radicales de la intelectualidad en nombre del pueblo (o del proletariado).

Esta ambivalencia del *Manifiesto* entre jacobinismo y socialismo democrático de masas no dejaría de tener consecuencias ulteriores muy importantes para el movimiento socialista. El impresionante éxito de la Segunda Internacional en la segunda mitad del siglo XIX resultó de la mejor tradición de autoorganización y acción de masas (reducción de la jornada de trabajo, sindicalismo, cooperativismo) conjuntada con la lucha por la demo-

cracia parlamentaria, que fueron prácticamente omitidas o tratadas incorrectamente por el *Manifiesto*.⁴ Por el contrario, la suplantación de la democracia por la dictadura revolucionaria en el contexto de las revoluciones del siglo XX, o la sustitución del proletariado por partido del proletariado primero y de éste por la burocracia estatista después, encontraron legitimación “comunista” en nombre de la tradición jacobina del *Manifiesto*. Pero en la medida en que lo hacía, el movimiento socialista fue alejándose cada vez más de la faceta internacionalista y de autonomía político-social del proletariado para acentuar la faceta dictatorial-estatista que lo conduciría a un callejón sin salida.

La entrada del mundo en una nueva época signada por el derrumbe del socialismo estatista, la revolución informática, la globalización del capital y la proletarización planetaria del trabajo bajo formas mucho más complejas (descentralización, flexibilización, precarización, femeneización, polivalencia, diversidad étnica) plantea al socialismo marxista nuevas oportunidades y desafíos. Entre ellos estará la manera de entender el legado del programa escrito por Marx para la Liga de los Comunistas que diera tanto que hablar en siglo y medio.

México, febrero de 1998.

Referencias

* Las citas al *Manifiesto* corresponden a C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, s/f.

¹ Esta relación de potencialidad sería demostrada científicamente por Marx más de diez años después en su principal obra, *El capital o Crítica de la economía política*.

² Las condiciones de explotación salvaje del proletariado databan de épocas anteriores (acumulación originaria y revolución industrial donde ésta se había dado) y, en todo caso, tendían a mejorar por lo menos en Inglaterra, el único país importante verdaderamente capitalista en sentido moderno. Entre 1844 y 1850 había tenido lugar en ese país el proceso de reducción de la jornada de trabajo de doce a diez horas diarias, en lo que constituiría la premisa del pasaje del capitalismo hacia formas más avanzadas (intensivas) de industrialización y explotación del trabajo (*El capital*, t. I, caps. 7 y 8). Tampoco resultaba correcta para esa época la identificación entre proletariado y sociedad (por la que debía entenderse más bien la gran masa de la población no asalariada). En realidad, la generalización del trabajo asalariado moderno tendería a coincidir ulteriormente con

el acortamiento adicional de la jornada de trabajo y logros salariales y de participación política y seguridad social de los trabajadores.

³ Sobre este punto puede verse nuestro libro *El mundo y las naciones*, CRIM-UNAM, México, 1993, pp. 159-161.

⁴ Dentro del planteamiento general de estatización de todos los medios de producción sin referencia a mecanismos concretos de gestión popular, resulta particularmente errónea la referida al campo (por el predominio casi general de la población rural y la pequeña propiedad de entonces). La estatización de la propiedad agraria y el derecho de herencia iría contra los sectores más dinámicos del campo y sentaría un precedente equivocado que ayudaría a justificar ulteriormente la barbarie stalinista de los años treinta. En contraposición a esta tesis, la socialdemocracia de Dinamarca, en los países nórdicos, convertiría al cooperativismo en pilar fundamental del desarrollo económico y social más avanzado de Europa occidental. Llama la atención que para países de economía agraria dominante basada principalmente en la pequeña producción, el *Manifiesto* propugne simplemente la expropiación de la propiedad territorial a secas (de toda):

El *Manifiesto Comunista* visto desde América latina

Emir Sader

1. ¿Qué lectura se puede hacer hoy del *Manifiesto Comunista* desde la América latina? Antes de esto, ¿tiene sentido una lectura latinoamericana?



el tema de la lucha de clases en su historicidad concreta. Cuando Lenin decía que era más fácil comenzar la revolución en la Rusia atrasada pero mucho más difícil construir el so-

cialismo, el apuntaba a la revolución en la Europa desarrollada como posibilidad de rescatar la revolución rusa.

El *Manifiesto Comunista* fue construido como una interpretación programática de las luchas de clase en el capitalismo, a partir de su forma hasta entonces más desarrollada, aquella protagonizada esencialmente por los movimientos obreros inglés y francés. La periferia del capitalismo existía para el capital, pero no encontraba aún la forma de expresión orgánica de la lucha de clases, la forma en que el *Manifiesto* las pensaba.

A partir del momento en que la revolución alemana fracasa, en esa perspectiva la revolución rusa estaría condenada al dilema: encerramiento en un solo país, con todas las consecuencias que de allí se desprenden, o sobrevivir jugando todas sus cartas a la recuperación de la revolución europea. En los dos casos, el movimiento comunista internacional no formuló una estrategia para el proceso de la lucha de clases realmente existente. En la primera visión la sobrevivencia de la URSS asumió un privilegio estratégico en detrimento de la extensión del proceso revolucionario, orientación más problemática aún cuando el estalinismo desnaturalizó el carácter de las conquistas revolucionarias de 1917. En la segunda

Aunque en forma distinta a *El capital*, el *Manifiesto* remitía a leyes generales de desarrollo de la lucha de clases, junto a definiciones programáticas de los comunistas. El proceso histórico era pensado en su extremo, en su forma más elevada de desarrollo, como formas en dirección a las cuales tenderían sus expresiones menos desarrolladas.

El hecho que el proceso histórico haya tomado una vía que no corresponde a esa proyección recoloca

El hecho que el proceso histórico haya tomado una vía que no corresponde a esa proyección recoloca

El hecho que el proceso histórico haya tomado una vía que no corresponde a esa proyección recoloca

mantiene la expectativa de que el proceso revolucionario mundial solamente podría avanzar a partir de la Europa desarrollada, cuando la configuración histórica de la lucha de clases asumía un itinerario distinto.

Si es cierto que, desde *La ideología alemana*, Marx ya había advertido que el comunismo, en condiciones de atraso económico, representaría tan solo la socialización de la miseria y la regresión histórica, el capitalismo realmente existente condenó a la periferia capitalista a no repetir de forma atrasada el itinerario de los países desarrollados, sino al estancamiento y al atraso. Dos formas diferenciadas de inserción en el mercado mundial, con sus correspondientes estructuras sociales internas, fueron los resultados del proceso de desarrollo desigual del capitalismo.

Sociedades con «mayoría de pobres» y sociedades con «minoría de pobres», como algunos descriptivamente las definen. O sociedades autocentradas y sociedades dependientes. O sociedades integradoras y sociedades excluyentes. Todas las definiciones captan aspectos reales, aunque parciales e insuficientes, para comprender su dinámica esencial.

El capitalismo reservó destinos muy diferenciados para la mayoría de la población de uno y otro tipo de sociedades. Más aún cuando había pleno empleo en los países capi-

talistas desarrollados y un excedente estructural de mano de obra que relegaba a los países periféricos a una correlación de fuerzas mucho más desfavorables para luchar por mejores condiciones de vida.

2. En estas condiciones, ¿qué papel fue reservado al *Manifiesto Comunista* en un continente como América latina? Independientemente de los análisis históricos, donde podemos situar más concretamente influencias y raíces historiográficas, del punto de vista político —esto es, de la lucha de clases, plano en el que se pretende situar *el Manifiesto*— su papel puede ser resumido en dos niveles.

El primero, sirvió como carta de presentación del marxismo para generaciones y generaciones de jóvenes, intelectuales, militantes y de quien quisiera interesarse por el destino del capitalismo y del socialismo, del mundo y de la historia en general. La idea de que «la historia de los hombres es la historia de la lucha de clases» y de que esta es el «motor de la historia», idea central del *Manifiesto*, tuvo una influencia generalizada en el continente, siendo el *Manifiesto Comunista* su medio central de difusión. Puede decirse que esas ideas esenciales solo se encontraban formuladas expresamente en el *Manifiesto*. Puede leerse *El 18 Brumario*, *El estado y la revolución* de Lenin, la parte inicial la

La ideología alemana, pero es a través del *Manifiesto* que las formulaciones clásicas del marxismo llegaban, salvo que quisiéramos someternos a los manuales, tanto de autores del marxismo occidental –Lefebvre, antes de todo– como de los amanuenses de la Academia de Ciencias de la URSS. En este plano el *Manifiesto* cumplió plenamente la tarea de presentar al debate público una de las interpretaciones fundamentales del mundo contemporáneo.

De alguna forma pesaba sobre las nuevas generaciones el peso de las tradiciones, más aún si ellas venían legitimadas por las interpretaciones difundidas por los países socialistas existentes hasta aquel momento, la URSS en primer lugar, secundada por la China. Ese aspecto se reforzaba si tomamos en cuenta el título original: *Manifiesto del Partido Comunista*, lo que remitía a un partido y, en aquellas circunstancias históricas, a una analogía inmediata con los partidos comunistas vinculados a la URSS, y a su interpretación de la historia.

El *Manifiesto* contribuyó así a propagandizar las ideas de Marx, pero, por su propio peso –teórico, por la densidad de las formulaciones, y político, por el movimiento comunista internacional que aparecía por detrás de él– tuvo que ser al mismo tiempo asimilado como formulación expresa de las leyes de

la historia de nuestro continente, para poder ser incorporado creativamente.

3. Uno de los temas centrales en debate en la izquierda latinoamericana recorría las alternativas de interpretación sobre la forma de reproducción de las clases sociales en el *Manifiesto* y sus diferenciaciones en relación al centro y a la periferia capitalista. Como consecuencia de una transposición mecánica del esquema del *Manifiesto*, el «obrerismo» comandó los análisis de clase de la izquierda en América latina. No solamente la tan mencionada «subestimación del campesinado» y, con ella, de la cuestión agraria, como la ausencia prácticamente total de «los pobres de las ciudades», los subproletarios, que se fueron convirtiendo en la mayoría de la población urbana a lo largo de las décadas de la segunda mitad del siglo. Sí es verdad que prácticamente en ningún país del mundo la clase obrera fue mayoritaria, pero de cualquier forma ella se constituyó como núcleo homogéneo y consistente en los países de capitalismo desarrollado, propiciando la hegemonía de la categoría trabajo y, principalmente, una visión reduccionista del trabajo, en términos de obreros urbanos. Como reflejo de esa visión, el movimiento sindical, urbano, fue la expresión más utilizada de la fuerza social de los partidos de izquier-

da y, como regla general, de la hegemonía de los partidos comunistas. Esto pasaba no solo en los países de mayor desarrollo relativo, sino también en El Salvador, en Nicaragua, en Cuba o en Perú. La prevalencia de ese esquema orientó la mayoría de los análisis, que podrían haber captado de forma más definida las particularidades del movimiento de reproducción de las clases subalternas en América latina, más allá de bloquear una evaluación más real de la efectiva correlación de fuerzas existente en cada país y en el continente como un todo.

Uno de los resultados fue que aquí, tal como en Europa con la revolución rusa, el viejo topo sorprendió también a la izquierda. La revolución no vino de Argentina, de México, de Brasil o de Perú, sino de las «atrasadas» Cuba y Nicaragua y persistió prolongadamente su fantasma en El Salvador y Guatemala, igualmente primario exportadoras. Por aquí también la revolución no explotaba como resultado de la persistente socialización del trabajo, del proceso de industrialización y urbanización, sino de las contradicciones no resueltas a lo largo del proceso de constitución de los capitalismo agrarios nacionales y de la forma como se constituyó el poder del imperialismo norteamericano, esto es, de la forma de reinserción de las economías nacionales en la

nueva división internacional del trabajo, en el pasaje de la hegemonía inglesa a la norteamericana.

De ahí que la revolución cubana también fuese una «revolución contra el capital», tal como Gramsci se había referido a la revolución soviética y, de alguna forma, también revoluciones contra el *Manifiesto Comunista*, en el sentido que su interpretación más generalizada tuvo en el continente. No fue la clase obrera, en strictu sensu, su sujeto social, ni un partido comunista su dirigente político. Fue un proceso de liberación nacional, donde las cuestiones nacional y democrática comandaron la dinámica que llevó al proceso revolucionario a una ruptura anticapitalista, mediada por los enfrentamientos con el imperialismo norteamericano en un contexto de guerra fría.

Se repetía, de otra forma, la experiencia soviética. A diferencia de ella, Cuba pudo apoyarse en el entonces llamado «campo socialista», sustituyendo la acumulación socialista primitiva, que tanta sangre, sudor y lágrimas había costado a Rusia. Fue solamente con el fin de la URSS que Cuba se vio delante del dilema de: «el socialismo en una sola isla», que la llevó a la política económica actual.

El anticapitalismo emergió así no de la maduración de las contradicciones de clase, sino de las tareas nacionales y democráticas no resuel-

tas. La historia concreta recolocaba dinámicas que los esquemas teóricos no podían y no deseaban captar. Lo que no impidió que el *Manifiesto Comunista* quedara como un texto solemne, de propaganda de ideas, de formulación de un determinado ritmo y dirección del proceso histórico, que serviría como norte general.

Por ello, ese norte apuntaba siempre hacia una referencia original – el socialismo era antes que todo un fenómeno de desarrollo y agotamiento de las potencialidades del capitalismo. La generalización de la categoría de trabajadores señalada en el *Manifiesto* evidencia una tendencia real. De ahí que la forma concreta en que los procesos históricos la reproducirán un siglo y medio después requiera de la redefinición de la categoría trabajo y de la de trabajadores, así como de repensar la dinámica de la lucha de clases a escala mundial.

Donde existió, bajo la forma que existió, el socialismo se reveló como un instrumento de recuperación del atraso en el desarrollo económico, compatible, hasta cierto punto, con la redistribución de la renta, especialmente mediante los derechos sociales universalizados. Este aspecto es el que recorre sus diferentes formas de existencia: de la URSS a China; de Cuba al Vietnam; de la ex Alemania oriental a la Nicaragua sandinista.

4. Por ello, el sentido general del desarrollo histórico de la América latina difícilmente pueda ser entendido por fuera de la lógica propuesta por el *Manifiesto Comunista*. La descripción de Marx respecto a la forma como el capitalismo retotaliza todas las dimensiones de la vida de las sociedades a que llega, es el factor clave en la comprensión de la forma como se articulan las historias de las sociedades latinoamericanas dentro del proceso internacional de acumulación capitalista. Se trata de la mención de Marx del descubrimiento de América como «un nuevo campo de acción» para el voraz capitalismo naciente.

La periodización de nuestra historia solo puede ser entendida, en esta óptica, como expresión de las necesidades de acumulación de las economías capitalistas centrales, que determinan los ciclos de explotación de las materias primas que les interesan y que son rentables como emprendimientos capitalistas de explotación colonial.

La propia naturaleza de esa explotación colonial solo puede ser aprehendida si la pensamos como un emprendimiento capitalista a escala mundial, como forma de integración subordinada a ese sistema. De ahí que el imperialismo estuviera presente desde el comienzo, como modalidad de articulación de la relación de la periferia con el centro del sistema.

La revolucionarización incesante de los instrumentos de producción tiene que ser enfocada en esta perspectiva: el capitalismo no está necesariamente comprometido con el desarrollo de las fuerzas productivas en esta parte del mundo. Su significado solamente emerge encuadrado en el proceso de acumulación en escala mundial, de la misma forma que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

En este marco –el del sistema capitalista como realidad histórica mundial, con su desarrollo desigual– es que deben ser entendidos los fenómenos históricos latinoamericanos, en particular las transformaciones históricas fundamentales, incluidos sus procesos revolucionarios. Si la revolución cubana ganó una transcendencia que otros procesos no tuvieron, como la revolución mexicana y la boliviana, por ejemplo, se debió a la capacidad de lectura de sus dirigentes de la fuerza inercial y del significado de su movimiento a la luz de los enfrentamientos globales entre capitalismo y socialismo. Si se hubieran queda-

do con una comprensión mecánica del *Manifiesto Comunista*, se hubieran propuesto alcanzar la industrialización en Cuba mediante una alianza subordinada con una fracción burguesa, supuestamente interesada en ese proceso.

Es en este sentido que al negar una visión inmedatista del *Manifiesto Comunista*, al ser una «revolución contra el *Manifiesto*», la revolución cubana terminó por afirmar las leyes generales del proceso histórico, comprensibles en una interpretación que piensa a la ortodoxia marxiana como una cuestión de método –conforme a la concepción de Luckas– y no de tesis. En esta óptica –y solo en ella– es que tiene sentido el tema de la actualidad del Manifiesto Comunista, en el plano de la realidad histórica concreta, donde los principios motores emergen como condición de inteligibilidad de lo real.

Río de Janeiro, marzo 1998.

(Traducción del portugués: Eduardo Lucita.)

Leyendo el *Manifiesto*

Alberto Bonnet



La idea de una clase trabajadora que fuera capaz de auto-emanciparse acaso haya sido la idea rectora del Manifiesto Comunista a mediados del siglo pasado. En nuestro mundo de fines del siglo veinte, de retroceso de los trabajadores en la lucha de clases y certificados de defunción respecto de la centralidad política del trabajo, esta idea es cuestionada y merece un renovado análisis.

En Marx, la identificación de la clase trabajadora como sujeto revolucionario fue producto de un complejo proceso de reflexión teórica que recorre toda su obra, de su crítica a la concepción hegeliana de la universalidad del estado —en los escritos de juventud— a la crítica de las teorías del valor-trabajo de la economía política. Pero el Manifiesto ocupa una posición clave: es la bisagra entre ambos momentos de la crítica marxiana y, más importante aún, nace urgido por esa primera gran oleada revolucionaria generalizada del proletariado europeo que son las revoluciones del 48.

Marx atraviesa en las páginas del Manifiesto distintos niveles de abstracción, yendo —en el sentido

dialéctico de los términos— de lo abstracto a lo concreto. La clase trabajadora como sujeto capaz de auto-emanciparse no es un simple dato, sino el producto de un proceso de reflexión que implica partir del proletariado en su calidad de mera masa de obreros (*Arbeitermassen*) dispersa por la competencia, construir la noción de clase como sujeto, y de ahí volver a las específicas alianzas de clases que operaran como sujetos históricos empíricos.

La lucha de clases, la lucha de los trabajadores contra la burguesía, juega un rol clave en esta construcción. Y esto, precisamente, porque Marx no apunta a construir una noción de clase como objeto, que ya por entonces había alcanzado la economía política clásica (a partir de la distinción entre diferentes fuentes de ingreso) y sería posteriormente desarrollada por la naciente sociología burguesa. Y porque, menos aún, apunta a detenerse irreflexivamente en una noción vaga de proletariado como masa amorfa de desposeídos motivo de caridad filantrópica o reformas humanitarias. La lucha de clases es un componente inseparable de esta construcción porque Marx apunta a una

noción de clase como sujeto, sujeto de lucha y emancipación.

Muchas variantes economicistas y populistas del pensamiento de izquierda omitieron estas distinciones. Pero interesa más bien resaltar su omisión en los certificados de defunción, tan a la moda en nuestros días, respecto del proletariado y de la centralidad del trabajo. En algunos casos, se declara a la enajenación del trabajo en los capitalismos avanzados como un hecho consumado, relegándose las razones más profundas que sustentan la centralidad del trabajo a un "hegelianismo" marxiano contrario a toda verificación empírica (Gorz). Un reflujo de la lucha de clases (más precisamente, el reflujo posterior a la revuelta del 68) condujo a muchos intelectuales de izquierda a su reflujo respecto de la crítica misma. La crítica requiere, en efecto, una reflexión que no se agota en variables inmediatas de la coyuntura. En otros casos, ni siquiera median estas circunstancias. Se asocian datos sociológicos con categorías decididamente abstractas (tales como, en muchos usos, las del par "racionalidad instrumental / comunicativa") y se concluyen mudanzas históricas que no sólo afectan la centralidad del trabajo, sino incluso el propio carácter capitalista de las sociedades contemporáneas (Offe). Todavía más: no faltan quienes encuentran facetas emancipadoras en la precarización del empleo y el desempleo pos-

thatcheristas (Pahl) o quienes disparan confusas disquisiciones posmodernistas desde la pobre plataforma de visiones del problema del desempleo que no revisten la menor seriedad (Vattimo).

¿Dónde se encuentra el problema? En las diferencias que aparecen en la confrontación entre las páginas del Manifiesto u otros textos marxianos y realidades actuales. En una primera lectura parece quedar en evidencia el desmedido optimismo con que Marx describe, en términos de una linealidad cuasi-evolucionista, el proceso de desenvolvimiento de la clase como sujeto. En efecto, dicho proceso es descrito como mero producto del crecimiento, la concentración espacial, la homogeneización interna y la pauperización del proletariado ocasionados por el desarrollo de la gran industria, que serían automáticamente acompañados por el avance de una lucha de clases que adquiere enseguida dimensión nacional y carácter político y por la conciencia proletaria. ¡Pero nada de esto es hoy así!, puede clamar uno, y acto seguido certificar la defunción del Manifiesto.

El único inconveniente es que uno no puede certificar la defunción de algo que ya estaría bien muerto: si uno confronta las páginas del Manifiesto con la realidad del desenvolvimiento de las clases trabajadoras europeas de mediados del si-

glo pasado, tendría más motivos aún para certificar una prematura defunción. Entonces nos quedan dos opciones: o bien declarar que Marx estaba completamente loco cuando describía ese desenvolvimiento de la clase trabajadora, o bien que Marx no estaba haciendo descripción alguna, sino otra cosa. La primera respuesta puede ser tentadora, debido a su simplicidad, para algunos ex-izquierdistas. (Porque los ex-izquierdistas son siempre partidarios de simplificar las cosas: es más sencillo olvidarse del marxismo que asimilarlo críticamente, así como es más sencillo adaptarse al capitalismo que combatirlo). La segunda, en cambio, es una respuesta más desconcertante: ¿qué hace Marx en esas páginas del Manifiesto?

En realidad, Marx esboza en el Manifiesto una compleja construcción teórica, que avanza atravesando diferentes niveles de abstracción, de la noción de clase trabajadora como sujeto. Se trata de la construcción de una posibilidad objetiva, la posibilidad de una clase que sea el sujeto de su propia emancipación y de la emancipación de la humanidad en su conjunto. La legitimidad de esta construcción es un puro desafío, y no sólo para la teoría, sino también para la práctica revolucionaria.

El Manifiesto esboza las “fases más generales (*allgemeinsten Phasen*) del desarrollo del proletariado”.

¿Son entonces tan “generales” que no pueden confrontarse con realidad alguna? Y de ser así ¿para qué sirven? Pueden confrontarse con la realidad de nuestros días y siguen sirviendo para la práctica revolucionaria. Por más paradójico que pueda parecer, la posibilidad de examinarlas críticamente en nuestros días es la mejor prueba de su pertinencia. En estas páginas del Manifiesto se hallan auténticos problemas que merecen ser discutidos desde una perspectiva socialista. Mencionaré apenas tres de ellos.

El primer problema está encerrado en la identidad que Marx establece entre lucha de clases y lucha política: “toda lucha de clases es una lucha política”, que deviene luego identidad entre clase y partido: “esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político...”. Son sorprendentes, parecen diferenciar el pensamiento político marxiano de la doctrina que sería posteriormente consagrada como “marxismo ortodoxo”. Los criterios de diferenciación entre lucha económica y lucha política, entre clase sindicalizada y partido de vanguardia, criterios más tarde consagrados, parecen aquí desdibujarse. Esta manera de introducir la dimensión política de la lucha de clases es un punto de partida insoslayable para la política socialista de hoy, pues parece cerrar de antemano el camino a las

prácticas sustitucionistas que siguen acarreando lamentables consecuencias. Pero es apenas un punto de partida: la cuestión reaparece una y otra vez -en el capítulo II, etc.- y queda abierta. El problema de fondo es que, estrictamente hablando, en la sociedad capitalista lucha de clases y lucha política, organización de clase y partido político, no tienden a coincidir automáticamente. Tienden más bien a escindirse como formas diferenciadas de unas mismas relaciones sociales: como economía y política, asalariado y ciudadano, sindicato y partido, lucha económica y lucha política, y así sucesivamente. La doctrina leninista fue una respuesta a estas escisiones bajo condiciones históricas específicas. Imaginar y construir nuevas respuestas, acordes con las condiciones del capitalismo contemporáneo, es uno de los desafíos centrales para la teoría y la práctica socialista de nuestros días.

El segundo problema se encuentra en esa sucesión que Marx parece trazar entre las fases nacional e internacional de la lucha de clases: "por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional". Aunque sin plantear una concepción etapista de la revolución, por supuesto, Marx sostiene que los primeros momentos del desenvolvimiento de la clase trabajadora como sujeto se circuns-

criben a una esfera nacional, idea que es perfectamente adecuada a las condiciones del capitalismo de mediados del siglo pasado. Empero ¿sigue siendo adecuada ante el grado de mundialización alcanzado por el capital a fines del presente siglo? En nuestros días, no ya la lucha por el socialismo, sino incluso las luchas por la defensa del salario, las condiciones laborales o la reducción de la jornada de trabajo reclaman inmediatamente una perspectiva regional y a menudo internacional. Es otro desafío clave de la teoría y la práctica socialistas actuales la construcción de un nuevo internacionalismo que adoptará modalidades diferentes a las conocidas en el pasado.

El tercer problema se refiere al propio sujeto revolucionario. Marx construye la noción de clase como sujeto autoemancipatorio a través de distintos niveles de abstracción y arriba a la identificación de la clase trabajadora como sujeto revolucionario. "De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria". Esto no significa, claro, que el sujeto inmediato de la lucha socialista sea idéntico sin más a la clase trabajadora. El sujeto efectivo es, en el Manifiesto, una alianza de clases acaudillada por la clase trabajadora, debido a la centralidad política que reviste, pero integrada también por otras clases y fracciones de clases

subordinadas: sectores medios en vías de proletarización, comerciantes, artesanos, campesinos. Pero nos encontramos aquí ante un nuevo problema. Si definimos el sujeto revolucionario atendiendo exclusivamente a determinaciones de clase, y relacionamos estas determinaciones de clase exclusivamente con criterios de explotación económica, entonces esta definición del sujeto parece desconocer las potencialidades revolucionarias de otros sectores de la sociedad que son víctima de incontables mecanismos de opresión social y dominación política. Sectores que se definen por determinaciones de género, etnicidad, nacionalidad, religión, etc. La solución que muchos intelectuales de la nueva izquierda encontraron a este dilema consistió en definir al sujeto (a los sujetos: los “nuevos movimientos sociales”) meramente como un espectro de sectores explotados, oprimidos y dominados. Esta solución, sin embargo, sacrifica la centralidad política del trabajo. Pero la definición del sujeto revolucionario que encontramos en el Manifiesto, si bien no contempla explícitamente a esos otros sectores oprimidos y dominados, tampoco los excluye. Es decir: no existe ningún

aspecto de esta definición que conceptualmente resulte incompatible con la consideración, hoy imprescindible, de estos sectores oprimidos y dominados, aún cuando los mecanismos de opresión y dominación que pesan sobre los mismos resultaran irreductibles a la explotación económica. La manera de articulación de las clases y fracciones explotadas con otros sectores oprimidos y dominados por el capitalismo sigue siendo un desafío para la teoría y la práctica socialista de nuestros días.

De estos desafíos, entre otros, depende la actualidad del socialismo. Del Manifiesto, como de otros testimonios de la lucha revolucionaria del pasado, puede certificarse apresuradamente la defunción —o hacerse una lectura dogmática: ambas coinciden en enterrarlo— o bien puede hacerse una lectura crítica. La lectura crítica quiere avanzar, no retroceder: busca aportar a la politización de la lucha de clases, a la intensificación de la solidaridad internacionalista, al enriquecimiento del sujeto revolucionario. 150 años después, es la única lectura auténticamente socialista.

Buenos Aires, marzo de 1998.

El *Manifiesto Comunista*

John Holloway

Criticar el *Manifiesto Comunista* es seguir el ejemplo de Marx y Engels. La experiencia de la Comuna de París llevó a los autores del *Manifiesto* a agudizar su visión del Estado, sosteniendo que «la Comuna ha demostrado, sobre todo, que 'la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como esta y servirse de ella para sus propios fines'» (prefacio a la edición alemana de 1872).

Después de otro siglo y cuarto de experiencia, hay otros puntos que ellos (es decir, nosotros) quisieran tal vez cambiar. Lo que es seguro es que no quisiéramos diluir sus conclusiones, ya que la obscenidad asesina del capitalismo es más obvia que nunca. Después del horror de las guerras mundiales, después de Auschwitz y Hiroshima, después de las depredaciones inhumanas del neoliberalismo, nuestra crítica del capitalismo sería aun más amarga, angustiada, urgente. Y menos optimista.

La frase que más estorba cuando uno vuelve a leer el *Manifiesto* es la última oración de la primera sección: «Su hundimiento [de la bur-

guesía] y la victoria del proletariado son igualmente inevitables». ¡Por supuesto que la victoria del proletariado no es inevitable! Después de Hiroshima, después de la construcción de bombas con la capacidad de destruir la población de la tierra, esta muy claro que la victoria del proletariado no tiene nada de inevitable, que «el hundimiento de las clases en pugna», es decir de la humanidad, es igualmente posible. Nuestro *Manifiesto Comunista* de hoy tiene que ser un manifiesto sin certezas, nuestra dialéctica tiene que ser una dialéctica negativa, sin ninguna garantía de un final feliz.

El enunciado sobre la inevitabilidad de la victoria del proletariado es, por supuesto, el toque final de la sección más importante de un folleto revolucionario. Sin embargo, la noción de un progreso histórico asegurado hacia el comunismo no se limita a este toque en el *Manifiesto*. En las páginas que preceden esta declaración de la inevitabilidad de la victoria del proletariado, Marx y Engels presentan una imagen bastante lineal del desarrollo del movimiento revolucionario: «la industria, en su desarrollo, no solo acrecienta el número de proletarios, sino que

los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma.... El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación».

Es difícil mantener esta visión lineal del desarrollo del movimiento revolucionario a la luz de las experiencias del último siglo: los avances han sido seguidos por derrotas terribles; de estas derrotas ha surgido un nuevo poder, pero nunca sobre una base segura, siempre amenazado por los ataques del capital. El progreso de la industria moderna, sobre todo en años recientes, ha tenido muchas veces el efecto de aislar a los obreros y de romper los ejércitos proletarios de las fábricas masivas. El movimiento real de la descomposición y recomposición de la clase obrera ha sido mucho más complejo y contradictorio de lo que el *Manifiesto* sugería.

Después de los horrores de este siglo, ¿cómo podemos mantener la visión optimista del progreso propuesta por el *Manifiesto Comunista*? Para los revolucionarios de los primeros años de este siglo, sin embargo, la idea de que se había comprobado científicamente el avance histórico hacia el comunismo era la esencia misma del marxismo. La

crítica que hizo Rosa Luxemburgo a Bernstein nos reta todavía a través de los años: «¿Por qué representar el socialismo como la consecuencia de la compulsión económica?», clama. «¿Por qué degradar el entendimiento del hombre, su sentido por la justicia, su voluntad? (Vorwaerts, 26 de marzo de 1899). La distribución superlativamente justa de Bernstein se obtendrá gracias al libre albedrío del hombre, obrando no por la necesidad económica, ya que este albedrío es en sí mismo solo un instrumento, sino por la comprensión humana de la justicia. Esto es un retorno muy felizmente, por cierto, al principio de la justicia, al viejo caballo de batalla sobre el cual todos los reformadores han cabalgado durante siglos, a falta de otros medios más seguros. Volvemos al lamentable Rocinante a horcajadas del cual los Don Quijotes de la historia han galopado hacia la gran reforma del mundo, para volver a casa siempre vencidos.» (*Reforma o Revolución*, México, Grijalbo, 1967, p. 79).

Si la certeza optimista del *Manifiesto Comunista* nos está cerrada ahora, ¿quiere eso decir que lo único al cual podemos aspirar es ser los Don Quijotes de la historia, llenos de buenas intenciones pero destinados a regresar siempre vencidos? Tal vez deberíamos reconocer por lo menos que la base de nuestra lucha no es el sentido de la necesidad his-

tórica. No es porque pensamos que la historia esta de nuestro lado que nos declaramos comunistas: surge más bien de un "juicio sobre la existencia", un juicio que surge de la experiencia (individual y colectiva) de la opresión. Nos rebelamos contra el capitalismo como cuestión de existencia y no porque estamos seguros de un aterrizaje seguro.

¿Implica eso que estamos contentos de estar siempre vencidos? ¿O simplemente de adoptar el papel de Casandra, advirtiendo sin efecto la autodestrucción de la humanidad? Para nada. Abandonar la perspectiva del comunismo para condenar simplemente la opresión capitalista sería inconsistente. Sería inconsistente simplemente porque cualquier teoría de la dominación que no apunte más allá de la dominación termina por reforzar la dominación que pretende criticar: esa es la tragedia de la teoría de la "izquierda" de los últimos treinta años.

Pero, ¿qué quiere decir una "perspectiva del comunismo" si abandonamos el progreso optimista y lineal del *Manifiesto*? Nuestra rebelión apunta la existencia actual, no la felicidad futura. Pero nuestra existencia actual niega el presente y lo sobrepasa. El comunismo, eso que todavía no existe, existe como todavía no en el presente, como sueños, como proyectos, como oposición cotidiana al capitalismo, como humanidad frente a la inhumanidad.

En este sentido, el comunismo existe ya como movimiento real de la clase trabajadora (como dice Marx en *La ideología alemana* y *La guerra civil en Francia*). El comunismo existe como nuestra dignidad, nuestra negación a subordinarnos a lo que es, nuestra negación del presente.

Pero, ¿es suficiente eso? ¿El comunismo no tiene que ser más que el rechazo al capitalismo? ¿No tiene que haber la esperanza de un futuro en el cual podemos ir más allá de la sociedad obscena en la cual vivimos —no solamente en nuestros proyectos, sino en el sentido de vivir de veras en condiciones de humanidad? ¿No tiene que haber un sentido en que el "progreso" como movimiento que va más allá del capitalismo es integral a la noción del comunismo? Sí, pero este progreso no es el progreso de alguien que camina sobre un camino pavimentado hacia un destino visible. Es más bien el progreso de una funámbula sin experiencia que va desenrollando la cuerda mientras camina, esperando que encontrara otro palo para asegurarla, inventando cada paso, nunca segura del futuro, siempre en la presencia del abismo, sabiendo que esta en la cuerda no porque quiere llegar a alguna parte sino porque esa es su existencia. El progreso es subjuntivo, y no el progreso indicativo del *Manifiesto Comunista*: el crecimiento de un potencial, no de una certe-

za. Un progreso basado no en el avance irresistible de las fuerzas de producción sino en el crecimiento siempre arriesgado de la presencia insubordinada del trabajo contra-dentro-y-más-allá del capital.

Tal visión subjuntiva del progreso esta sugerida por la teoría del valor que Marx desarrolla en *El capital*. La teoría del valor es una teoría de la esperanza, una teoría del poder exclusivo pero suprimido y deformado de la creatividad humana. La teoría del valor indica la debilidad crucial del capital: su dependencia absoluta con respecto a la subordinación del trabajo. Si el capital no logra subordinar y explotar el trabajo, deja de existir. Conforme va creciendo el capital, crece también su dependencia con respecto a la subordinación del trabajo: conforme va desarrollando, el capital tiene que explotar el trabajo más y más efectivamente para sobrevivir —eso es seguramente el significado de la discusión de Marx de la baja tendencial de la tasa de ganancia.

Las demandas cada vez más inhumanas y deshumanizadoras del capital se enfrentan cada vez más con nuestra humanidad, con nuestra falta de subordinación, nuestra insubordinación. No importa lo que haga, el capital no puede romper

con su dependencia con respecto al trabajo insubordinado. Puede estirar los lazos que lo ligan al trabajo a través de la expansión del crédito, pero mientras más lo hace, más volátil, frágil y violenta se vuelve su existencia. Esa es la situación del capitalismo contemporáneo: el capital huye de su incapacidad de subordinar suficientemente el trabajo a través de la expansión del crédito hasta el punto en que su reproducción cotidiana depende cada vez más de la expansión continua del crédito. El precio que se paga son las crisis financieras cada vez más frecuentes y más virulentas. La presencia insubordinada del trabajo contra-dentro-y-más-allá del capital se manifiesta a través de la inestabilidad financiera del sistema entero.

En estas circunstancias nuestra pretensión de vivir una vida humana, nuestra insubordinación o falta de subordinación a las obscenidades del capitalismo, nuestro grito de dignidad, sea en la fábrica, la calle o la selva, amenaza al capitalismo más profundamente que nunca. Esa es nuestra esperanza. Pero no hay ninguna certeza. La victoria del proletariado no es inevitable. Depende de nosotros.

Puebla, marzo de 1998.

La teoría política y el *Manifiesto*

Ellen Meiksins-Wood

He sido convocada para comentar dos citas del *Manifiesto*: “Toda lucha de clases es una lucha política” y “El comité ejecutivo del estado moderno no es sino un comité para manejar los negocios comunes de la burguesía en su conjunto”. La pregunta particular que se me ha formulado sobre estos famosos aforismos es: “¿fue reduccionista la teoría clasista de la política de Marx?”

Yo simplemente voy a cambiar la pregunta para adecuarla a mis propias preocupaciones. En primer lugar, honestamente no pienso que haya mucho que decir sobre la pregunta del “reduccionismo”. Los marxistas suelen ser atacados desde la derecha como “reduccionistas”. Hoy, esta acusación se ha devenido en favorita para la izquierda (posmodernista). Hemos llegado al punto en que cualquier intento de explicación, cualquier tendencia a pensar en términos de causalidad, es “reduccionista”. Pero seamos claros al menos en esto: Marx no es más “reduccionista” que cualquier otro que haya intentado explicar algún proceso social o histórico para hacerlo inteligible.

Agregaré, entonces, una cosa más antes de seguir adelante: hasta donde entiendo, no puede sostenerse demasiado el reduccionismo en la caracterización de la relación entre el estado y el capital. Y esto es ahora más verdadero que nunca, cuando el estado neoliberal está retirándose aún de sus funciones apenas mejoradoras y la complicidad entre capital y estado es más transparente que en cualquier otro momento desde el siglo XIX.

Por lo tanto, no hay nada en el *Manifiesto* que me parezca demasiado reduccionista. Yo tengo, pues, algunos otros problemas con las afirmaciones que me pidieron comentar -especialmente con la primera. Déjenme plantearlo audazmente: toda lucha de clases no es una lucha “política” en algún sentido convencional, al menos no en las sociedades capitalistas. Este es, de hecho, uno de los problemas más grandes que el capitalismo plantea a los socialistas. El ha creado históricamente condiciones sin precedentes en las cuales la lucha de clases puede no ser “política” sino puramente “económica”.

Por supuesto, las luchas “económicas” tienen que ver con el poder

y la dominación. Pero hubo un tiempo, en las sociedades precapitalistas, donde los conflictos sobre la explotación económica implicaron directamente a los poderes “políticos”, los poderes jurisdiccionales y coercitivos de señores o estados. El capitalismo ha trasladado muchos de estos conflictos a una nueva y separada esfera “económica”, y aún dentro del lugar de trabajo, el que es generalmente separado respecto de la esfera “política” o “pública”, mientras que el poder del capital en última instancia se basa en los poderes coercitivos del estado.

Esto me conduce a otro punto sobre el contexto en el cual aparece esta observación sobre la lucha de clases. Es en un párrafo que habla sobre las maneras en que las tecnologías modernas y especialmente los medios de transporte y comunicación están ayudando a unificar a los obreros, poniendo en contacto unos con otros a lo largo de lugares de trabajo y localidades ampliamente dispersos. “Es exactamente éste contacto —continúa el pasaje— el necesario para centralizar las numerosas luchas sociales, todas del mismo carácter, en una lucha nacional entre clases”.

El *Manifiesto*, al menos por propósitos retóricos, parece dar por garantizada la traducción más o menos inmediata de las luchas de clases en términos políticos debido a este efecto unificador. Sin embar-

go, sabemos ahora que el desarrollo del capitalismo, aún con tecnologías y poderes de comunicación más avanzados mucho más allá de lo que Marx hubiera podido imaginar, no ha producido una clase obrera crecientemente unida.

De lo que el *Manifiesto* no habla es de las maneras en que la verdadera estructura del capitalismo, su modo específico de explotación, fragmenta a la clase obrera. Este lo logra, entre otras cosas, precisamente domesticando a las que podrían, en otras condiciones, ser luchas políticas, encerrándolas en los muros del lugar de trabajo y volviéndolas conflictos puramente “económicos”.

En otras palabras, las mismas condiciones que evitan que cada lucha de clases se convierta en una lucha política también militan contra la unificación de la clase obrera. El capitalismo crea problemas políticos específicos, obstáculos específicos a la lucha política, que necesitan ser superados por esfuerzos organizativos activos que a menudo trabajan a contrapelo.

Pero si la visión política del *Manifiesto* es incompleta, lo que éste tiene que decir acerca de la dirección del desarrollo capitalista en otros respectos es sorprendentemente profético. De hecho, ahora que el capitalismo ha realizado más o menos las profecías del *Manifiesto* acerca de la universalización

del capitalismo, ahora que el capitalismo ha realmente “derribado todas las murallas chinas”; expandiendo sus imperativos de acumulación y competencia a todo rincón del mundo, y ahora que la complicidad entre los estados neoliberales y el capital “globalizado” está volviéndose crecientemente transparente (reduccionismo reivindicado!), puede resultar que las luchas económicas de clase se muevan aún hacia un plano político y que la clase obrera sea aún unificada de maneras nuevas y sin precedentes.

Déjenme apenas repetir algo que he dicho a menudo sobre esto últimamente (ver, por ejemplo, *Monthly Review*, febrero de 1997 y julio-agosto de 1997): contrariamente a la sabiduría convencional, la “globalización” ha hecho al estado no menos sino más importante para el capital. El capital necesita al estado para mantener las condiciones de acumulación y “competitividad”, para preservar la disciplina laboral, para aumentar la movilidad del capital mientras bloquea la movilidad del trabajo, y para muchas otras cosas. Después de todo, el así llamado “neoliberalismo” no es sólo una retirada del estado respecto de la provisión social. Es un conjunto de políticas activas, una nueva forma de intervención estatal destinada a aumentar la rentabilidad capitalista en un mercado global integrado.

Alguna gente de la izquierda ha

sido terminalmente descorazonada por estos desarrollos. La abierta y brutal complicidad entre capital y estado le parece el golpe final, el fin del proyecto socialista. Pero yo veo las cosas diferente. Me parece que la dependencia del capital respecto del estado puede convertirse en nuevas oportunidades para la lucha anti-capitalista y una genuinamente socialista. La necesidad del estado de parte del capital hace al estado otra vez un foco importante y concentrado para la lucha de clases. Y el hecho de que el estado esté visiblemente implicado en la explotación de clase tiene consecuencias para la organización de clase. Los ejemplos que hemos visto recientemente de gente ganando las calles en varios países en oposición a las políticas neoliberales de “globalización”, “competitividad” y “flexibilidad” demuestran las posibilidades que puede abrir en tanto la fragmentación de la clase obrera dé lugar a la unidad contra un enemigo común. Ahora más que nunca es tiempo para que cada lucha de clases se convierta en política.

Mucha gente, incluso en la izquierda, ha aceptado que No Hay Alternativa. Puede ser cierto que la alternativa *socialdemócrata*, si fue en absoluto alguna vez viable, haya sido hoy estrangulada. Puede no haber aún formas alternativas de capitalismo junto a la repugnante que estamos viendo ahora —excepto una

todavía peor. Pero para aquellos de nosotros que nunca creímos en la posibilidad de capitalismo con rostro humano, esto no es el fin de la

historia. Queda todavía una real alternativa llamada socialismo.

Canadá, enero de 1998.

150 años: reflexionando en la ira

Werner Bonefeld

En el Prefacio a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels puntualizaron que los desarrollos desde su primera publicación en 1848 habían vuelto redundantes partes del *Manifiesto*, especialmente la lista de demandas específicas del final de la sección 2 y las polémicas de la sección 3 contra otros partidos socialistas que habían dejado de existir desde hacía tiempo. ¿Cuáles hubieran sido sus comentarios sobre el *Manifiesto* en 1998?

El fin del *Manifiesto* no fue legar al mundo una herencia filosófica atemporal, sino dar dirección al fermento político del día. ¿Los convencería la continua existencia de las relaciones sociales capitalistas que la lucha contra el comando capitalista del trabajo es por completo infructuosa? ¿Qué deberían decir sobre los regímenes anteriores del bloque del este, que comandaron el trabajo bajo el nombre del socialis-

mo? ¿Se unirían al coro del “mundo occidental” que decreta el fin de la historia? ¿Estarían realmente sorprendidos ante una burguesía que anuncia que la historia ha llegado a un fin con su sistema de explotación y dominación? Supongo que no. Más aún, pensaría que Marx y Engels estarían enojados. Su ira, sin embargo, no estaría dirigida a una burguesía que cumple su rol y propósito: la clase capitalista no puede existir sin su batalla contra el espectro del comunismo. La ira estaría dirigida contra sus camaradas que se han vuelto falsos amigos: en lugar de liberar a Marx de las cadenas del stalinismo, la caída del muro de Berlín ha sido empuñada finalmente como una oportunidad para escapar de Marx. Digo escapar con intención crítica. El anuncio del fin de la historia es sinónimo del compromiso con el espectro del capitalismo. Ha sido la Nueva Izquierda la que ha anunciado su adiós a la clase trabajadora, no la burguesía:

la verdadera circunstancia de que las relaciones sociales burguesas descansan en relaciones entre propietarios nunca ha sido olvidada por la burguesía. Fanáticamente empeñada en hacer que "su" riqueza se expanda a sí misma, ésta nunca ha dejado de hacer que el trabajador trabaje por consideración al trabajo y esto significa el tratamiento de la humanidad como un recurso que es sacrificado en las pirámides de la acumulación. La burguesía sabe que son las divisiones de clase y qué implica la lucha de clases. Marx comprendió bien el rol y función de la burguesía y no estaría sorprendido de que ella, puntual e inexorablemente, continúe desempeñando su función y rol con serio vigor y una postura de respetabilidad que no carece de un cierto encanto. ¿Qué podría, sin embargo, tener que decir Marx a la Nueva Izquierda en un Prefacio de 1998 al *Manifiesto Comunista*?

Estudios contemporáneos de una cierta economía política aseguran que el mundo capitalista ha sido repentinamente globalizado, ha dejado atrás el estado-nación, ha devenido un orden cosmopolita que no puede ser resistido. ¿Puntualizaría Marx meramente que el *Manifiesto Comunista*, escrito como fue en 1848, enfatiza el carácter global de las relaciones capitalistas de explotación? ¿Recomendaría meramente que el *Manifiesto* sea tomado en con-

sideración cuando es alcanzado el carácter cosmopolita de la burguesía? ¿O podría simplemente caer en frustración rezongando que, desde su tiempo, el ejecutivo del estado moderno no ha sido siempre sino un comité para manejar los negocios comunes de la burguesía en su conjunto? Supongo que lo haría. Sin embargo, el respaldo de sus puntos de vista de hace 150 años no carecería de condiciones. La historia no se detiene ni se repite a sí misma. ¿No exigiría entonces que los desarrollos contemporáneos de la "globalización" sean conceptualizados no meramente en términos de las leyes objetivas del desarrollo capitalista sino, más bien, que estas leyes objetivas requieren una conceptualización completa en términos de lucha de clases? ¿No alegraría entonces que la acumulación de capital contemporánea no puede ser estudiada en abstracción respecto de las clases sino, más bien, que puede avanzar sólo sobre las bases de un análisis de clase? En resumen, ¿No exigiría que el propósito de la crítica de la economía política sea el descubrimiento de las relaciones reales vivas entre los humanos y que este descubrimiento sea un análisis de la historia? ¿Cuál sería la respuesta de los defensores de la globalización? ¿Argüirían ellos, como de hecho lo hacen, que los desarrollos de hoy están orientados por demandas y requerimientos tec-

nológicos que son muy independientes de, y desarrollados en abstracción de, los deseos y aspiraciones humanas? ¿Qué tendría para decir de eso? ¿Podría invitar a sus oyentes a leer los textos clásicos sobre economía política, incluida su propia crítica de la economía política? O podría simplemente volverse enojado gritando: están mistificados por la autopresentación de un mundo que no sabe nada sobre sí mismo y entonces está sin espíritu. Pensar científicamente no es repetir la religión cotidiana de un mundo sin sentido. Más bien significa desmistificación: ni las “naciones” ni la “historia” ni el “capital” han hecho guerra. ¡La historia no hace nada, no posee vasta riqueza, no pelea batallas! Es más bien el hombre, el hombre real, viviente, quien hace todo esto, quien posee y pelea, no es la historia la que usa al hombre como un medio para perseguir sus fines, como si fuera una persona aparte. La historia no es nada sino la actividad del hombre persiguiendo sus fines. Este es el argumento del *Manifiesto* y ¿cuál es el argumento de los defensores de la globalización?

Sin embargo, ¿puede no plantearse un argumento de que la obra de Marx y la herencia que ha legado no estaba en última instancia interesada en materias del espíritu? Más aún, la ortodoxia marxista y los críticos burgueses de Marx han enfatizado,

una y otra vez, que Marx fue un pensador racionalista que construyó un sistema de pensamiento basado en conceptos de necesidad histórica y que toda idea asociada con el tema del espíritu humano no sólo fue expulsada de su concepción de la historia sino, también, muy fuertemente rechazada y criticada. Supongo que el tema radica en qué se entiende por necesidad histórica. ¿Qué decir sobre la barbarie, el hambre, una guerra universal de devastación? ¿Fue la carnicería de Verdun una necesidad histórica? ¿Fueron los asesinatos de millones y millones en la II Guerra Mundial, fue Auschwitz, una necesidad histórica? ¿Una necesidad a nombre de quién y para qué propósito? ¿Es la aparentemente más reciente “invención” de “granjas de niños” donde los niños son producidos para venderlos en el mercado mundial una necesidad histórica? ¿No han estado con nosotros estos desarrollos verdaderamente repugnantes, que han caracterizado este siglo, desde el nacimiento de las relaciones sociales capitalistas? ¿Son ellos meramente los resultados de la necesidad histórica, una necesidad que no es otra que la circunstancia que Marx reporta en *El capital*: “una gran cantidad de capital, que aparece hoy en los Estados Unidos sin ningún certificado de nacimiento, fue ayer, en Inglaterra, la sangre capitalizada de los niños”? ¿O son estos repugnantes “acontecimiento” el re-

sultado de “demasiada civilización, demasiado medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio” como es reportado en el *Manifiesto Comunista* cuando el argumento se dirige hacia el desarrollo contradictorio entre las relaciones y las fuerzas de producción?

El *Manifiesto* celebra el espíritu como la posibilidad de la existencia que se comprende a sí misma, de odio de clase, y de mejores cosas por venir en nombre de la humanidad que se ve a, y entonces existe en y para sí misma como un propósito. Esto, supongo, es la causa de que el *Manifiesto Comunista* se comprometa con la idea de una asociación en la cual el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición para el libre desenvolvimiento de todos. ¿Está demasiado lejos de buscar comprometerse con esta asociación en términos de “espíritu”? No, no lo está. Con el argumento del *Manifiesto Comunista*, los sepultureros no sólo entierran el peso muerto de la historia sino, también, dejan libre el espíritu de la historia: el anhelo de larga data de una vida dignificada, feliz, de una humanidad que exista como un sujeto con control de sus propios asuntos, en posesión de sí misma, esto es, de un ser humano maduro que se ve a sí mismo, y con esto a la naturaleza, como un propósito y no como un recurso para la explotación del hombre por el hombre. Contra esta pers-

pectiva, algunos pueden objetar que la obra de Marx, especialmente el *Manifiesto*, se compromete con una visión progresivista de la historia donde la naturaleza es meramente comandada por el hombre empeñado en explotar sus recursos por razones de mera explotación. Sin embargo, para Marx, la categoría de “progreso” es completamente vacía, carente de significado, si es vista en abstracción de su contenido y éste es las relaciones entre los humanos. La solución para la destrucción ambiental no es sólo una cuestión de la relación entre la naturaleza y el hombre sino, más bien, una cuestión de las relaciones entre los seres humanos mismos.

Algunos pueden objetar a lo que yo he tenido que decir señalando que el énfasis sobre la práctica humana, incluyendo su espíritu, tiene un tinte demasiado antropológico. Sin embargo, y esto es importante, ¿desdeñarían los comunistas esconder sus puntos de vista y fines? ¿Podrían los comunistas ser motivados por otros temas que la exigencia de condiciones humanas más allá de relaciones de explotación cuyo propio lugar no es otro que el museo de la historia? Además, ¿estaría uno avergonzado de exigir condiciones humanas, de comprometerse con la noción de humanidad, porque las relaciones capitalistas de explotación descansan sobre la invocación de los derechos humanos del hom-

bre. Sin duda, una de las mayores realizaciones del *Manifiesto Comunista* es su denuncia de las concepciones burguesas de la individualidad, los derechos humanos, etc. como concepciones que soportan la respetabilidad de la explotación capitalista de la clase obrera. El concepto de práctica humana de Marx desautoriza el concepto burgués de humanidad. Además, llama a la realización del "concepto" de humanidad a través del derrocamiento por la fuerza de todas las condiciones existentes. El entendimiento de la historia como una historia de lucha de clases no es puesto de relieve por la circunstancia de que la práctica humana ha operado hasta el punto de hacer que la historia luzca como una grotesca y sangrienta monería.

El *Manifiesto Comu-*

nista enfatiza que los misterios teóricos encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica y que la tarea de la filosofía no es el de interpretar al mundo sino de cambiarlo. Es una triste reflexión sobre una gran parte de los enfoques de izquierda el que ninguno de estos discernimientos parecen tener mucha actualidad. Esto sólo enfatiza la importancia continua del *Manifiesto Comunista* y esto a pesar de las propias esperanzas revolucionarias de Marx. El lugar que el *Manifiesto* aspira a tener para sí mismo es el

museo de la historia. Esto es lo que el *Manifiesto* ha exigido para sí mismo durante los últimos 150 años.



Edimburgo, diciembre de 1997.



Internacionalismo e internacional(es)*

Denis Berger

PRIMERA PARTE**

1. Realidades y mito

En el momento en que, después de muchos intentos de entierro, Marx hace su regreso hasta en el oficioso pensamiento universitario, es útil recordar un hecho esencial: el internacionalismo nació de la teoría y de la práctica marxianas.

No es que antes del, *proletarios de todos los países uníos*, que cerraba el *Manifiesto Comunista* no haya habido teóricos y militantes que hayan puesto el acento sobre la necesaria solidaridad entre los pueblos; pero los dichos y los hechos de estos hombres y de estas mujeres más bien se refieren al cosmopolitismo:¹ poniendo como postulado la unicidad de la naturaleza humana, ellos fundamentan su cuestionamiento de la nación a partir de una idea moral, la fraternidad obligada de seres idénticos a los cuales sólo separan los accidentes de una historia deformada por los prejuicios.

Casi no hay necesidad de recordar que el camino de Marx y Engels es profundamente diferente.² Ellos no rechazan la dimensión ética ligada a la idea de solidaridad internacional, pero la fundamentan en una práctica que es, ella misma, un modo de apropiación del desarrollo global de la sociedad. La dinámica de acumulación del capital es, desde su inicio, internacional. Esta dinámica culmina con la aparición del mercado mundial, en proceso de integración constante; y el mercado mundial constituye una totalidad determinante de las evoluciones específicas de cada nación.

De esto resulta que se constituye una red de solidaridad competitiva entre las burguesías de cada país y una red de alianzas competitivas entre los estados. En este nivel complejo, en evolución constante, se sitúa la esfera decisiva de la realidad sociopolítica.

El proletariado, tanto por la naturaleza del salario como de las formas de la valorización, participa en este proceso de internacionalización. Pero su lugar en las relaciones de producción le impide dominar sus consecuencias. Su tarea principal, inseparable si bien que distinta de la conquis-

ta del poder en el cuadro nacional, es la de elevarse por una acción coordinada que nutrirá su toma de conciencia a la altura de la realidad mundial. En otros términos la clase obrera debe cumplir, en el camino de su emancipación, una cierta cantidad de funciones que le son impuestas por la evolución misma de la sociedad: una acción común para la defensa de sus intereses propios y la intervención política contra todas las formas de la política internacional de las burguesías.³

¿Será necesario subrayar que la acentuación de la mundialización, de la cuál somos nosotros hoy los testigos pasivos, confirma la pertinencia de los análisis de Marx y de Engels? El desarrollo de la sociedad crea las condiciones para el internacionalismo práctico. Notemos, a ese respecto, que la visión marxiana del mercado mundial y del sistema de estados no lleva a una negación de la realidad nacional: la revolución, dado que ella plantea un problema social, es internacional en su contenido y en su desarrollo potencial; pero ella sigue siendo nacional su forma.

Problema complejo al que debe responder la práctica, y la práctica remite necesariamente a modalidades organizativas: ¿Qué tipo de reagrupamiento es capaz de asegurar, al mismo tiempo, las funciones internacionales de la clase obrera respetando la autonomía de la forma nacional?

Aquí comienzan dificultades inextricables.

Marx y Engels, pragmatismo

De Marx y de Engels hay, como habitualmente, mucho que aprender en el dominio del internacionalismo práctico. Pero, al contrario de lo que dicen las más tenaces leyendas, no es en el nivel del enunciado de principios que se podrá cosechar algo. Tanto el autor de *El capital* como su colaborador y sucesor no ofrecen ninguna huella de cualquier metapolítica de la organización. Entendemos por esto que para ellos dos lo esencial estaba en el movimiento propio de la clase obrera, el que por ser el producto de las contradicciones de la sociedad es, en sí mismo, susceptible de alcanzar la dimensión política.

Este paso no llega a ser espontáneo, por ello es que hay lugar para la organización. Pero esta organización debe tender a ser lo más amplia posible, a encuadrar al máximo las capas más activas del proletariado, a fin de hacerles franquear la etapa que lleva de la indispensable acción económica a la lucha global contra el Estado.

A los ojos de Marx los sindicatos, tal como se formaban en su época, eran el lugar en el cual se podía constituir una conciencia revolucionaria

de la mejor manera. Esta es la razón por la cual él les atribuye un objetivo fundamental: la evolución del salario.⁴

Es por esto que él declara sin ambages en 1869: *«Nunca los sindicatos deben ser vinculados a una asociación política, o nunca deben encontrarse bajo su dependencia, si ellos quieren cumplir su tarea, hacerlo así sería darles un golpe mortal. Los sindicatos son las escuelas del socialismo. Es en los sindicatos dónde los obreros se educan y se vuelven socialistas, porque todos los días bajo sus ojos se lleva adelante la lucha contra el capital.»*

*«Todos los partidos políticos, cuales fueran que fueren, sin excepción, no entusiasman a las masas de obreros más que un cierto tiempo, momentáneamente. Por el contrario, los sindicatos captan a las masas de manera durable, solo ellos son capaces de representar un verdadero partido obrero y de oponer un baluarte a la potencia del capital.»*⁵

Es menester en el análisis de estas posiciones tener en cuenta la evolución que ha sufrido, desde hace más de un siglo el vocabulario político. El multipartidismo nos remite, hoy en día, a una realidad organizacional que no existía en absoluto en los tiempos de la primera internacional. Pero no por ello la metodología marxiana deja de estar claramente ratificada.

Se la puede formular así: solo es una organización válida aquella que expresa el movimiento real de las masas obreras; forzadas a tener en cuenta tanto las relaciones coyunturales como las influencias del sistema político «burgués» en el cual ellas se integran, los partidos ocupan una posición secundaria. En lo que se refiere a los comunistas, los que poseen el método que lamentablemente Engels tuvo la idea de bautizar como «científico», forman un grupo cuya solidaridad teórica los pone por fuera en relación al movimiento más amplio, del cual ellos participan en la práctica cotidiana.⁶ (Marx y Engels nunca estuvieron demasiado lejos de pensar que con ellos dos alcanzaba para asegurar la vida de dicho grupo.)

Diciéndolo en otros términos Marx y Engels tienen, frente a los problemas de la organización, una táctica tanto más suelta porque ella está articulada con una posición teórica sólida. La organización es una herramienta, a este respecto adaptable a las circunstancias, al servicio de un objetivo que es la autoorganización obrera; ella no es la encarnación de una necesidad transhistórica. Y esta convicción se traduce en su actitud hacia el Internacionalismo.

No hay ninguna necesidad de recordar lo que hace la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), la Primera Internacional. Subrayaremos solamente su carácter federativo: los sindicatos ingleses, los proudhonianos

franceses, algunos de los cuales van a orientarse hacia el anarquismo, los discípulos de César de Paëpe en Bélgica; todos ellos no tuvieron más que un mínimo de referencias teóricas comunes. Lo que los unía era la voluntad de llegar al objetivo final, «La emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos practicando una solidaridad activa, la experiencia común teniendo como papel el de verificar y, eventualmente, el de acercar los puntos de vista. Se trata entonces de tomar las organizaciones, desde que ellas son representativas al nivel en el que ellas están, y ponerse sobre la lógica de las luchas para hacerlas progresar. En tales condiciones la internacional no actúa tanto como una dirección sino como un centro de coordinación».

Tres textos permiten comprender que Marx (y Engels, cuyo papel de consejero, y después de participante activo, no debe ser subestimado) eligieron deliberadamente respetar los ritmos de evolución de los componentes nacionales del movimiento defendiendo un programa mínimo, alejado de sus concepciones globales pero suficiente para asegurar la evolución positiva del conjunto del movimiento. Veamos lo que Carlos Marx escribe a su compañero de lucha, al informarle de las reuniones preparatorias de la redacción de la minuta inaugural y de los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Dice: *«Era muy difícil en la redacción formular nuestra opinión de manera de hacerla aceptable para el punto de vista actual del movimiento obrero... deberá pasar un cierto tiempo antes que el despertar del movimiento permita la antigua audacia en el lenguaje. Hay que ser 'fortiter in re, suaviter in modo'»* (N. del T: 'fuerte en los hechos, suave en las maneras').⁷

En su respuesta Engels dice: *«Es bueno que nosotros entremos de nuevo en relación con la gente que representa por lo menos a su clase, eso es, en fin de cuentas, lo esencial»*.⁸

Un cuarto siglo más tarde, después de la muerte de Marx, Engels hará el balance de la experiencia: «Esta asociación fundada expresamente para unir en un solo cuerpo a toda la clase obrera militante de Europa y de América, no podía proclamar inmediatamente los principios enunciados en el *Manifiesto*. La internacional debía tener un programa lo suficientemente amplio como para caerle bien a un mismo tiempo a los sindicatos ingleses, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles y a los lassallanos alemanes. Marx, que redactó ese programa satisfaciendo todas las partes, tenía plena confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, tal como necesariamente debía resultar de la acción y de la discusión llevadas en común... y Marx tenía razón. Cuando en 1874 la

Internacional se desarmó, ella dejó a los obreros en un estado totalmente diferente al estado en que los había encontrado en 1864, en el momento de su fundación».⁹

Referencias del mismo tipo abundan en los textos de los «padres fundadores». A punto tal que el lector desprevenido tiene derecho a preguntarse ¿por qué sus discípulos no sacaron más lecciones de ello? Si se consultan los oráculos posteriores –socialdemócratas y/o comunistas de todas las tendencias– se verá que el comportamiento de Marx y de Engels se explica por la coyuntura específica de los años 1860. Más tarde las condiciones objetivas cambiaron y se hizo necesario actuar de otra manera. Punto y aparte. Esta gran vanalidad tiene, como todas las fórmulas de este tipo, una cierta relación con la realidad. Es, en efecto, evidente, que cuando la concentración de empresas se encuentra recién en sus comienzos y que, por consecuencia, la clase obrera no ha alcanzado todavía su peso social máximo, cuando las condiciones para la lucha por el poder están lejos de haberse reunido (como lo muestra la experiencia de la Comuna), no es posible construir el tipo de organización adaptada a una era de crisis y de movilización.

Permanece –y nunca se lo repetirá demasiado– el método marxiano que, por espíritu provocador, yo calificaría como pragmático: sea cual fuere la coyuntura toda organización –internacional en particular, en razón del desafío que ella encarna, como también por la pertenencia a la forma nacional– no merece ser defendida más que en la estricta medida de su eficacia. Y ésta se mide por la contribución que aporta la organización a la unión del proletariado en un bloque políticamente autodeterminado. Cuando, por una causa o por otra, ella deja de jugar ese papel, su lugar esta en el desván de los objetos políticos gastados.

Hay mucho a decir de los métodos que Marx utilizó en su combate contra Bakunin. El constatarlo no disminuye en absoluto el sentido político del combate llevado contra el anarquista ruso y sus partidarios: el tema, con razón según mi opinión, que el revolucionarismo abstracto de sus adversarios arruinara los esfuerzos de autoorganización obrera emprendidos por el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores.¹⁰ Hay que notar que cuando la escisión se volvió inevitable y se acompañó con la partida de muchos sindicatos ingleses, Marx y Engels pusieron fin deliberadamente a la existencia de la Internacional.¹¹

Marx, teórico del fetichismo de la mercancía, no tenía ningún fetichismo de la organización.

Como en un movimiento natural...

Esta ausencia de reverencia por la organización internacional Engels la llevó bien lejos cuando, después de la muerte de su compañero, se volvió el consejero de los partidos socialistas en pleno crecimiento. El no cree, verdaderamente, en la utilidad del Congreso Internacional que, reunido en París en 1889, iba a dar nacimiento a la Segunda Internacional y dijo: *«Por otra parte el Congreso no debe tener ninguna importancia, yo no iré, naturalmente, yo no puedo sambullirme continuamente en la agitación. Pero la gente quiere ahora volver a jugar al Congreso y por lo tanto es mejor que ellos no sean dirigidos por Brousse y Hyndman.»*¹²

Este desprecio paternal está motivado por la prioridad que Engels asigna al desarrollo de los partidos nacionales. Algunos días más tarde él escribe, a propósito de la publicidad de las sesiones del Congreso: *«... me parece que los mismos alemanes, preferirían sesiones públicas, a menos que no haya en algunos la nostalgia de la reconstitución de la Internacional bajo una forma o bajo otra, a la cual los alemanes se opondrían a justo título y con todas sus fuerzas. Nuestros amigos y los austriacos son los únicos que tienen una verdadera batalla a mantener y verdaderos sacrificios a hacer. Ellos siempre tienen una centena de hombres en prisión y no pueden permitirse jugar a crear organizaciones internacionales que por ahora son tan imposibles como inútiles».*¹³

El lector atento –y eventualmente devoto– habrá notado inmediatamente la restricción que implica el decir «por ahora» al fin de este pasaje. Y es un hecho que Engels aceptará más tarde la existencia de la Segunda Internacional. (Y más aún, él pronunciará el discurso de clausura del Tercer Congreso en Zurich en 1893).

Sus reticencias no son, sin embargo, el sólo producto de una coyuntura juzgada desfavorable para la organización del movimiento mundial: el patriarca del socialismo cree profundamente en la inevitabilidad de una transformación social que permitirá el desarrollo necesario de la conciencia de clase, según una curva que, a pesar de las fluctuaciones parciales, es continuamente ascendente y dice: *«La unión simple y natural de los compañeros pertenecientes a la misma clase social y profesantes de las mismas ideas alcanza para, sin estatutos, ni comités directivos, ni resoluciones, u otras formas tangibles, hacer temblar a todo el Imperio Alemán... más aún, el movimiento internacional del proletariado americano se ha vuelto actualmente tan potente que no solamente su forma primitiva y estrecha –a Liga Secreta– sino también su segunda forma infinitamente más vasta –la Asociación Pública Internacional de Trabajadores– se ha vuelto una traba y el simple sentimiento de solidaridad, fundado sobre la conciencia de una misma situación de clase, es bastante para*

*crear y para mantener entre los trabajadores de todos los países y de todos los idiomas un sólo y gran partido del proletariado».*¹⁴

La elección de las palabras, el ritmo de las frases, traducen una convicción profunda: la marcha del proletariado hacia su emancipación tiene la potencia de un movimiento natural, orgánico, y este optimismo, que se considera fundado en la ciencia, nos remite a uno de los puntos ciegos del pensamiento marxiano (ya que, por lo menos en este tema, no hay manera de diferenciar a Marx de Engels).

En un cierto punto de sus obras los autores del *Manifiesto*, siguiendo la lógica ya esbozada en las *Tesis sobre Feuerbach*, ven a la clase obrera como negatividad práctica; su posición de exterioridad en la jerarquía social del capitalismo le confiere una aptitud para dar vuelta el orden existente; la revolución aparece desde entonces como la puesta en perspectiva política de las luchas que nacen espontáneamente y cuya culminación lógica es la conquista de la autoorganización;¹⁵ ella se mantiene en el terreno de lo posible concreto, en la misma medida en la que ella está ligada a los antagonismos globales que constituyen el real social.

Pero por otra parte Marx y/o Engels contradicen a menudo esta innovación teórica, lo que da fuerza a su pensamiento crítico, visiblemente preocupados por dar a su obra el carácter científico que requería su época, ellos se lanzan en una búsqueda encarnizada de un estricto determinismo histórico. En esta etapa aparecen las leyes mayúsculas de La Historia.¹⁷ Para ser más precisos, la historia reviste la forma de un desarrollo que obedece a una lógica de progreso continuo, que recuerda el de muchos filósofos de El Siglo de las Luces. En esta visión, el curso de los acontecimientos tiende a mutarse en fuerza de las cosas. Fuera del plan político las derrotas del campo obrero se admiten como posibles, pero ellas no son más que circunstancias fortuitas que solamente retardan la inevitable victoria. Es decir que la acción del proletariado es llevada al estado de producto de la evolución necesaria de la sociedad.

Se objetará que esta presentación es esquemática, pero no se trata más que de deducir las tendencias que obran en la reflexión marxiana. La sobreestimación de las llamadas «condiciones objetivas» y su corolario, la aproximación al estudio de la subjetividad social, son unos de los problemas mayores a los cuales esta enfrentada toda la teoría de la revolución. Marx y Engels, como todos los pensadores militantes anteriores o posteriores, han siempre acortado las esperas para la realización de sus objetivos. Este «optimismo revolucionario» (para emplear la terminología usual) nace de una manera no despreciable de un deseo de éxito a corto plazo.

Este deseo no responde solamente a orígenes individuales; también tiene raíces sociales que conviene resaltar.

Limitémonos, por ahora, a constatar que la confianza en el curso de las cosas tiene relación con una reflexión insuficiente sobre la especificidad de las relaciones de dominio que coexisten, sin mezclarse con las relaciones de clase. Cuando se piensa que la evolución hace lo esencial de la política, al desarmar las relaciones de explotación, uno se ve irremediablemente arrastrado a sustituir la automaticidad que nace del desarrollo orgánico por la creatividad de la intervención en los acontecimientos.

La creencia en la marcha de la historia no ha abolido nunca, tanto en Engels como en Marx, la perspectiva revolucionaria. En sus discípulos, con el paso de los años, ella llevó «naturalmente» a una adaptación progresiva a la cotidianeidad de la acción política en el seno de los estados naciones europeos. De ello resulta una forma de organización internacional paradójicamente fundada sobre la supremacía nacional: a diferencia de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Segunda Internacional no fue una federación sino una coalición de secciones. Con este estatuto ella ganó una longevidad excepcional puesto que, al precio de cambios secundarios, sobrevivió a guerras y a crisis, pero este no es su legado principal: ella progresivamente perfeccionó un modelo de partido en el cual, en definitiva, se inspiraron todas las corrientes políticas, desde la democracia cristiana hasta los comunistas.

Partido de masas que, a fuerza de adaptarse al sistema político parlamentario, incorporó de él las normas de su propia visión del mundo, la socialdemocracia está directamente fundada sobre el principio de la representación, es decir que, por más democráticos que sean los estatutos ella funciona por delegación del poder institucionalizado: en definitiva, las informaciones y las decisiones tienden a ser monopolizadas por un círculo restringido de dirigentes. Esta restricción de la democracia efectiva (que Robert Michels ha sabido describir) encuentra su justificación en la fidelidad a las leyes mayúsculas de la Historia: a partir del momento en el que la «mayoría militante» de la clase obrera está organizada, la fuerza orgánica de la evolución puede resentirse y por lo tanto es normal que algunos guías cumplan las funciones ejecutivas.

En otros términos, más allá de las divergencias de orientación estratégicas que pueden ser decisivas, hay un fondo común entre todos aquellos que han sufrido la influencia del modelo socialdemócrata. ¿Lenin, que es uno de ellos,¹⁸ acaso en sus esfuerzos de construcción organizativa nacional e internacional, ha logrado liberarse totalmente de su influencia? ¿Acaso

y principalmente en sus perspectivas de la revolución mundial, después de octubre, rompió con una visión de la revolución como proceso orgánico? Las dificultades que él encontró en conciliar el papel del partido con la democracia directa (soviética), ¿acaso no se explican por una visión insuficientemente crítica de la herencia marxista tal como había sido transmitida por la Segunda Internacional?

Son muchas preguntas que merecen ser planteadas, ya que nuestra herencia debe ser buscada por ese lado.

(Traducción del francés: RC.)

Notas

* Publicado en *Utopie Critique*, nº 7 y 8. París, segundo y tercer trimestre 1996.

** La segunda parte de este artículo será publicada en el próximo número de Cuadernos del Sur.

¹ Este término solamente revistió un sentido peyorativo en la época estalinista, cuando la URSS, y después los partidos comunistas, se volcaron a las virtudes de un patriotismo muy teñido de chauvinismo.

² La historia menuda nos dice que Engels no podía, en la Liga de los Comunistas, soportar la idea de que el *Manifiesto* llevara a la fórmula «todos los hombres son hermanos».

³ «La experiencia pasada ha mostrado que un lazo de fraternidad debe existir entre los trabajadores de los distintos países, incitándolos a sostener, codo a codo, todas las luchas por la emancipación, y que si se desprecia ese vínculo el castigo será el fracaso común de esos esfuerzos sin coherencia (...). Todo esto enseñó a los trabajadores que ellos tienen un deber: desentrañar los misterios de la política internacional, supervisar las acciones diplomáticas de sus gobiernos, oponiéndose a ellas, de ser necesario por todos los medios que puedan», K.Marx, «Discurso inaugural de la AIT». Se puede relacionar a estos desarrollos de 1864 con aquellos, escritos once años más tarde, respecto del Programa de Gotha: «De todas formas el cuadro del estado nacional actual, el del imperio alemán, por ejemplo, se sitúa a su vez, económicamente, en el cuadro del mercado mundial y políticamente, en el cuadro del sistema de estados (...) No se dice nada de las funciones internacionales de la clase obrera alemana».

⁴ «Los sindicatos obreros han funcionado como centros organizadores de la clase obrera de la misma manera que las comunas y las municipalidades del medioevo lo habían hecho para la clase burguesa. Si los sindicatos son indispensables en la guerra de escaramuzas entre el trabajo y el capital, lo son aún más como fuerza organizada para suprimir y reemplazar el sistema de trabajo asalariado». Resolución de la AIT (adoptada en el Congreso de Ginebra, septiembre 1866, redactada por Marx).

Declaración hecha por Marx a una delegación sindical conducida por J. Hamann.

⁶ ¿Será necesario recordar la célebre frase, tan comentada, del *Manifiesto Comunista*: los comunistas no constituyen un partido distinto enfrentado a otros partidos obreros?».

⁷ Carta de Marx a Engels del 4 de noviembre de 1864.

⁸ Carta del 7 de noviembre de 1864.

⁹ F. Engels, prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto Comunista*.

¹⁰ Por supuesto que estas puntualizaciones se refieren a las modalidades de construcción del movimiento obrero, según Marx y según Bakunin, y dejan de lado el debate fundamental sobre el Estado.

¹¹ Fijar la sede de la AIT en los EE.UU. de esa época no tenía otro sentido.

¹² F. Engels a F. A. Sorge, 8 de junio de 1889. Brousse y Hyndman representaban, en Francia y en Inglaterra, a grupos socialistas reformistas hostiles al marxismo.

¹³ F. Engels a Laura Lafargue, 28 de junio de 1889.

¹⁴ F. Engels, Algunas palabras sobre la historia de la Liga de los Comunistas.

¹⁵ El partido obrero alemán «crece y desarrolla sus fuerzas tan segura e irresistiblemente como lo hizo en su momento el cristianismo, si bien la ecuación de su tasa de crecimiento -y por lo tanto el momento de su victoria final- pueden ser calculados matemáticamente desde ahora». F. Engels a K. Kautsky. 8 de enero 1884.

¹⁶ Cuando hablan de constituir un «partido obrero» distinto de todos los partidos burgueses, Marx y Engels no pretenden más que eso; como se ha visto ellos no vinculan este objetivo a ninguna forma preestablecida de organización, como se transformará en regla para sus sucesores.

¹⁷ Se puede constatar la oposición que aquí se evoca de un texto con otro, y oponer, por ejemplo, los textos «libertarios» de *La guerra civil en Francia* a la asombrosa profesión de fe evolutiva que nos ofrece Engels, en 1895, en su «Introducción» a *Las luchas de clases en Francia*. Pero, a veces a algunas páginas de distancia, en el mismo texto aparece la disonancia.

¹⁸ Es sabido que, cuando escribe el *¿Qué hacer?*, Lenin cree aplicar a las condiciones rusas los principios de organización de la socialdemocracia alemana.



Desocupados en lucha, contradicción en movimiento¹

Ana Dinerstein²

¹
«Una de las búsquedas más excitantes en la astronomía moderna
ha sido el intento de descubrir un agujero negro»³

Introducción

Los conflictos provinciales desatados en varios lugares del país durante los años 1996 y 1997, cuyos protagonistas fueron, en gran parte, trabajadores desocupados en demanda de creación de empleo, han sido un llamado de atención a los estudios académicos y políticos sobre el tema laboral. Encierran interrogantes y desafían paradigmas y categorías sociológicas. Deben los desocupados ser considerados trabajadores? Fueron estos conflictos laborales o sociales? Fue la lucha de los desocupados simplemente una demanda por entrar al sistema? Tuvieron estos conflictos algún tipo de potencial revolucionario? Fueron las organizaciones surgidas a la luz de la lucha perecederas o señalan la emergencia de nuevas formas organizacionales? Cuál fue el rol de los sindicatos en dichas luchas? Pueden estas puebladas modificar la actual política económica? Cuál es la relación que existe entre estas luchas y las formas de la acumulación del capital, a nivel nacional e internacional? Por el momento, los conflictos se presentan ante nosotros como agujeros negros en el espacio social y sociológico, pues han atrapado un momento de luz en su interior casi imposible de captar desde afuera; han transformado una forma de energía en otra completamente diferente; han distorsionado también las nociones del tiempo y del espacio para sus observadores.⁴ Frente a tal oscuridad, han surgido algunas interpretaciones, muchas veces opuestas entre sí. Los conflictos han sido comprendidos como conflictos sociales y, en cierta forma, conservadores, o como politizados y, en cierta forma, revolucionarios. En el primer caso sus protagonistas, que constituirían nuevas identidades colectivas, habrían demandado ingresar al sistema más que cambiarlo. No habrían cuestionado la estabilidad económica sino, más bien, exigido su democratización:

«esta protesta sin precedentes ocurrida en las localidades petroleras de Neuquén es un paradigma de la confrontación que se inicia con un grupo de jóvenes ‘desiguales’ en la ‘sociedad de los iguales’ y que, a diferencia de los años 70, no luchan por cambiar el sistema sino por entrar a él»...» los movimientos de protesta no deben ser interpretados en clave política, sino como prácticas sociales sentadas sobre la construcción de nuevas identidades colectivas y de reconocimiento de espacios de relaciones sociales». ⁵ En el segundo caso, se les ha adjudicado un papel revolucionario aduciendo que podrían desembocar, dadas ciertas condiciones, en una ruptura del sistema. Asimilados a «semi-insurrección» y conteniendo «elementos de guerra civil», su potencial revolucionario yacería en la demanda «trabajo para todos»; por consiguiente, existiría la necesidad de que «estas condiciones objetivas cedan paso a una situación revolucionaria abierta ...[:] que los batallones de la clase obrera centralicen la contraofensiva de las masas» (p. 32). ⁶

El presente trabajo intenta esbozar una explicación alternativa a través de retomar y problematizar las categorías de trabajo, capital y lucha de clases desde una perspectiva crítica marxista. ⁷ Mi argumento será que, dada la tendencia a la globalización y liquidez del capital, desarrollo desparejo y fragmentación de la fuerza de trabajo, dichos conflictos no han sido simplemente la reacción a los cambios impuestos por las formas de la acumulación del capital, ni luchas revolucionarias, sino la expresión articulada y en movimiento, en un espacio y momento histórico preciso de constitución de la lucha de clases, de la contradicción interna inherente al capital como relación social, es decir, el trabajo existiendo como subjetividad (trabajo) y como imposibilidad de la misma (capital). Dicha contradicción refiere al movimiento del capital intentando escapar del trabajo (liquidez, reestructuración y desempleo) y la imposibilidad del capital de escapar del trabajo (liquidez, reestructuración y desempleo); en otras palabras, las luchas captaron en un momento concreto de subjetividad la constante e inevitable contradicción entre las formas sociales de existencia entre trabajo concreto y trabajo abstracto, dentro de la cual, el caso de los trabajadores desocupados adquiere dimensiones especiales. En este sentido, la problemática humana no será, en este trabajo, un nivel más que se incorporará al análisis, sino la razón de ser del análisis mismo. Siguiendo a Marx «tenemos que captar la conexión esencial entre el sistema de alienación (*estrangement*) y el sistema del dinero». ⁸ El desarrollo del argumento propuesto requiere de una revisión crítica de las categorías mencionadas, a la luz de los conflictos de Cutral Có, Plaza Huincul, Tartagal

y Libertador General San Martín, que tuvieron lugar entre Junio 1996 y Mayo 1997 en Argentina. Como síntesis de múltiples determinaciones, los casos ponen en movimiento, a través de la acción de los sujetos involucrados, la contradicción actual existente entre la metamorfosis del capital y sus formas humanas de existencia social, en el presente.

Inspira este trabajo la deuda política que los intelectuales, especialmente los marxistas, seguimos teniendo, por un lado, con los trabajadores y desocupados, sujetos a todas las formas posibles de la violencia del dinero y el estado; y por el otro, con el mismísimo marxismo, que debe recuperar su capacidad de asombro, recobrar la voz, hablar de lo que no se habla, y descubrir qué hay detrás y debajo de la superficie observable de los fenómenos sociales. Intentar descubrir las formas conflictivas de las relaciones sociales y subjetividad del capital en movimiento no es tarea fácil. Pero, parafraseando una vez más a la astronomía y a la física «para explorar la naturaleza [y] el interior de un agujero negro, tendremos que abandonar el reino del mundo real»,⁹ aunque sea por un momento.

El estruendo

Según Gómez *et al*, antes del Plan de Convertibilidad, las demandas laborales por aumento de salario eran la base del 37% de todo el conflicto en la industria, en 1995 estas se redujeron al 2.4%. Por el contrario, los conflictos laborales producidos por salarios adeudados y despidos subieron del 40.6% en 1992 al 70% en 1995. En segundo lugar, aunque en el período 1989-1995 el llamado conflicto industrial se redujo en un 12.5%, hubo un aumento de conflictos regionales y descentralizados.¹⁰ Efectivamente, las numerosas y espectaculares manifestaciones en contra del ajuste económico en el interior del país, entre 1993-1995 se desataron en contra de sueldos atrasados, suspensiones y despidos en el sector público y privado, reducción de salarios, pago de deudas con bonos, recortes en el gasto social, flexibilización laboral, y corrupción en el manejo de fondos públicos.¹¹ En 1996 y 1997 dicha conflictividad adoptó peculiares características. Esencialmente contra el desempleo y la falta de inversión de capital, los cortes de ruta se extendieron a lo largo del país.

Los conflictos de Cutral Có, Plaza Huincul, Tartagal y Libertador General San Martín en 1996 y 1997, si bien son únicos en su particularidad, comparten una serie de características generales: i) Se produjeron en zonas donde la crisis económica crónica se combinó con la privatización (de YPF, en Neuquén y Salta) o reestructuración (Ledesma, en Jujuy) de la única o principal fuente de recursos y empleo en la zona, generando un

incremento de la pobreza y del desempleo que llega a cifras alarmantes; ii) en dichas áreas, la alta rentabilidad de las industrias reestructuradas o privatizadas (YPF, Ledesma) contrasta con la escasez de dinero y recursos (reducción salarial, sueldos atrasados, utilización de bonos en lugar de *cash*, programas de empleo que no cubren ni cuantitativa ni cualitativamente las tasas de desempleo); iii) Los cortes de ruta fueron organizados por comisiones multisectoriales, de desocupados, coordinadora de Piqueteros, Fogoneros (Jujuy, Neuquén), vecinales (Tartagal) o similares apoyados por los sindicatos locales (CTERA, Neuquén; FGE en Jujuy), con la participación de gran parte de la comunidad, demandando que las autoridades políticas se acercaran a dialogar, para acordar programas de empleo y soluciones de fondo a las crisis regionales; iv) mientras la reacción de los gobiernos locales fue diversa (el gobernador Sapag apoyó la primera pueblada en Neuquén, mientras Ferraro optó por la negativa, en Jujuy) la estrategia del gobierno nacional fue, una vez más, la represión descontrolada (excepto en el caso de Tartagal, donde la represión fue evitada minutos antes de lo planeado), combinada con negociación; v) mientras las demandas fueron por creación de empleo e inversión de capital genuina en dichas áreas (planta de fertilizantes en Neuquén, recuperación de las regalías petroleras en Salta, reforma a la legislación sobre tierras improductivas e incentivo a las Pymes en Jujuy), se presentó en todos los casos una feroz competencia y lucha por el dinero como recurso escaso, y el desarrollo y yuxtaposición de esta pelea en distintos niveles de la administración pública nacional, provincial y municipal, y las organizaciones y actores sociales. Asimismo, se generó confusión entre autoridades locales y nacionales acerca del reparto de fondos y de la adjudicación de planes de políticas de empleo (como el programa TRABAJAR II); vi) durante la confrontación de las comunas con la gendarmería nacional se produjo un desconocimiento de la autoridad política local, y la emergencia de la iglesia local como mediadora entre autoridades políticas y los participantes en el conflicto; vii) surgieron nuevas organizaciones o grupos que disputaron el poder y eventualmente reemplazaron a las anteriores (Comisión Coordinadora de Desocupados versus Coordinadora de Piqueteros, Jujuy; Piqueteros *versus* Fogoneros, en Neuquén) en momentos en que las previas organizaciones fueron juzgadas como traidoras a la demanda inicial de los participantes; viii) los conflictos fueron un desafío para los sindicatos locales en términos de su participación y apoyo a estas luchas, y un problema para los sindicatos nacionales, que tuvieron una actitud dubitativa, exceptuando a la CTA; ix) se generó desconcierto en el

gobierno a todos los niveles pues las puebladas se desarrollaron, según el gobierno, en el marco de la «anarquía», lo que dificultaba encontrar interlocutores válidos»; x) durante la represión, las comunidades se organizaron creativamente para enfrentar y resistir los embates de la gendarmería. La resistencia en la calle, la división de tareas, la solidaridad, fueron predominantes, incluida la difusión que la prensa local y nacional brindó sobre estos hechos.

De estas características generales se desprenden algunos interrogantes: 1. ¿Cómo comprender este movimiento del capital desapareciendo de dichas zonas geográficas y volviendo a ellas en la forma de programas de empleo, préstamos para inversiones, es decir, deuda? 2. ¿Cómo concebir el lugar de los trabajadores desocupados y de los marginados en el marco de cada conflicto? 3. ¿Cuál es la conexión (y la contradicción) entre ese movimiento del capital, la desocupación y los conflictos? 4. ¿Cuáles son los elementos cualitativo/subjetivos que estos develan? En lo que sigue, y después de una revisión de las categorías mencionadas en la introducción, me propongo intentar responder estos interrogantes a la luz de los casos.

Trabajo

En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith describió el proceso de división del trabajo como producto de la tendencia natural a la cooperación social orientada hacia el logro del progreso individual y social. Sin embargo, la expansión de la división del trabajo no era para Smith un proceso pacífico. Rompiendo con la ley natural hobessiana, Smith fue el primero en introducir desde una concepción materialista, la distinción fundamental entre las tres clases componentes de la sociedad capitalista, «los dueños del stock, los dueños de la tierra y los trabajadores».¹² No obstante, el hecho de que la división del trabajo era para él técnica y no social, la convertía en conflictiva pero nunca contradictoria. El trabajo, la tierra y el capital, aparecen como los tres factores de la producción relacionados externamente a través de la cooperación y el intercambio. De esta manera, la economía política naturalizaba las relaciones capitalistas de producción y reproducía acríticamente las formas a través de las cuales las relaciones sociales se presentan ante nosotros, y a través de las cuales los poderes sociales son mediados a través de cosas que aparecen como poderosas en mismas.¹³ Por ello, la crítica de Marx a la economía política no fue solamente «una crítica a una ideología mistificante, sino a las formas alienadas de la vida social que la economía política describe pero no puede explicar... para la economía política la sociedad capitalista es la mejor de todas las sociedades posibles porque evalúa

toda forma de sociedad desde las categorías [naturalizadas] de la sociedad capitalista». ¹⁴ No se trata entonces de una crítica «económica» sino inmanente y total, pues revela «los contenidos socio-históricos de las abstracciones formales» [y al «trabajo alienado como] el fundamento socio-histórico de la propiedad burguesa». ¹⁵

En los últimos años, los estudios sobre temas laborales han diversificado su interés en los temas de la globalización del capital y la transformación del trabajo, a niveles nacional e internacional. Dentro de ellos, son abordados tópicos tales como la reestructuración del mercado de trabajo, el fenómeno de la pobreza y el desempleo masivo; los aspectos legales y políticos de la reforma laboral y de las relaciones industriales; los cambios producidos a nivel de la producción, flexibilidad laboral interna, por efecto de la reestructuración de la economía mundial; los sindicatos, y la conflictividad laboral; y aunque en menor grado, la desocupación como experiencia cotidiana, su significado y consecuencias para los sujetos, la familia y la sociedad. ¹⁶

Sin embargo, resulta llamativo que en las disciplinas en las que el trabajo es el principal objeto de estudio, éste ha desaparecido como categoría crítica. ¹⁷ Lo que resulta más alarmante es que, cuanto más complejo y problemático se vuelve el tema, dada la transformación a la que esta sometido «el trabajo» en la práctica, más se insiste con el fin del paradigma del trabajo, o de los trabajadores como tales. ¹⁸ En este marco, algunos intelectuales, muchos de ellos marxistas, en su intento de no abandonar al trabajo en las manos de la nueva ideología de la aldea global, y de realizar una crítica profunda al capitalismo «desde el lado del trabajo», han caído sin quererlo, en cierta forma, en la trampa smithiana: al tomar como punto de partida la división del trabajo, utilizan las categorías «trabajo» y «capital» como no problemáticas, si bien antagónicas dada la naturaleza de las relaciones capitalistas de producción. Los trabajadores aparecen así explotados por los capitalistas en términos de clase. La propiedad privada y el mercado son consecuencia del trabajo alienado y, por ende, la abolición de dichas formas institucionales provocaría la destrucción del sistema capitalista. Se abocan entonces al estudio de las nuevas formas de contratación, flexibilización, explotación por un lado, y a las nuevas formas de acumulación del capital por el otro. El trabajo aparece resistiendo y reaccionando ante las nuevas formas de producción y sociales que el capital impone. El objetivo es rescatar el poder de los trabajadores y sus organizaciones, en este contexto.

Sin embargo, «la teoría marxista del trabajo no sólo atañe al trabajo

como única fuente del valor, sino que a su vez, muestra que el trabajo está obligado a existir, no sólo como subjetividad explotada» (trabajo abstracto), sino también en la forma abstracta de dinero (trabajo abstracto).¹⁹ La teoría marxista no es sólo una teoría del trabajo alienado a nivel de la producción: «la forma alienada del trabajo social en el capitalismo no era [para Marx] una necesidad técnica, impuesta por el desarrollo de la división del trabajo, sino una forma de la producción social específica e históricamente desarrollada basada en específicas relaciones de explotación y dominación...[que] crecientemente sujetan a la humanidad a la dominación de un poder 'alien', el poder del capital».²⁰ Es decir, «Marx entendía al trabajo, en la sociedad capitalista, como trabajo abstracto. El trabajo individual es trabajo abstracto en el sentido de que es parte del trabajo de la toda la sociedad y, más aún, adquiere importancia por ese hecho. La categoría trabajo abstracto existe a través del intercambio de mercancías. La especificidad histórica del trabajo remite a la unidad contradictoria de intercambio y producción, es decir, el intercambio de mercancías a través del cual los trabajos concretos son reducidos a su sustancia común, trabajo abstracto».²¹ Esta existencia es esencialmente violenta y contradictoria, y es mediada a través de diversas formas sociales.

Entonces, mientras la economía política es una teoría abstracta acerca de formas sociales mistificadas tales como el capital, atribuyéndole poderes propios y ocultando su verdadera naturaleza, la teoría de Marx es una teoría de la abstracción²² es decir una crítica que desenmascara las formas sociales simultáneamente «reales e ilusorias» que convierten el poder de la gente en el poder de cosas pues, en palabras del propio Marx, «la conexión entre las personas es transformada en una relación social entre cosas; la capacidad personal en riqueza objetiva».²³ En el método de Marx las «abstracciones no corresponden a 'cualidades esenciales' encarnadas en las cosas, sino a determinados procesos sociales».²⁴ Más aún, las abstracciones de las que Marx nos habla son abstracciones existentes, vivientes. De lo que se desprende que el punto de partida del análisis de Marx no es la categoría «trabajador» sino la de «trabajo» (*labour*), es decir, la constitución social histórica de la ley del valor y con ella la del trabajo en su forma alienada de existencia: el capital.

Trabajo y «capital»

Como vimos, la separación y naturalización de las categorías de trabajo y capital no es problemática para la ciencia social liberal, la cual forma parte de la fetichización de las relaciones sociales en el capitalismo, pero, en mi

opinión, ha conducido al marxismo a un callejón sin salida. Este se ha debatido por años entre el estructuralismo y el autonomismo, o sea, entre adscribir a la noción de reproducción del capital como una auto-lógica abstracta, o a la noción de lucha de clases como la experiencia de los sujetos contra el capital. Todavía se requiere desarrollar de la habilidad para captar el todo y la particularidad y la relación entre ambos, simultáneamente.²⁵ Esta falencia clama por una exploración de lo que me animo en denominar la cuarta dimensión, es decir, de las formas sociales contradictorias de existencia del trabajo como capital en movimiento.²⁶

La relación intrínseca entre trabajo y capital ha sido explorada de diversas maneras. Para Bonefeld, mientras el estructuralismo conceptualiza al trabajo existiendo meramente en el capital (los sujetos y sus luchas están subordinados a la lógica del capital), el autonomismo conceptualiza al trabajo existiendo meramente contra el capital (existe la posibilidad de que el trabajo, a través de sus luchas, se autonomice del capital).²⁷ Respecto de esto último, Holloway ha señalado que si bien «la teoría autonomista ha sido esencial en reinsertar [en el debate marxista] la naturaleza de la lucha de clases... la fuerza real de la teoría de la lucha en Marx no yace en invertir la polaridad entre capital y trabajo sino en disolverla».²⁸ Para ambos autores, el trabajo existe en y contra el capital, pues «es sólo el trabajo el que constituye la realidad social. No hay fuerza externa, nuestro propio poder es confrontado con nuestro propio poder, aunque en una forma alienada».²⁹ La conexión interna entre trabajo y capital esta dada por el hecho de que el capital es trabajo, aunque se objetiva como algo externo a éste, a través de múltiples mediaciones. Los términos integración y trascendencia ofrecidos por Bonefeld apuntan a entender esta forma de existencia contradictoria del trabajo: «El continuo dialéctico de integración y trascendencia recalca la noción de un mundo práctico en el cual la integración del trabajo dentro de la relación del capital y la trascendencia revolucionaria del capital no están ni lógicamente presupuestas ni históricamente determinadas».³⁰

Metamorfosis del capital, alienación en movimiento

La relación intrínseca entre trabajo y capital no es sólo teórica sino constitutiva de las formas en las que creamos, experimentamos y comprendemos los procesos sociales en la sociedad capitalista.

En sus primeros escritos Marx explicó el proceso de alienación de la vida humana, mientras la constitución social del valor en la forma de trabajo concreto, en abstracto (dinero) y en capital no es abordada comple-

tamente. La noción de alienación es allí todavía estática, pues Marx estaba, en gran parte, dedicado a develar, a través de su teoría del trabajo alienado, el misterio que la economía política había naturalizado como cooperación. Por otro lado, en *El capital* (y en *Grundrisse*) Marx develó el fetichismo de las relaciones sociales capitalistas, partiendo de la categoría «trabajo» y poniéndola en movimiento como mercancía, dinero y capital, explicando así el misterio de la metamorfosis del valor en capital; pero, como se ha señalado, existe un silencio en el libro, a mi modo de ver, ruidoso: el hecho de que «el trabajador como sujeto» y el análisis del movimiento a través del cual los «trabajadores presionan en la dirección contraria al capital» estén ausentes en esas páginas.³¹ Cuál es, entonces, la relación entre los sujetos y la producción y reproducción social del capital en este complejo mundo de formas abstractas y alienadas de existencia social?

La forma de abordar esta pregunta es la de concebir el proceso de producción, valorización y acumulación del capital como el mismo movimiento contradictorio de alienación-desalienación social. Para ello, la obra de Marx debe ser concebida como una obra orgánica.³² Lejos de alejarse de la teoría de la alienación del trabajo, con el objeto de realizar un análisis «económico», *El capital* la enriquece: «la crítica a la economía política era incompleta hasta que se transformó de una crítica filosófica y política externa, que establecía los límites de la economía política, revelando sus presuposiciones ocultas, en una crítica histórica y teórica interna que podía proveer una mejor teoría de la sociedad capitalista».³³ Así, *El capital* y los *Grundrisse* integran la crítica inmanente a la sociedad capitalista y a la noción de alienación de una forma más sofisticada que los *Manuscritos de 1844*.

Por un lado, entonces, bajo las relaciones de producción capitalista, «...trabajo no es vida...es sólo trabajo forzado impuesto sobre mí no a través de una necesidad interna sino a través de una necesidad arbitraria externa...se transforma en ...la expresión de la pérdida de mí mismo y en mi impotencia».³⁴ Es decir «la producción no produce al hombre como una mercancía, la mercancía humana...también lo produce como un ser humano mental y físicamente deshumanizado...».³⁵ Por otro lado, el proceso de la metamorfosis del capital y sus circuitos,³⁶ es decir D-M...P...M'-D', no tiene ni principio ni fin: el valor deviene mercancías, la mercancía dinero y el dinero deviene capital; luego, «la constante repetición del intercambio lo convierte en un proceso social normal...».³⁷ Pero «no es la naturaleza del dinero lo que da lugar a esta relación; es más bien la existencia de la

relación la que puede transformar la mera función del dinero en la función del capital».³⁸ Según Marx, la relación capitalista propiamente dicha aparece sólo en el proceso de producción debido a que ya existe implícitamente en el acto de la circulación, en diferentes condiciones económicas, donde el vendedor y el comprador se confrontan en su relación de clase. Por ello, la constante repetición de dicho proceso social normal no significa en absoluto que sea lineal o pacífica, pues el motor del circuito de reproducción es la posibilidad de que la energía humana sea transformada en valor, y sea encapsulada en la forma de mercancía, en su forma negada, como capital, y en el sostenimiento de dicha objetivación.

Por lo tanto, vemos que la alienación en el pensamiento de Marx no es ni falsa conciencia ni una característica estructural del capitalismo, sino un proceso contradictorio de fetichización-desfetichización, el mismo proceso por el cual el capital, como subjetividad alienada, se produce, reproduce y expande: «el trabajador produce capital y el capital lo produce a él, lo que significa que el se produce a sí mismo; el hombre como trabajador, como mercancía, es el producto de este ciclo total».³⁹ La metamorfosis del capital es la transformación de energía humana en formas reales e ilusorias que simultáneamente lo afirman y lo niegan como tal, y que se reproducen a través del movimiento del capital. Este movimiento requiere de múltiples mediaciones (abstracciones reales), tales como el estado, las leyes, el dinero, que son a la vez producto de dicha relación contradictoria.⁴⁰

Cuatro cuestiones se desprenden de esto: i) en tanto la autonomía del trabajo respecto del capital no existe, pues el capital es trabajo existiendo en forma negada,⁴¹ alienación-desalienación conforman un fenómeno contradictorio y constante que constituye la vida privada y social; pues ii) en el mismo momento en que el trabajo abstracto cobra materialidad en la forma de una mercancía, la vida humana se desmaterializa en las formas de trabajo concreto y abstracto.⁴² Este proceso de alienación («la reducción del trabajo concreto y la reducción de trabajadores humanos particulares a trabajo simple medio e indiferenciado»)⁴³ no puede ser otra cosa que contradictorio y conflictivo, pues se trata de la sujeción-resistencia de la vida humana a la forma mercancía a nivel social; consecuentemente, iii) la «personificación de las cosas» (o la transferencia del poder de la gente al poder del estado, la ley o el dinero) así como «la desmaterialización del trabajo humano» (la transformación de la energía humana en mercancía y en trabajo abstracto, dinero, y luego capital) no son elementos externos a la constitución de la subjetividad sino inmanentes. Por ello, iv) si «el tra

bajo no es mediado por las relaciones sociales, sino que más bien él mismo constituye la mediación y es él mismo una forma de mediación: la dominación del trabajo es auto-dominación»⁴⁴ se sigue que dicho proceso no puede estar determinado por ninguna lógica del capital sino que es en sí mismo lucha de clases. En este sentido, la noción de en y contra el capital debe ser entendida como una lucha del trabajo por eliminarse a sí mismo en su existencia como trabajo concreto y abstracto, destruyendo la subjetividad alienada, pero de mantenerse a sí mismo como mercancía y como capital, para sobrevivir concretamente.

Contradicción inmanente, lucha de clases

Entendida como la confrontación entre dos subjetividades no problemáticas, es decir capital(istas) y trabaj(adores), la noción de lucha de clases se ha vuelto, en la actualidad, difusa y complicada, sobre todo por los cambios producidos en la composición social de la clase trabajadora y las formas globalizadas del capital. Los cambios en las formas de existencia del capital (globalización) y del trabajo (fragmentación) han dado crédito a las teorías liberales (y postmodernas) a sugerir que la lucha de clases ha muerto.⁴⁵ Ello se debe, en parte, a la relación teórica establecida entre capital y trabajo que ubica al capital como una entidad externa cambiante, poderosa, autosuficiente, y al trabajo como el objeto pasivo de su dominación. Como vimos, Marx ha señalado la existencia contradictoria de la relación entre trabajo y capital, que muchas veces a sido reducida a la simple confrontación entre trabajadores y capitalistas. Para Marx trabajo y capital deben ser diferenciados de «los trabajadores» y de «los capitalistas» respectivamente, pues la existencia de trabajadores y capitalistas, como subjetividades confrontadas corresponde a un momento histórico del desarrollo del capitalismo en el marco de la lucha de clases. Dichas subjetividades presuponen expropiación y explotación, pues implican un trabajador libre y separado de sus medios de producción, como así también un capitalista libre y separado de los medios de coerción, es decir, la constitución del mercado de trabajo, el estado y la ley. El problema entonces radica en naturalizar y tomar como punto de partida de la lucha de clases a esas dos subjetividades confrontadas cuando en realidad ellas mismas son el producto histórico de la lucha de clases misma: «la sociedad capitalista no se desarrolla a través de la lucha de clases. Más bien, la lucha de clases es un momento constitutivo de la relación capital debido a la existencia del trabajo dentro del concepto del capital».⁴⁶ Más aún, «nacimos y existimos en una relación de lucha. Nos constituimos y movemos en lu-

cha... la existencia de las sociedades de clases depende de la lucha diaria por explotar» lucha que es la más de las veces invisible.⁴⁷ La constitución de subjetividades en lucha un momento histórico preciso es la expresión dramática de la contradicción inherente al capital como relación social. Pero no se trata de una contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y apropiación privada del plusvalor, sino una explosión en un momento determinado de la cotidianeidad de esa lucha, fundada en la posibilidad/imposibilidad del capital de mantenerse como independiente del trabajo (abstracción), de negarlo (mercantilizarlo), a través de mediaciones institucionales, políticas, económicas y sociales. Dicha explosión no sigue ninguna lógica propia del capital sino que es un producto de su misma constitución, o sea, es lucha de clases.

Dar cuenta de esto es tarea del marxista, pues «el análisis teórico de las formas sociales de la reproducción capitalista desarrolladas en *El capital* no provee ningún tipo de verdad eterna, sino solamente las bases analíticas sobre las cuales desarrollar análisis históricos comparativos de las formas más concretas (y complejas) particulares en las cuales las relaciones sociales capitalistas se expresan y desarrollan».⁴⁸

(Des)ocupados, mercancía trabajo sin vender

El fenómeno del desempleo masivo en los últimos años ha generado múltiples e interesantes debates acerca de sus causas, efectos y posibilidades de solución, así como también evaluaciones críticas morales y éticas sobre sus efectos excluyentes y devastadores, no sólo a nivel social sino individual y familiar. Siendo las tasas de desempleo nacionales y mundiales tan alarmantes, ¿pueden los desocupados seguir siendo concebidos como el «ejército de reserva» del capital?⁴⁹

El desempleo masivo y el aumento de la pobreza y marginalidad, lejos de interrumpir la reproducción y acumulación del capital, puede incrementar los beneficios para los capitalistas, justamente porque el desarrollo desigual es una de las características de las formas actuales de la acumulación.⁵⁰ Sin embargo, en términos cualitativos, el desempleo presenta un problema crucial para el capital. La pregunta que debemos hacernos, en términos de la lucha de clases, no es si el capitalismo es capaz de sobrevivir siendo cada vez más excluyente, o si el capitalismo necesita, para funcionar, de la desocupación, porque la tendencia a ocupar cada vez menos empleados y la de tratar de obtener mayor plusvalía han sido históricas y contradictorias en el desarrollo del capitalismo.⁵¹ La pregunta es: ¿qué ocurre cuando la contradicción inherente a la relación entre tra-

bajo y capital se constituye y expresa en un escenario de simultánea fluidez y escasez del dinero, a través de la lucha de trabajadores que, compelidos a vender su fuerza de trabajo (mercancías), confrontan al capital como trabajo abstracto, es decir, no pueden vender su fuerza de trabajo? Si bien es cierto que la contradicción entre trabajo concreto y abstracto es inherente a la forma mercancía fuerza de trabajo y nos habla del funcionamiento del mercado de trabajo –el status de desocupado no es fijo, sino que es una condición especial del trabajo concreto; la rotación de la fuerza de trabajo existe como tal– el desempleo implica la existencia de una subjetividad inherentemente contradictoria, quizá más contradictoria que la del trabajador ocupado. Si aceptamos que el proceso de valoración y reproducción del capital es el mismo proceso de alienación en movimiento, lo que el desempleo presupone es conflictividad que se agrega a la conflictividad ya existente entre los trabajadores.

Para el joven Marx, el trabajador es la manifestación subjetiva de la enajenación, mientras que el capital es la manifestación objetiva de la misma. Pero, dice Marx, «el trabajador tiene la desgracia de ser capital viviente, capital con necesidades... Como capital, el valor del trabajador aumenta o decrece de acuerdo a la oferta y la demanda, y hasta físicamente su existencia, su vida, fue y es tratada como la oferta de una mercancía, como cualquier otra mercancía... Las cualidades humanas del hombre como trabajador... sólo existen en tanto ellas existen para un capital que es *alien* a él. Pero dado que cada uno está enajenado respecto del otro... este carácter alienado aparece inevitablemente como real. Entonces, tan pronto como sucede que el capital –sea por necesidad o elección– deja de existir para el trabajador, éste último deja de existir para sí mismo; no trabaja... y en tanto existe no como hombre sino como trabajador, deberá enterrarse a sí mismo, morir de hambre, etc. El trabajador existe como trabajador sólo cuando existe para sí mismo como capital, y existe como capital solamente cuando el capital existe para él. La existencia del capital es su existencia, su vida. La economía política no reconoce a los trabajadores no ocupados, en tanto se sitúan fuera de la relación de trabajo. El estafador, el tramposo, el mendigo, el desocupado, el muerto de hambre, el indigente y el criminal son figuras que no existen sino para otros ojos –para los ojos de los doctores, los jueces, los cavadores de tumbas, etc.»⁵²

Vemos que la concepción de los desocupados como ejército de reserva atribuida al marxismo es restringida, pues concibe a los desocupados como un factor de la producción que puede emplearse o no según los requeri-

mientos del mercado de trabajo. Si bien esto es verdad, no es suficiente para comprender que hay detrás de este movimiento. En la sociedad capitalista, la explotación no es individual sino social. Lo que implica es que todos formamos parte del proyecto del capital, independientemente de nuestra condición laboral. La sociedad capitalista es una fábrica social, pues «...la fábrica como el lugar de la producción es importante, pero las relaciones sociales de producción se determinan tanto afuera como dentro de la producción. Mientras la producción es el momento dominante sólo puede ser conceptualizado en términos del circuito como un todo, y esto incluye a la reproducción». El desafío es «la inclusión de aquellos individuos concretos que no aparecen relacionados a la producción capitalista y entonces fuera de la clase trabajadora». ⁵³ Mientras exista el capital, existe alienación: el capital es la prueba de la alienación. Lo que quiero señalar es que en términos subjetivos, y en determinado momento histórico, el (des)empleado, experimenta individual y colectivamente la contradicción entre trabajo concreto y trabajo abstracto como ausencia de contenido para su vida. Por ello la lucha del desocupado no puede ser entendida como una lucha por abolir la propiedad privada («revolucionaria») ni es simplemente una lucha por ingresar al sistema (conservadora), sino una lucha por la materialidad e inmaterialidad de su vida. Su exclusión del nivel de la producción no inhibe la experiencia subjetiva contradictoria de la forma mercantilizada de existencia y su negación, sino que la acrecienta, pues «la sustancia del valor es el trabajo vivo comandado por el capital con el propósito de ser explotado. El trabajo es la presuposición de la existencia social como un todo, presuposición de la cual el capital no puede autonomizarse...el capital vive de transformar al trabajo en contra de sí mismo sobre la base de la existencia fetichizada del trabajo asalariado...». ⁵⁴

(Des)ocupados en lucha, contradicción en movimiento

Los casos concretos de conflictividad sintetizan múltiples determinaciones que si bien no son factibles de generalizarse, pueden ser tomadas como la expresión de tendencias globales. Para develar las particularidades en el marco del todo, el método concreto-abstracto-concreto de Marx brinda excelentes posibilidades, pues «lo concreto es concreto porque es la realización de muchas determinaciones, y por lo tanto unidad de lo diverso. Aparece entonces en el proceso de pensamiento, como un resultado, no como un punto de partida, si bien es el punto de partida en la realidad y, por lo tanto, también el punto de partida para la observa-

ción y la comprensión».⁵⁵ Los casos concretos ponen al capital en movimiento, lo muestran en toda su desnudez, lo exponen a la acción humana, a la lucha de clases. ¿Cuál es la relación entre la transformación del capital, la conflictividad laboral-social y la subjetividad en Argentina del presente?

La crisis de los '70 significó la completa transformación de las relaciones sociales capitalistas a nivel nacional e internacional; con «la desregulación de los mercados monetarios internacionales en 1971 y 1973, el dinero ha emergido como un eje central del conflicto social».⁵⁶ El giro del keynesianismo al monetarismo fue la temporaria resolución a la crisis de una forma de control del capital-dinero global por parte los estados nacionales y la imposición de la forma dinero por sobre la del estado.⁵⁷ Desde mediados de los '60 la inestabilidad había crecido junto a los costos de explotación del trabajo, y la inversión en la producción devino menos segura como medio de expandir el capital.⁵⁸ Enfrentando masivos movimientos sociales como el de Mayo del 68, «el capital para sobrevivir necesitó liberarse él mismo de las relaciones de explotación, despegando de su propia inadecuación y convirtiéndose en capital líquido. Este proceso puede describirse como sobreacumulación de capital».⁵⁹ Las economías latinoamericanas debieron afrontar esta transformación bajo características particulares. En Argentina, el tránsito desde la versión keynesiana al monetarismo desplegó varios tipos de violencia inherentes a la imposición del dinero global sobre los estados nacionales y a la transformación del capital al interior de los espacios nacionales. Así, fuga de capitales, represión directa y deuda externa en los '70 se transformó en hiperinflación y crisis de la deuda externa en los '80; y en la imposición del credo del libre mercado, corrupción, coerción y represión directa nuevamente en los '90.⁶⁰ Desde el punto de vista «económico», esos veinte años de transformación refieren a un proceso de globalización internacional del capital; desde el punto de vista «político» refiere a la crisis de los estados nacionales y a reconstruir una nueva capacidad para controlar y regular al capital internacional; desde el punto de vista «laboral», implica la crisis de las organizaciones sindicales, el desarrollo de nuevas estrategias que les permitan sobrevivir como tales y de representar a la clase trabajadora, así como de organizar la resistencia a los embates del capital. Sin embargo, como vimos, el capital no es una relación económica, política o laboral sino social y total, y fundamentalmente, implica la constitución social de la lucha de clases como parte de la vida cotidiana. La transformación del capital remite a «la conexión interna entre dinero y lucha de clases [que] es compleja... la historia del dinero puede ser vista como el movimiento

de composición, descomposición y recomposición de las relaciones de clase». ⁶¹

En Argentina, la reestructuración del capital requiere de la transformación del trabajo (social) a nivel nacional (nuevas formas de producción, intensificación de la explotación, incremento de la productividad, flexibilidad interna, reestructuración de personal, despidos). Este capital reestructurado tiene la libertad de fluir a/desde otras regiones generando así un movimiento de dinero difícil de controlar, junto al desarrollo económica desparejo, dejando a ciertas áreas dentro de los estados nacionales «sin dinero» (*cash* para pagar sueldos o inversiones de capital). En estas áreas geográficas, la fórmula del capital D-M-D' se convierte en D-D', es decir, el dinero se reproduce a sí mismo intensificando, reduciendo, evitando el uso de la fuerza de trabajo viva. En ese movimiento de «transformación» del capital se genera la necesidad de paliar el déficit fiscal y la situación de desempleo y pobreza, por lo cual estados nacionales adquieren créditos de organismos internacionales, incrementando así su deuda. Ese capital líquido sustenta las políticas sociales y los programas de empleo: «Y entonces, hay deuda. La transformación del capital es su forma dinero significa que mucho de ese dinero es ofrecido como préstamo que es convertido en crédito y deuda». ⁶² Por ello, globalización del capital, aumento de la productividad y crecimiento del Producto Bruto Interno conviven con i) déficit fiscal, pobreza, desempleo, la tendencia a la fragmentación de la fuerza de trabajo y consecuentemente de sus luchas, la reducción del espacio institucional para la participación sindical ⁶³ y ii) abundancia de crédito internacional para el desarrollo de políticas sociales y programas de empleo. Las políticas de estabilidad intentan controlar ese movimiento del capital, bastante infructuosamente. La ecuación D-D' muestra que «el trabajo como sustancia del valor se manifiesta asimismo solamente en el dinero». ⁶⁴ Sin embargo, como vimos, si bien el dinero aparece como el medio a través del cual el trabajo concreto deviene trabajo abstracto, él mismo no crea ese movimiento contradictorio sino que esta aparente independencia y poder trascendental del dinero es creada por la lucha de clases. ⁶⁵

D-D' significa «capital desempleado de un lado y trabajadores desempleados por el otro». ⁶⁶ Pero, dado que el dinero es una forma abstracta de la relación de explotación capitalista, mientras D-D' aparece como autoexpansión del capital evadiendo al trabajo, al mismo tiempo D-D' es sólo un momento en el cual el capital logra evadir al trabajo, pues D-D' depende de la efectiva «habilidad del capital de explotar al trabajo». ⁶⁷

Los conflictos se produjeron en zonas donde la crisis económica crónica se combinó con la privatización (de YPF, en Neuquén y Salta) o reestructuración (Ledesma, en Jujuy) de la única fuente de recursos y trabajo, generando un incremento de la pobreza y del desempleo que llega a cifras alarmantes, siendo dichas áreas zonas de la alta rentabilidad de las industrias reestructuradas o privatizadas (YPF, Ledesma), contrasta con la escasez de dinero y recursos (reducción salarial, sueldos atrasados, utilización de bonos en lugar de *cash*). En ausencia del dinero (salarios atrasados, bonos, desempleo, desinversión) el movimiento del capital genera, en esas áreas, violencia y una competencia descarnada por la obtención de recursos escasos. En primer lugar, entonces, los conflictos despliegan la contradicción de dicho capital *in motion*. En segundo lugar, los casos develan, la impotencia y a la vez la transformación que sufren los estados provinciales y las organizaciones sindicales, tal como los concebimos en los últimos 40 años. Los conflictos fueron un desafío para los gobiernos y para los sindicatos locales y nacionales, en términos de su capacidad de contención y solución, y participación y apoyo a estas luchas, respectivamente.⁶⁸ En tercer lugar, los casos develaron que el poder del trabajo no es «organizacional» (no yace en las organizaciones sindicales o partidarias), sino que es sistémico. En cuarto lugar, que dicho poder puede ser individual y colectivamente reapropiado por un momento. Dicha reapropiación se produce cuando el contenido cuestiona a la forma trabajo abstracto y produce momentos de subjetividad trascendente donde el poder social es individual y grupal al mismo tiempo; es decir, es potencia.⁶⁹ En dichos momentos fugaces la energía es transformada en una forma especial, difícil de asir en el largo plazo, y a través de las categorías estáticas que manejamos cuando analizamos «el conflicto laboral». En quinto lugar, los cortes de ruta mostraron las dificultades de la noción de acción racional para comprender el significado y el desarrollo de estas luchas. La importancia de la pasión, el dolor, el enojo, la furia, el hambre, la desolación, la desesperación, la resignación, la solidaridad, la dignidad, no tienen, en general, cabida en el análisis tradicional de la acción colectiva. Sin embargo, la lucha entre David y Goliath sólo es posible de ser aprehendida si se incorporan estos elementos al análisis, pues nos estamos refiriendo a una contradicción que, lejos de ser abstracta, remite a las formas y contenidos sociales de la vida.⁷⁰ Por ello, en sexto lugar, los casos muestran que las formas políticas de «sujetar» o condicionar la pasión a la racionalidad capitalista no fueron efectivas durante los conflictos. Ello no se debe solamente a una incapacidad política o institucional

de tal o cual gobernador o gobierno, sino a que el capital, al negar al trabajo en el desempleo, o en la ausencia de inversiones, en parte se niega a sí mismo como tal y, con ello, la forma mercantilizada de la vida estalla en múltiples contradicciones liberando así, energía humana. Las contradictorias estrategias del gobierno apelando a la «razón» por un lado y reprimiendo por el otro, fallan en sujetar dicha pasión a los parámetros de la práctica política liberal.⁷¹

Conclusiones

La condición humana que el capital impone es precaria e insegura pues se trata, como vimos, del constante movimiento para sujetar los contenidos a una forma que simultáneamente los niega y afirma. La producción y reproducción de la vida social no es un proceso económico o político sino total, pues la producción y reproducción del capital como una abstracción real es también un proceso de constitución de formas sociales alienadas de la vida que transforman la creatividad y los atributos de las personas en el poder, creatividad y atributos de las cosas, tales como el estado o el dinero. La transformación del trabajo en capital y la subsunción del trabajo en el capital es el constante y contradictorio proceso de alienación humana en movimiento. Por ello, la lucha de clases ha sido entendida en este trabajo no como la confrontación entre trabajadores y capitalistas, sino como una contradicción constitutiva de la existencia social cotidiana del capital, que, en determinados momentos históricos, explota en específicas formas. La razón de esta amplia concepción de la lucha de clases no se basa solamente en el rechazo a la idea de autonomización del trabajo respecto del capital (que es un mito bien intencionado del autonomismo), o en el rechazo a la total subsunción del trabajo a la lógica del capital (el mayor pecado del estructuralismo), sino en lo opuesto: se basa en la idea de que la lucha de clases existe debido a la relación interna entre trabajo y capital, donde ni trabajo ni capital son independientes el uno del otro. El ocultamiento social de dicha conexión requiere no sólo de la separación entre esferas políticas y económicas sino, y principalmente, de la constitución simultánea del capital como sujeto, como entidad externa a, e independiente del, trabajo, de la cual la separación entre política y economía es una consecuencia. Esto implica que el capital, como forma real e ilusoria objetivada de la existencia social lleva en su movimiento de producción y reproducción una contradicción intrínseca que debe permanentemente negar: su existencia como trabajo en su forma de ser negada o alienada. Pero, dado que esta existencia no remite a la expansión

de una lógica autónoma sino a la de una abstracción real que conlleva lucha, contradicción y negación, el capital se convierte así, simultáneamente, en la negación de la vida social y en el potencial para su creación y desarrollo. La esencia de esas luchas, entonces, se halla alojada en el corazón del capital. La pregunta acerca de si estos conflictos significaron una menor sujeción al poder del capital no es adecuada. Si la sociedad es una fábrica social, el hecho de estar desocupado no libera al sujeto de ser compelido a vender su fuerza de trabajo en la forma de una mercancía. Por el contrario, obligado a esto, el único objetivo del desempleado es, lógicamente, buscar un trabajo para sobrevivir.⁷²

Mi intención fue mostrar que el desempleo y la pobreza se yerguen como subjetividades tanto o más problemáticas que las del empleo, pues confrontan al capital consigo mismo. Señalar esta contradicción implica consecuencias políticas fundamentales. La disolución de las formas es la (de)construcción del capital como relación social, y en ese sentido, es inherentemente subversiva, pues significa a su vez la disolución del trabajo como mercancía desde el trabajo como mercancía. El camino es eminentemente político, subjetivo, social, en y contra, donde «cada resultado es apreciable sólo a posteriori».⁷³ Por ello, la relación interna entre trabajo y capital no implica que, durante estos conflictos, los sujetos no hayan podido experimentar un momento de trascendencia en el aquí y ahora, a través de su accionar, que también fue contradictorio.⁷⁴ Y en dicha contradicción yace la posibilidad de la luz. Los conflictos analizados en este trabajo demuestran que, aunque las formas del capital, del trabajo y de la vida cambien, la contradicción alojada en la naturaleza descorazonada del capital no puede ser evitada. Estas puebladas han sido la lucha colectiva de sujetos particulares en y contra las formas alienadas de su vida social capitalista. En términos cualitativos (subjetivos) y como proceso (no como resultados) los conflictos generados por los sujetos, ofrecieron a los sujetos mismos la posibilidad de experimentar y hacer consciente la posibilidad de desujeción a través de la acción social colectiva concreta.⁷⁵

Una interpretación de la lucha de clases como la expuesta permite, por un lado, evitar cualquier tipo de teleología, sin caer en el eclecticismo, mientras que, por el otro, abre un espacio para concebir otras posibilidades de lucha y subjetividades confrontadas. Si aceptamos que «el conflicto entre capital y trabajo es, fundamentalmente, un conflicto basado en el intento del capital de comprimir al trabajo en un universal abstracto (trabajo abstracto), y la lucha del trabajo en reafirmarse asimismo como una fuerza universal concreta en el mundo...»,⁷⁶ este conflicto puede adquirir

las formas mas diversas, sintetizando y captando como en una película, al sujeto y su vida, alojados en el corazón de la transformación del capital.

Por último, cabe decir que, en su 150 aniversario, las 23 páginas del *Manifiesto Comunista* se actualizan. Su moraleja política más importante es que el capitalismo es sinónimo de incertidumbre, movimiento, lucha y crisis pues «todo lo que es sólido se esfuma en el aire». Marx no intentó, a pesar de su compromiso político, brindar una alternativa al capitalismo, sino que apuntó directamente a su corazón para negarlo, destruirlo, ridiculizarlo. Liberación es, sin duda, sinónimo de (de)construcción y negación.⁷⁷ En la actualidad, no es el espectro del comunismo el que amenaza al mundo, sino el del capital, esa fantasmagórica abstracción real que se halla permanentemente (auto)amenazada por la acción de los sujetos concretos. Por ello, este artículo intentó ser un aporte para lograr que la luz atrapada en el interior de esos agujeros negros, aparentemente imposible de detectar desde afuera, se extienda hacia el exterior. De otra manera, los protagonistas quedaran aislados, atrapados en el interior de esos puntos infinitos de luz brillante que desafían la gravedad y desde donde no hay retorno posible, mientras nosotros, los de afuera, seguiremos pensando erróneamente que son simplemente eso, agujeros negros, una dimensión inconmensurable, inhumana e irracional, en medio del vasto espacio de relaciones sociales capitalistas «objetivas y concretas».

Marzo 1998.

Referencias

¹ Agradezco infinitamente a Simon Clarke y Michael Neary por las charlas enriquecedoras sobre el tema de este trabajo, sin por ello responsabilizarlos de lo que aquí afirmo. La traducción de las citas de los textos en inglés es mía.

² Docente e investigadora en temas teórico-empíricos sobre capital, estado, conflicto laboral y subjetividad del trabajo, Universidad de Buenos Aires y Universidad de Warwick, Inglaterra.

³ SILK, J (1995) *The Big Bang*, Freeman and Company: NY

⁴ Sobre agujeros negros en física y astronomía, ver SILK, (1995), op cit; SHIPMAN, H (1980) *Black Holes, Quasars and the Universe*, Houghton Mifflin Company: Boston; DAVIS, P (1983) *The edge of infinity. Naked singularities and the Destruction of Spacetime*, Oxford University Press: Oxford - NY.

⁵ FAVARO, O et al (1997) «La conflictividad social en Neuquén. El movimiento cutralquense y los nuevos sujetos sociales», *Realidad Económica* 148, IADE, Buenos Aires: p 27 y 15-16 respectivamente.

⁶ LIZAGUIRRE, F et al (1997) «Del cordobazo al jujeñazo», *Lucha de Clases*

nro. 1, Buenos Aires: 17 y 32 respectivamente.

⁷ Cabe decir que este ensayo es sólo un intento de interpretación de estos conflictos, como parte de mi investigación de doctorado «Sujetos de la contradicción: estado, capital y trabajo en Argentina de los 90» que realizo en el Departamento de Sociología de la Universidad de Warwick, bajo la dirección de Simon Clarke. Cualquier comentario crítico será más que bienvenido a la dirección electrónica: syrdp@ice.csv.warwick.ac.uk

⁸ MARX, K (1844)(1992) «Economic and Philosophical Manuscripts» en *Early Writings*, Penguin Books, London: 324. Como indica Holloway, «si la sociedad no es otra cosa que subjetividad y su objetivación, se sigue que la subjetividad (práctica) es el único punto de partida posible para comprender la sociedad...el mundo sólo puede ser entendido subjetivamente, críticamente, negativamente, desde abajo». HOLLOWAY, J (1995) «From Scream of Refusal to Scream of Power: the centrality of work» en BONEFELD et al (eds.) *Open Marxism* vol 3, Pluto Press, London: 172.

⁹ SHIPMAN, H (1980) *Black Holes ...*, op. cit.: 77.

¹⁰ GOMEZ, M et al (1996) «Conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad (1991-1995)» *Cuadernos del Sur*, Year 12, no 22/23, Ed Tierra del Fuego: Buenos Aires.

¹¹ Ejemplos de esto han sido el Santiagazo y el conflicto de Tierra del Fuego, donde el trabajador metalúrgico Victor Choque fue asesinado por la gendarmería nacional.

¹² SMITH A en CLARKE, S. (1991) *Marx, Marginalism & Modern Sociology. From Adam Smith to Max Weber*, Macmillan, London: 24.

¹³ Idem ant: 85.

¹⁴ Idem. ant.

¹⁵ Idem. ant.

¹⁶ Ver a modo de ejemplo las siguientes compilaciones y estados del arte: BUSTOS (1995) ed. *Más allá de la estabilidad. Argentina en la época de la globalización y la regionalización*, Fundación F. Ebert, Buenos Aires; MINUJIN A (ed) (1996) *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo* UNICEF/Losada, Buenos Aires; Revista *Encrucijadas*, Anno II nro 4, Mayo, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires; CATALANO, A M y NOVICK, M (1992) «Relaciones laborales y sociología del trabajo: a la búsqueda de una confluencia», *Sociedad*, vol. 1, Universidad de Buenos Aires, October 1992:27-54; MORENO, O (1993) comp. *Desafíos para el sindicalismo en la Argentina*, Fundación Ebert, Legasa: Buenos Aires; MTSS (1995) ed. Libro blanco sobre el empleo en la Argentina, Buenos Aires; PANAIÁ, M ed. (1996) *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*, EUDEBA/PAITE, Buenos Aires; PENALVA S & ROFMAN A (1996) ed. *Desempleo estructural, pobreza y precariedad. Coordinadas y estrategias de política social en la Argentina y América Latina*, Nueva Visión, CEUR, Buenos Aires; BECCARIA L & LOPEZ N ed. (1996) *Sin trabajo. Las características del desem-*

pleo y sus efectos en la sociedad argentina, UNICEF/Losada, Buenos Aires; DELICH, F (1997) *El desempleo de masas en la Argentina*, NORMA, Buenos Aires; entre otros.

¹⁷ NEARY, M 1998 «Labour: the future of poetry» en NEARY, M comp. (1998) *Global Humanisation: Studies in the Manufacture of Labour*, Mansell, London, pronto a publicarse.

¹⁸ Este es el caso de Klaus Offe quien «cuestiona severamente el uso del trabajo como categoría central del análisis socio-político. Desde luego, asume que junto con esta centralidad desaparece la centralidad de los propios trabajadores», DELICH, F (1997) *El desempleo de masas...* op. cit.: 15. Ver opinión contraria a la de Offe en ANTUNES, R (1997) *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Piedra Azul, Venezuela.

¹⁹ NEARY, M 1998 «Labour: the future of ...» op cit.

²⁰ CLARKE, S (1991) Marx, Marginalism... op. cit: 142-143.

²¹ BONEFELD, W (1996) «Money, Equality and Exploitation: An Interpretation of Marx's Treatment of Money» en BONEFELD, W y HOLLOWAY, J (1996) eds *Global Capital, National State and the Politics of Money*, Macmillan, London: 181.

²² DINERSTEIN, A y NEARY, M (1997) «Modernity or Capitalism: Abstract theory or theory of abstraction?» Paper presentado en el Segundo encuentro sobre Teoría y Transformación Social, Universidad de Sussex, Brighton, Inglaterra, 10-11 Octubre 1997.

²³ MARX, K (1973) *Grundrisse*, Penguin Books, London: 157. Ver HOLLOWAY, J 1995. 'From Scream to Refusal to Scream of Power... op.cit.; HOLLOWAY, J (1991) «In the Beginning was the Scream», *Common Sense*, no 11, CSE, Edinburgh: 69-78.

²⁴ CLARKE, S (1991) Marx, Marginalism and... op. cit: 141

CLEAVER H (1993) «Marxian Categories, the Crisis of Capital and the Constitution of Social Subjectivity Today» *Common Sense* no. 14, CSE, Edinburgh.

²⁶ Esto no hace referencia a como «los sujetos» experimentan al capitalismo ni a como se constituyen en clase social a través de su propia práctica. Como Clarke ha señalado, la falencia de los geniales estudios historiográficos de E.P. Thompson y la escuela del Humanismo Socialista, que han rechazado el modelo estructuralista enfatizando el carácter creativo de las luchas obreras en Inglaterra, reside en que se coartaron a sí mismos la posibilidad de explicar la unidad que subyacía a esas luchas fragmentadas y particulares: «sólo una visión de la sociedad capitalista como un todo puede proveer las bases para que las relaciones de explotación y opresión tengan una unidad que sea más fundamental que las formas fragmentadas en que son experimentadas por la gente... la teoría debe explicar ambas cosas: la unidad de las relaciones de clase y la fragmentación y el fetichismo de esas relaciones en términos de experiencia; esta última es tan importante como la primera... Esta no es una necesidad epistemológica sino política», CLARKE, S (1979) «Socialist Humanism and the critique of Economism»

History Workshop no 8: 153.

²⁷ BONEFELD W (1995) «Práctica Humana y Perversión: entre la Autonomía y la Estructura» *Doxa* 13/14, Buenos Aires: 48. Ver también BONEFELD W (1995) «Capital as Subject and the Existence of Labour» en BONEFELD W et al (1995), eds., *Open Marxism*, Vol. III, Pluto Press, London: 182-212.

²⁸ HOLLOWAY, J (1995) «From Scream ...» op. cit.: 164

²⁹ HOLLOWAY 1993 «The freeing of Marx» *Common Sense* no 14, CSE, Edinburgh: 19.

³⁰ BONEFELD W (1995); «Práctica Humana y perversión ...» op. cit.: 49.

³¹ LEBOWITZ, M (1997) «The Silences of Capital», *Historical Materialism* no 1, Autumn (1997): 138. Ver también *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, St. Martin's Press: NY (1992); y «The one-sidedness of Capital» en *Review of Radical Political Economics* 14: 4, Winter 1982.

³² La idea de que existen dos Marx, el filósofo y el economista, ha sido predominante entre los marxistas. Sin embargo, esta interpretación parece ignorar la unidad del pensamiento de Marx. Ver por ejemplo CLARKE, S (1991) *Marx, Marginalism...* op. Cit; GUNN, R (1992) «Against Historical Materialism: Marxism as a First-order Discourse» en BONEFELD W et al, eds. (1992) *Open Marxism* vol 2, Pluto Press, London: 1-45; BERNSTEIN, R (1971) *Praxis and action* Duckworth, Philadelphia, entre otros.

³³ CLARKE, S (1991) *Marx, Marginalism and...* op cit.: 90.

³⁴ MARX, K «Excerpts from James Mill's Elements of Political Economy» en *Early Writings*, op. cit.: 278. Lo resaltado es del autor.

³⁵ MARX, K (1992) *Early Writings...*, idem ant: 336

³⁶ MARX, K (1992) *Capital*, vol. 2, Penguin Books, London

³⁷ MARX K (1992) *Capital*, vol 1, Penguin Books, London: 182.

³⁸ Idem ant.: 115.

³⁹ MARX, K (1992) *Early Writings*, op. cit., 333-334

⁴⁰ La comprensión de la alienación como un proceso resuelve la dicotomía entre ubicarla a nivel de la producción o a nivel de la circulación. Ver HOLLOWAY J 1997 «A note on Alienation» *Historical Materialism* nro 1, Autumn 1997, Harmondsworth; y HOLLOWAY J (1995) «From Scream of Refusal...» op cit: 175. Ver CLEAVER H (1992): «The Inversion of Class Perspective in Marxian Theory: from Valorisation to Self-Valorisation» en BONEFELD W et al, (1992), eds., *Open Marxism*, Vol. II, Pluto Press: London. El dinero, por ejemplo, existe realmente como medio de cambio pero es, a la vez, la prueba de la existencia de la propiedad privada. Esta última característica es fetichizada por la propia relación capitalista. Ver DINERSTEIN, A (1998) «The Violence of Stability in Argentina» en NEARY, M (1998) comp.: *Global Humanisation: Studies in...* op cit.

⁴¹ Ver la noción de «forma de ser negada» en GUNN, R (1992) «Against Historical Materialism: Marxism as...» op. cit. y en BONEFELD, W (1994) «Práctica Humana y ...» op. cit.

⁴² NEARY, M comp. (1998) *Global Humanisation: Studies in...* op. cit.

⁴³ NEGRI, A (1991) *Marx beyond Marx. Lessons on the Grundrisse*, Automeia-Pluto Press, Brooklyn-London: 129

⁴⁴ POSTONE en NEARY, M (1998) «Labour: the poetry of...» op. cit.

⁴⁵ Es por ello que el *Manifiesto Comunista* es un documento político, históricamente situado, que no debe convertirse en el marco teórico para el análisis de la lucha de clases en el presente, a menos que los otros trabajos posteriores de Marx, tales como *El Capital* y *Grundrisse*, sean incorporados al análisis. Sobre esto, ver DINERSTEIN A y NEARY M (1998) «*Le Manifeste Communiste: une critique marxiste*», Encuentro Internacional Le Manifeste Communiste: 150 ans apres', Spaces Marx, Paris, 13-16 Mayo 1998.

⁴⁶ BONEFELD W «Capital as Subject and the Existence of...» op. cit.: 202.

⁴⁷ HOLOWAY, J (1993) «Open Marxism, History and Class Struggle» *Common Sense* 13, CSE, Edinburgh: 82.

⁴⁸ CLARKE, S (1991) *Marx, Marginalism...* op. cit.: 142-143. Por ejemplo, mientras la esencia de El Cordobazo y el conflicto de Cutral-Có es la misma, es decir, la lucha por constituir sujetos que acepten las formas alienadas de la vida social y la resistencia a esto, la forma en que se expresa es completamente diferente. Ambos son dos momentos diferentes de la lucha de clases expresando la misma contradictoria naturaleza del capital. Por ello, el poder del trabajo no puede ser evaluado correctamente sin conectar la forma y el contenido de la lucha en determinados y precisos momentos históricos. Ver BATTISTINI O, (1994) «El poder del trabajo: una propiedad en disputa». *Doxa* 11/12, Buenos Aires: 21-28.

⁴⁹ El desempleo ha crecido continuamente desde la implementación del Plan de Convertibilidad, aumentando de un 6% en 1991 al 18.5% en 1995 PALOMINO, H y SCHVARZER, J, 1996 «El mercado de trabajo en Argentina: Del pleno empleo al colapso», *Encrucijadas*, Año 2 nro. 4, Mayo, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: 17. Ver DELICH, F (1997) *El desempleo de masas...*, op. cit.; LOZANO, C 1997 «Desempleo y pobreza en la Argentina: La situación de los próximos 10 años», IDEP CTA, Cuaderno 48: Buenos Aires.

⁵⁰ En Argentina, por ejemplo, el aumento de la productividad y del Producto Bruto Interno corren paralelos al aumento de la pobreza y el desempleo. Ver BUSTOS, P (1995) y TOKMAN, V (1996) en DINERSTEIN, A (1997) «¿Desestabilizando la estabilidad? Conflicto laboral y violencia del dinero en Argentina», *Realidad Económica* 152, IADE, Buenos Aires: 37 y 38.

⁵¹ MARX, K (1992) *Capital*, vol. 1 op. cit.: 420. Ver por ejemplo, LEON, P (1997) «¿Puede funcionar el capitalismo sin desocupación?», *Realidad Económica* 152, IADE, Buenos Aires: 48-49. Estas preguntas tienen un profundo sentido ético y democrático, pero se hallan lejos de interrogar sobre la naturaleza violenta e irracional del capital y su expansión.

⁵² MARX, K (1992) *Early...* op. cit.: 333-334, cursiva del autor.

⁵³ NEARY, M (1997) *Youth, Training and the Training State*, Macmillan, London:

27. Esto amplía definiciones de conflictividad laboral como, por ejemplo, «todo tipo de acción declarada, por la cual cualquier colectivo de fuerza de trabajo persigue la satisfacción de demandas o conseguir realizar intereses propios en la esfera de las relaciones sociales de producción» en GOMEZ, M et al (1996) «Conflictividad laboral durante...» op cit: 120, lo destacado es mío.

⁵⁴ BONEFELD, W (1996) «Money, Equality and...» op. cit. 181

⁵⁵ MARX, K(1973)Grundrisse, op. cit.: 101

⁵⁶ BONEFELD, W (1996) «Money, Equality and...»op. cit.: 178

⁵⁷ La ruptura del sistema de Bretton Woods significó la imposibilidad de regulación monetaria a nivel nacional; la crisis de las políticas del bienestar a nivel nacional y de la integración de la clase trabajadora en las relaciones capitalistas, a través de políticas sociales; la emergencia de nuevas monedas como standard internacionales de 'calidad' con la consecuente nueva regionalización en torno a la cooperación regional: ver BONEFELD, W (1996) «Estado Sociedad: Panoramas y Tendencias», *Dialektica*, nro 8, Buenos Aires: 39-50. Ver también CLARKE, S (1988) *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*, Edward Elgar: Aldershot.

⁵⁸ HOLLOWAY, J (1994) «Global Capital and the National State» *Capital & Class* nro 52, CSE, London: 23-47.

⁵⁹ Idem ant.: 40.

⁶⁰ DINERSTEIN, A (1997) «¿Desestabilizando la estabilidad? Conflicto laboral y violencia del dinero ...», op. cit.

⁶¹ BONEFELD, W y HOLLOWAY, J (1996) «Conclusion: Money and Class Struggle» en BONEFELD, W y HOLLOWAY, J (1996) eds *Global Capital...*, op. cit: 210-211.

⁶² HOLLOWAY, J (1994) «Global Capital and the...» op. cit.: 42.

⁶³ DINERSTEIN, A (1996) «Capital Global, Trabajo y Sindicatos: acerca de la formas y los contenidos» *Doxa 16, Buenos Aires: 32-43*.

⁶⁴ BONEFELD, W (1995) «Capital as Subject...» op. cit: 198

⁶⁵ BONEFELD, W (1996) «Money, Equality and ...» op. cit.

⁶⁶ MARX, K (Capital vol. 3) en BONEFELD, W, idem. ant.: 194 y 192 respectivamente.

⁶⁷ Idem. Ant.

⁶⁸ La crisis del estado en Argentina conlleva la crisis de un tipo especial de sindicalismo como forma de canalización e institucionalización de la demanda laboral. Los sindicatos son una forma importante de la lucha de los trabajadores. Sin embargo, el análisis del poder del trabajo debe superar el análisis organizacional. Si la relación capital trabajo cambia en sus formas y contenido, las formas organizacionales son también susceptibles de ser modificadas por las mismas necesidades de la lucha.

⁶⁹ Me refiero al sentido spinoziano del término. Ver NEGRI, A (1991): *The Savage Anomaly. The Power of Spinoza's Metaphysics and Politics*, University Minnesota Press: Minneapolis.

⁷⁰ En general las teorías de la acción social se basan en una comprensión cartesiana de «lo racional». Algunos trabajos recientes han tratado de cuestionar dicha herencia donde la razón domina a la pasión. En *The Creativity of Action*, Polity Press: Cambridge, 1996) H JOAS ha cuestionado, por ejemplo, los principios en los cuales se basa la teoría de la acción, donde la creatividad ocupa una posición marginal. Tres presunciones básicas de la teoría de la acción basada en la acción racional pueden, según este autor, cuestionarse: que el actor es capaz de una acción intencional (purposive action) que tiene control sobre su propio cuerpo y que es autónomo respecto de los otros seres humanos y su entorno. Sobre esto ver DINERSTEIN, A (1998) «Marxism and Subjectivity: Searching for the Marvelous (Prelude to a Marxist Notion of Action)», *Common Sense* no 22, CSE, Edinburgh: 83-96..

⁷¹ Los mecanismos de sometimiento ideológico que Therborn presenta en su libro *La ideología del poder y el poder de la ideología*, tales como adaptación, sentido de representación, inevitabilidad, deferencia, miedo, no funcionaron durante los conflictos. Esto demuestra que dichos mecanismos «unilaterales» no dan cuenta de la dinámica contradictoria de la lucha de clases. La clase dominante no domina completamente sino a través de un proceso complejo y contradictorio del cual su misma constitución como tal es parte. Por ello, la noción de sujeción de la pasión me parece más adecuada y rica que las de dominación y/o disciplina, porque no implica unidireccionalidad ni pasividad por parte de los sujetos. Ver THERBORN, G. (1995) *La ideología del poder y el poder de la ideología Siglo XXI*: México DF: 765 y THERBORN, G (1978) *What does the ruling class do when it rules? State apparatus and State power under Feudalism, Capitalism and Socialism* - NLB: London. Ver el papel histórico del estado en sujetar las pasiones humanas a los intereses en HIRSCHMAN A (1978) *Las pasiones y los intereses*, FCE, Madrid.

⁷² En mi opinión, es un error atribuir a los marginados y desocupados el rol de nuevos sujetos históricos revolucionarios. Ver por ejemplo las tesis de André Gorz en *Farewell to the Working Class. An essay on Post-Industrial Socialism*, Pluto Press, London - Sydney (1982). Antonio Negri y el Autonomismo también han abandonado la teoría de la ley del valor, lo cual les ha permitido, en mi opinión equivocadamente, sugerir la posibilidad de la autonomía del trabajo respecto del capital.

⁷³ NEGRI, A (1992): «Interpretation of the Class Situation Today: Methodological Aspects» en BONEFELD et al (1992), eds. op cit: 80.

⁷⁴ La acción social es necesariamente contradictoria, pues en su desarrollo, los sujetos se ven enfrentados consigo mismos, con los otros y con el entorno (DINERSTEIN, A (1997) «Marxism and Subjectivity...» op. cit.

⁷⁵ Siguiendo con el ejemplo de la tipología de THERBORN, G. (1995) *La ideología del poder y el...* op. cit., vemos que en este caso a la adaptación se le opuso necesidad de renovación, a los sentidos de representación, inevitabilidad y deferencia, el de repudio y desprecio por las autoridades políticas corruptas; al

sentido del miedo se le opuso el entrenamiento y la valentía.

⁷⁶ KENNEDY, P (1996) «Reflections on Social Movements & the Politics of Need: Locating the Dialectic Between Identity and Difference», *Common Sense* no 20, CSE, Edinburgh: 11.

⁷⁷ Ver DINERSTEIN, A y NEARY, M (1998) «Le Manifeste Communiste: une critique marxiste»...op. cit.

HERRAMIENTA

Revista de debate y crítica marxista

**En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales**

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herram@pinos.com

Cheques o giros a nombre de Andrés Méndez



Crisis bancarias y conmociones monetarias en Asia: ¿una vulnerabilidad generalizada?

Diana Hochraich

Resumen

La crisis financiera que, desde principios de 1997, afecta a los países emergentes de Asia, podría sorprender a los observadores que, desde hace años decían que estos países habían encontrado un camino de crecimiento rápido y equilibrado. En efecto, las privatizaciones y la desregulación financiera habrían permitido a estos países conocer un crecimiento a partir de las exportaciones y financiado por entradas de capitales extranjeros que, en última instancia, financiaban la inversión. El ahorro interior era otra fuente de financiamiento. Pero al cabo de una decena de años, se hizo evidente que este modelo estaba marcado por considerables debilidades. En efecto, las mismas características que parecían ser sus puntos fuertes –o sea la tasa de ahorro y de inversión elevadas y un fuerte flujo de capitales extranjeros– se volvieron los puntos débiles ya que una parte de esa liquidez había sido invertida en actividades especulativas.

La actual crisis muestra que la entrada masiva de capitales extranjeros, –en la que se incluye también las inversiones directas, que se consideran más estables–, es una fuente de inestabilidad financiera a través del sistema bancario, si a ella no se la acompaña por la puesta en marcha de reglas muy estrictas de control. Y aún en este caso, la imposibilidad de esterilizar los capitales, a mediano plazo, conduce a desequilibrios difícilmente manejables. El aumento de crédito interior, más rápido que el aumento del producto bruto interno, alienta las actividades especulativas que terminan por desestabilizar al sistema bancario.

Por otra parte, habiendo la desregulación permitido a los agentes privados interiores endeudarse con instituciones financieras de los países desarrollados, la deuda ha aumentado de manera considerable. Una vez más, la disponibilidad de crédito barato ha dado nacimiento a una crisis como aquella que, en los comienzos de los años 80, provocó la “crisis de la

deuda", esencialmente en los países de América Latina. En Asia, el servicio de la deuda plantea actualmente problemas reales, en razón de la disminución brutal de las exportaciones, provocadas por una pérdida de competitividad del aparato productivo de estos países.

Hoy, la crisis tailandesa desemboca en tales problemas de financiamiento, que no se ha podido evitar recurrir al Fondo Monetario Internacional. Con él, las medidas de rigor permitirán a lo sumo reembolsar la deuda, pero no conducirán a reencontrar la competitividad exterior basada en la mejora del nivel tecnológico. Los otros países de la región se encuentran en una situación análoga y no escapan al "reajuste" que amenaza abrir un período de crecimiento lento, con débiles progresos en la productividad. Esto significaría, en resumen, el fin del "milagro asiático".

Los países de Asia atraviesan actualmente un periodo de crisis bancaria y financiera, a continuación de una disminución del crecimiento y del deterioro de su posición exterior. Este último está ligado al sensible cambio en la progresión de sus exportaciones, y de manera más general, a una pérdida de la competitividad de su industria.

Durante mucho tiempo los países de Asia fueron considerados como estando en el polo opuesto de los países de América Latina, pero comienzan a acercarse a ellos a razón de la puesta en evidencia de su fragilidad financiera. El efecto de contagio no es despreciable y la confianza financiera del conjunto de la región está afectada por los acontecimientos que se han observado desde comienzo del mes de julio.

Este artículo busca poner en evidencia los mecanismos en acción: más allá de los fenómenos más aparentes, se tratará de mostrar los factores que actúan a largo plazo, tales como el efecto desestabilizador de la entrada de capitales sobre el equilibrio monetario y real de una economía emergente y la pérdida de las ventajas comparativas. *En particular, se observa que la inestabilidad financiera y la vulnerabilidad del sector bancario aumentan como consecuencia de la entrada masiva de capitales, si esta no se acompaña por una gestión muy rigurosa del sistema bancario implementada a través de reglas de control estrictas.*

En la mayoría de los países emergentes, la liberalización de la cuenta de capital —que ha dado lugar a la llegada masiva de capitales extranjeros— no ha sido acompañada por este rigor. La abundancia de crédito en los años pasados —cuya colocación no ha seguido los necesarios criterios de eficacia— ha dado lugar hoy en día a bolsones de sobreproducción y a la formación de burbujas especulativas en ciertas esferas de la actividad, como la inmobiliaria.

En un contexto donde los sistemas bancarios de estos países deben de más en más soportar la competencia de los bancos extranjeros, el saneamiento de esta situación se vuelve imperativo. Sin embargo, el desenfreno por la disminución económica y la pérdida de la competitividad de la industria complica considerablemente la tarea. La situación se agrava por el hecho de que la región asiática no está integrada a nivel monetario. Si bien existe una cierta solidaridad financiera que ya se manifestó a través de la cooperación de los bancos centrales de estos países, no es seguro que el Japón pueda jugar, con respecto a los países asiáticos, el mismo papel que los Estados Unidos jugaron con relación a México después de la crisis de diciembre del 1994. Tres razones apoyan esta hipótesis: Japón atraviesa hace muchos años una crisis de la misma naturaleza, el crecimiento de este país es lento y el yen no es reconocido totalmente como moneda de reserva, al contrario de lo que sucede con el dólar.

En lo que sigue, nosotros presentaremos el encadenamiento que desemboca en la formación de burbujas financieras (parte 1), las dificultades para manejar las consecuencias de la llegada de capitales (parte 2). Las diferentes etapas de la crisis tailandesa se presentan en la parte 3, y una breve presentación de los riesgos existentes en cada país de la zona constituye la última parte.

Marco de referencia: algunos indicadores de la crisis

Después de una crisis bancaria los factores interiores se combinan generalmente con los factores exteriores. Factores financieros y reales también se encuentran asociados. Por naturaleza, la actividad bancaria es vulnerable a la pérdida de confianza, ya que su intención básica es la de convertir los depósitos a corto plazo en préstamos de largo plazo. La volatilidad es uno de los principales factores de fragilidad del sistema bancario (Golstein y Turner, 1996).

a) Factores que conciernen a las relaciones con el exterior

La volatilidad de los términos del intercambio, a los que son muy sensibles los ingresos por exportaciones, sobre todo cuando los bienes exportados son muy diversificados. La volatilidad de los precios hace difícil la previsión de ingresos y expone a estos países a riesgos de déficits comerciales y déficits corrientes importantes, pudiendo ser una de las principales causas de la crisis de pagos.

La fluctuaciones de la tasa de cambio nominal y/o real. Una alta variabilidad de la tasa de cambio puede afectar la actividad financiera de los

agentes interiores que hayan tomado préstamos en el extranjero, y una devaluación se traduciría con un aumento de la deuda expresada en moneda local. Una revaluación también es igualmente perniciosa en la medida en que ella hace que los precios de exportación dejen de ser competitivos y favorecen las importaciones con relación a la producción local. El balance comercial tiende a degradarse.

La volatilidad de las tasas de interés (o la brecha entre las tasas internas y las de mercado mundial) provoca movimientos de capitales de corto plazo con el extranjero que pueden ser considerados la fuente de las dificultades de pago externos, con ataques especulativos contra la moneda y una excesiva ampliación de la base monetaria. En efecto, cuando las tasas de interés no son suficientemente remunerativas, los capitales tienen tendencia a irse, planteando problemas de financiamiento en la base de pago. Si las tasas son muy elevadas, atraen capitales que no pueden ser nunca totalmente esterilizados y que favorecen así una expansión demasiado importante de la base monetaria. Muy bajas, favorecen la abundancia de crédito y las actividades especulativas, cuyo riesgo se evalúa mal. Si la actividad se reduce, estos prestamistas pueden volverse insolventes. Los agentes interiores están tentados a endeudarse en divisas, frecuentemente sin respaldo. Ellos apuestan a la estabilidad de la tasa de cambio, mientras que ésta puede sufrir presiones a causa del endeudamiento exterior y de los déficit corrientes.

b) Pueden actuar muchos factores de naturaleza interna

Una disminución de la actividad, que provoca una disminución de la velocidad de circulación del dinero, puede crear una crisis de liquidez. El alza de las tasas de interés que seguiría a ella, provocarían la disminución del precio de los valores inmobiliarios. Esta disminución del precio de los valores inmobiliarios es tanto más grave dado que ellos en general son caución de los préstamos. Sucede lo mismo para las propiedades inmobiliarias cuya caída de precios acompaña frecuentemente la crisis de liquidez.

Un aumento demasiado rápido de la masa monetaria (M2) puede también ser uno de los signos que anuncian una crisis bancaria, a través de la reducción de la calidad de los créditos acordados y la fiabilidad de los tomadores. Cuando la masa de créditos es demasiado importante en relación al mundo de las reservas, la solvencia bancaria es cuestionada y puede haber una corrida de depósitos.

Un desequilibrio de esta estructura de madurez del activo y del pasivo

puede ser también una fuente de crisis bancaria. Los países emergentes están más sujetos a este tipo de desequilibrio, ya que su acceso a las fuentes de financiamiento de largo plazo es más limitado. En efecto, el recurrir a la emisión de títulos no es muy frecuente, en razón de la menor profundidad de estos mercados y, cuando aparece la sobreproducción, las relaciones entre préstamos y valores es demasiado elevada cuando las garantías no son títulos sino exclusivamente valores inmobiliarios.

Una intervención excesiva del Estado en el sector bancario es un factor de fragilidad. En efecto, los objetivos del gobierno en materia de política de créditos pueden alejarse sensiblemente y durablemente de la rentabilidad y del rigor de la gestión. Es frecuente, en los países subdesarrollados, que los riesgos financieros de grandes proyectos de política industrial sean asumidos por el gobierno a través de un sistema bancario nacionalizado. En este caso, el sistema bancario, sería apoyado por el banco central ante una orden del gobierno. Este modo de funcionamiento deja de ser viable cuando el sistema bancario está sometido a la competencia internacional. La ausencia de una gestión rigurosa, que haga intervenir el rendimiento del capital como objetivo esencial de funcionamiento, hace que este sistema sea incompatible con la apertura.

I. De la llegada de capitales extranjeros, a la formación de una “burbuja especulativa”

La entrada masiva de capitales extranjeros debida a la desregulación practicada después de mediados de los años 80, contribuyó a acelerar el crecimiento de los países asiáticos. Estos capitales se los considera habitualmente como un factor de progreso, no sólo porque ellos eliminan la restricción financiera, sino también porque se considera que traen progresos tecnológicos. Pero al mismo tiempo, su llegada masiva está asociada a la expansión rápida del crédito y de la masa monetaria, a un cierto sobrecalentamiento y finalmente a presiones inflacionistas, que llevan al deterioro de la balanza corriente. Tienen tendencia a tener un importante impacto sobre el mercado de acciones y el mercado inmobiliario. Su efecto puede amenazar la estabilidad de estos mercados y del sistema financiero en su conjunto. (FMI, 1995).

En los años 90, los países de Asia han sido los principales beneficiarios de la llegada de capitales extranjeros. Este aporte se distingue, sin embargo, del flujo que predominó en el curso de los años precedentes a la crisis de la deuda, a comienzos de los años 80. La inversión extranjera directa se volvió predominante, seguida de inversiones de cartera, mientras que el

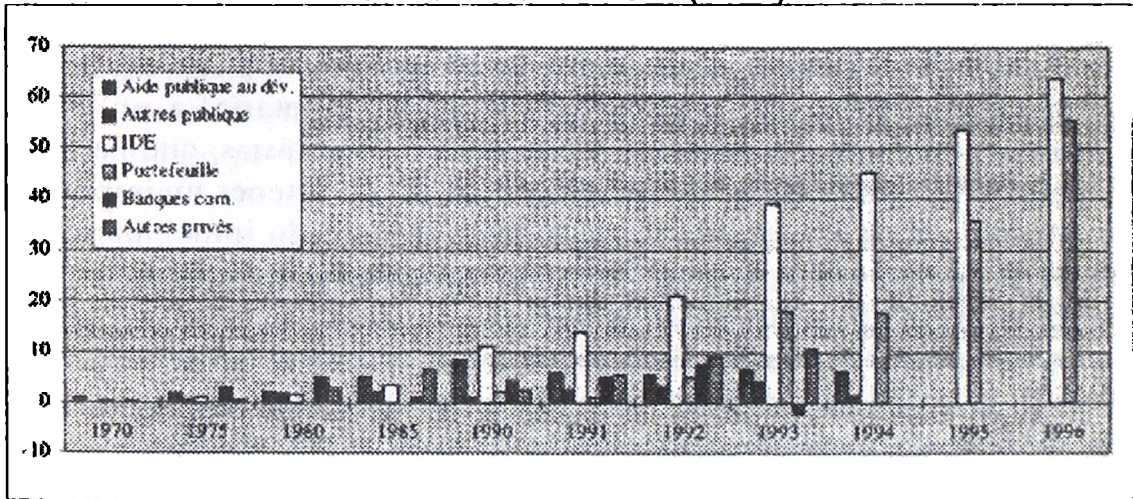
crédito comercial y la ayuda pública al desarrollo, que eran muy importantes antes, se volvieron casi despreciables actualmente. (Gráfico 1.)

En América Latina, la importancia de las inversiones de cartera obedeció a la recompra por los inversores extranjeros de empresas públicas, en el marco del Plan Brady que sirvió para enjugar la deuda que estos países habían contraído con los países industrializados. En Asia, estas inversiones provienen fundamentalmente de los fondos de pensión norteamericanos y británicos que están a la búsqueda de un rendimiento más elevado que el que ofrecen las plazas financieras de los países industrializados.

Así, la entrada masiva de capitales directos e indirectos llevó al aumento de la base monetaria y autorizó una progresión demasiado rápida del crédito. Para moderar estas tendencias, las tasas de interés se aumentaron sistemáticamente (Gráfico 2). La brecha entre las tasa practicadas en los países industrializados y en los países asiáticos aumentó desde el fin de los años 80.

Pero el alza de las tasas de interés atrajo capitales extranjeros y el crecimiento del crédito ha sido más rápido que el del PBI (Gráfico 3). Entre Tailandia y Malasia, la relación crédito/PBI a superado, en 1995 y 1996, el 100%. El diferencial de tasas atraía más a los capitales extranjeros, en gran parte volátiles (inversiones de cartera y crédito comercial, traídos por el balance de pagos). La expansión del crédito siguió, en razón de la abundancia de liquidez, sin que las decisiones de inversión hayan sido precedidas por un cálculo riguroso de su rentabilidad.

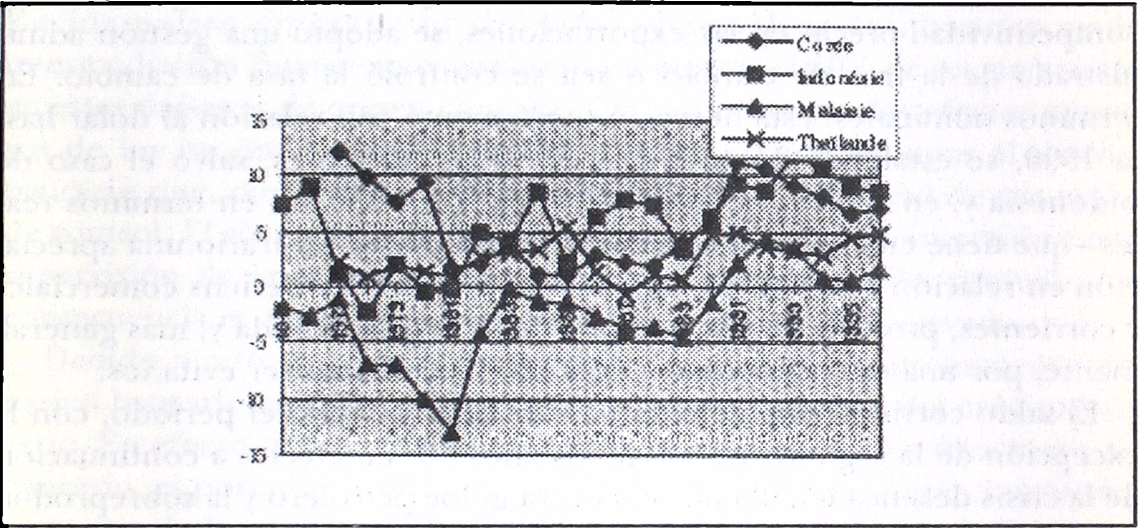
GRAFICO 1
CAPITALES EN ASIA (MDD)



Fuente: Banco Mundial.

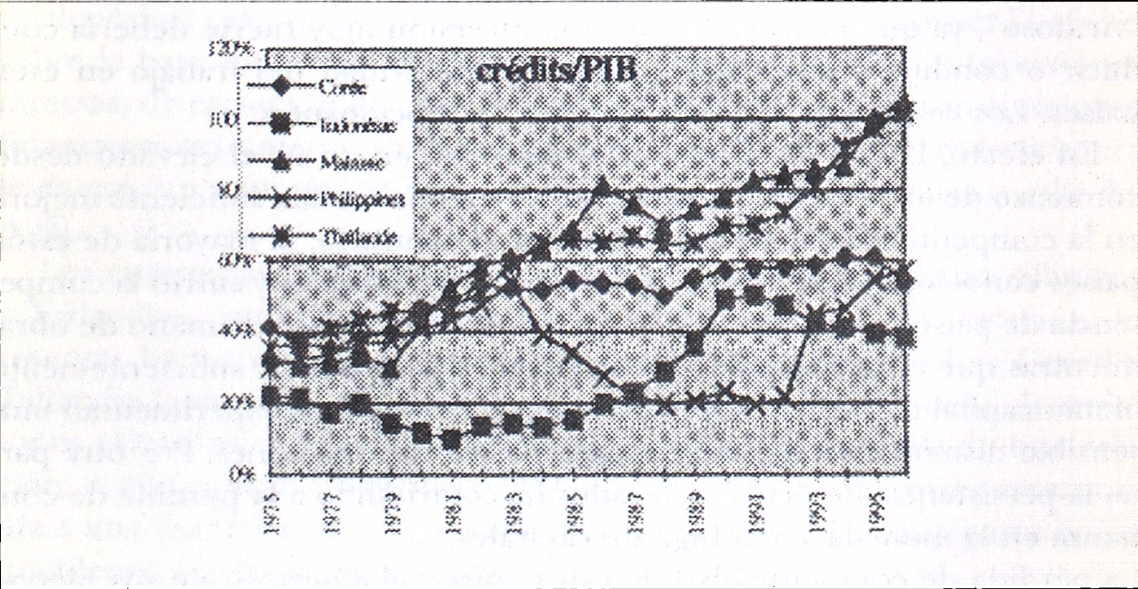
Así, después de la calma en la segunda mitad de los años 80 –que fue un período de reestructuración para estos países–, la entrada de capitales volátiles volvió a retomar, hasta 1995, año en el que una cierta pérdida de confianza en los países emergentes –consecuencia de la crisis mexicana y

GRAFICO 2
TASAS DE INTERÉS DEL MERCADO MONETARIO



Fuente: FMI.

GRAFICO 3
CREDITOS / PIB



Fuente: FMI.

la aparición de grandes déficits en Asia-, produjo un movimiento de repliegue (Indonesia, Filipinas). En el conjunto, la abundancia de liquidez empujaba a los bancos a otorgar fácilmente créditos para actividades cuya rentabilidad no estaba garantizada.

En la segunda mitad de los años 80, el aumento de las reservas de cambio ha sido muy importante –sobre todo en Corea y en Tailandia-, en razón de la apertura del mercado de capitales. Ella debería haber inducido un alza en la tasa de cambio. Pero, para evitar la pérdida de competitividad-precio en las exportaciones, se adoptó una gestión administrada de la tasa de cambio o sea se controló la tasa de cambio. En términos nominales, ésta decreció fuertemente con relación al dólar hasta 1990, se estabilizó después en casi todos los países, salvo el caso de Indonesia y, en menor medida, de Corea. La evolución en términos reales –que tiene en cuenta la inflación- señala por el contrario una apreciación en relación con la divisa americana. En total, los déficits comerciales y corrientes, provocados por una tasa de inversión elevada y, más generalmente, por una demanda final fuerte, no han podido ser evitados.

El saldo corriente fue deficitario a lo largo de todo el período, con la excepción de la segunda mitad de los años 80. En efecto, a continuación de la crisis desencadenada por el contra golpe petrolero y la sobreproducción electrónica, los países asiáticos vivieron un período de gestión macroeconómica más rigurosa. El déficit de los años 90 es sin embargo menos importante que el que se constató en el curso de los años 80, y ha sido considerado hasta ahora por la gran mayoría de los economistas como “virtuoso”, ya que provocado por una inversión muy fuerte debería conducir o condujo a una mejora de la productividad del trabajo en esos países. Los resultados son, actualmente, decepcionantes.

En efecto, la tasa de inversión se mantuvo en un nivel elevado desde comienzo de los años 90, pero ello no se tradujo en una suficiente mejora en la competitividad de la industria. Por el contrario, la mayoría de estos países conoció un alza de los costos salariales y sociales y sufrió la competencia de países más pobres en lo que se refiere al costo de mano de obra, mientras que ellos no están en condiciones de producir suficientemente bienes capital intensivos. En consecuencia estos países experimentan una sensible disminución del crecimiento de sus exportaciones. Por otra parte, la persistencia de déficits elevados ha contribuido a la pérdida de confianza en la moneda y a la fuga de capitales.

La pérdida de competitividad de estos países, el deterioro de sus mercados externos, la sobreinversión en sectores poco rentables (inmobiliarios)

y el endeudamiento de sus agentes interiores ante los bancos extranjeros sin seguro de riesgo de cambio (para evitar de esta manera las tasas de interés locales muy elevadas) explican, por lo menos tanto como la revalorización del dólar, la crisis que se manifiesta en casi todos los países de la región con una diferente amplitud en cada uno.

II. La llegada de capitales lleva a la inflación del crédito, que es difícil de neutralizar

En los países emergentes de Asia, el papel de los bancos en la intermediación financiera es esencial. En efecto, el 60% de los préstamos en estos países es de origen bancario. En consecuencia, los efectos perversos de los movimientos de capitales afectan en primer lugar al sistema bancario que, por otra parte se caracteriza por la debilidad de sus reglas de control. El sistema financiero no-bancario, que no está sometido a una supervisión de las autoridades monetarias, escapa a todo control y en consecuencia es portador de un riesgo de crisis aún más elevado.

Debido a esto, la entrada de capitales se traduce en un aumento del pasivo bancario en divisas, dando lugar a una expansión del crédito bancario. En efecto, cuando un no residente compra un activo financiero no bancario, el portador (que es un residente) recibe divisas que, cambiadas por moneda local, dan lugar a un depósito en un banco local. O bien, el mismo banco cambia las divisas al banco central, y la transacción provoca una elevación de la relación reservas/depósitos de la banca comercial, lo que genera un efecto multiplicador sobre el crédito sea por el aumento de depósitos sea por el de las reservas frente a la banca central. El efecto sobre la base monetaria es el mismo, ya sea que se trate de inversiones directas, de cartera, o de crédito bancario obtenido ante las instituciones financieras extranjeras. Existe una sola excepción que es cuando la banca le da crédito a un importador (en este caso las divisas vuelven a salir del país).

Los cuatro países tomados en consideración –Corea, Malasia, Filipinas y Tailandia–, conocieron, a comienzos de los años 80, una relación de reservas bancarias/depósitos relativamente débil. Entre ellos, Corea y Tailandia tenían una relación inferior al 4%. Pero en el curso del decenio, todos salvo Tailandia, experimentaron un aumento sensible de esta relación. A ello contribuyó el alza de las reservas obligatorias, que correspondía a una tendencia de parte del gobierno de esterilizar una parte de las liquideces que entraban en el país.

Mientras que el crédito aumentaba rápidamente con relación al PBI, la

cantidad de crédito interior por unidad de la reserva bancaria disminuyó sensiblemente en todos los países considerados a partir de mediados de los años 80 lo que indicaría una consolidación del sistema bancario justamente después de la crisis constatada en esa época. Sin embargo, en Tailandia el movimiento es mucho menos pronunciado y más errático. Por el contrario, en la relación créditos/depositos, este país se encuentra en el término medio y su situación mejoró al fin del período.

En todos los países de la región –con excepción de Indonesia–, una parte del crecimiento de las reservas de cambio tuvo como origen los préstamos de las instituciones financieras extranjeras (FMI, 1995). Así, el aumento de los depósitos de los agentes interiores y los empréstitos contribuyeron a la expansión del sector bancario.

El aumento de las reservas de cambio abre la posibilidad de un aumento del crédito acordado, por el sesgo del aumento de los depósitos bancarios, salvo cuando estas reservas se utilizan para pagar deudas al exterior. Si bien es cierto que en todos los países considerados el crédito aumentó bastante hay que diferenciar las situaciones:

–En Corea, la entrada neta de capitales fue del mismo monto que el déficit corriente; el reembolso anticipado de la deuda, alrededor de 1980, permitió evitar la acumulación de reservas.

–En Taiwán, las entradas se consagraron a la constitución de reservas y, desde fin de los años 80, se pudo constatar la salida neta de capitales de largo plazo provocada por las reubicaciones de industrias.

–En Filipinas las entradas netas han sido relativamente débiles hasta 1993, en razón de la desconfianza de los inversores respecto de un país que había sufrido una crisis de pagos en los comienzos de los años 1980.

En Corea, en Taiwan y en Filipinas, la entrada de capitales han sido de la misma amplitud que el déficit corriente. En consecuencia, la expansión del crédito fue moderada, al contrario de lo que se puede observar en Malasia, en Tailandia y en Singapur, países en los que la entrada de capitales ha sido muy superior al déficit corriente.

Diferentes políticas de esterilización

Los instrumentos utilizados para la esterilización son de naturaleza diversa; existen instrumentos directos e indirectos. *Entre los instrumentos directos el alza de las tasas de reservas obligatorias de los bancos es el más frecuente.*

Esta medida hace aumentar el costo de la intermediación financiera ya que la tasa a la cual son remuneradas las reservas obligatorias es más baja que la tasa de interés del mercado. Entonces, para conservar sus márgenes

nes, los bancos transfieren este sobrecosto a los que piden crédito, los que en consecuencia se alejan del sistema bancario. Dirigiéndose, ya sea a las instituciones financieras no bancarias –que escapan al control de las autoridades monetarias–, ya a bancos o mercados extranjeros. En estos mercados ellos pueden tomar créditos o bien emitir acciones u obligaciones. En Corea, como consecuencia de las medidas de esterilización que consisten en tener reservas no remuneradas en los bancos comerciales, el pasivo de los bancos no representa más que el 36% del pasivo total, contra el 70% en los años 70. ¹

Entre los instrumentos indirectos, las operaciones de mercado abierto son las más frecuentemente utilizadas. Su eficacia está limitada por el objetivo de cambio y por la capacidad de los mercados monetarios locales y de los agentes interiores para absorber las emisiones de Bonos del Tesoro y los Certificados del Banco Central. En una palabra, estas emisiones chocan con el débil desarrollo de los mercados financieros locales, debido al hecho de que en estos países el presupuesto público es, desde fines de los años 1980, equilibrado. En Corea, los bonos de estabilización monetaria representan el 20% aproximadamente de M2 en 1992, contra 10% en 1986. Debido a la fuerte alza en el costo del crédito en estos países, estos bonos de estabilización, cuya tasa de interés es superior a la del mercado mundial, finalmente atrajeron a capitales extranjeros en lugar de servir para esterilizar los capitales que ya estaban presentes.

Debido a la débil capacidad de absorción de los mercados financieros de estos países, las autoridades de Malasia y de Singapur colocaron los excedentes de liquidez bajo la forma de títulos de los fondos de pensión locales, cuya finalidad es la de asegurar las jubilaciones de los asalariados. En Malasia, una parte de los depósitos y de los fondos de pensión ha sido transferida a una cuenta especial del Banco Central. Pero el aumento del pasivo de este banco entre 1989 y 1992 también tuvo un carácter inflacionista. Por esta razón, Malasia optó por consagrar una parte de sus reservas al reembolso anticipado de la deuda externa. Corea y Tailandia hicieron lo mismo, mientras que Indonesia procedió a una consolidación fiscal, transformando una parte de los depósitos de fondos de pensión en certificados de depósito del Banco Central. Taiwán impuso la compra de Bonos del Tesoro a los bancos.

Para hacer que la esterilización fuera eficaz, estos países por otra parte respetaron el equilibrio presupuestario. En efecto, en tanto que las liquideces existentes sirvan, de manera directa o indirecta, a financiar un déficit presupuestario, no hay esterilización posible. La mayoría de estos

países por lo tanto cumplieron con esa condición y, en ausencia de una opción a favor de la educación y a la construcción de infraestructuras, los países del ASEAN quedaron atrasados en esos aspectos.

Así, por el sesgo de la entrada de capitales y en un contexto en el cual la esterilización se muestra difícil de realizar en razón del objetivo de cambio, la expansión del crédito bancario mal otorgado desemboca en la sobreproducción y en la aparición de déficits corrientes importantes que despiertan tanto más la desconfianza de los inversores internacionales en la medida que están asociados a una revalorización de esas monedas con respecto al dólar, y con relación a otras monedas de la zona (el yen y el yuan) y a las monedas de Europa.

III. La crisis tailandesa es de la misma naturaleza que la crisis que conoció México en 1994

Desde hace 18 meses, Tailandia estaba considerado como un país en el cual el riesgo de crisis financiera aumentaba. Sobre el fondo de la pérdida de competitividad de su economía, este país comenzó a tener un déficit corriente considerable (8% del PBI desde 1995). Una disminución de las exportaciones provocada por la crisis mundial de la informática y por la revalorización del dólar agravó el desequilibrio exterior y desencadenó una disminución del crecimiento, de dos puntos en 1996 con relación a las cifras registradas en los años precedentes, que era del orden del 9%.

La especulación inmobiliaria desencadenó la crisis

Desde fines de 1996, el sector sensible, en el cual la sobreproducción revestía un carácter especulativo –el sector inmobiliario–, entró en crisis abierta. En efecto, la inversión en este sector era muy intensa desde el comienzo del decenio, debido a la disponibilidad de dinero a bajo precio. La situación cambió a partir de 1993 cuando, para evitar la salida de capitales, las autoridades tailandesas levantaron las tasas de interés. A causa de esta alza de las tasas de interés y de la disminución coyuntural, el mercado inmobiliario se volvió desequilibrado: sobre los 800.000 departamentos disponibles a fines de 1996, la mitad quedó sin vender. Los promotores, que no disponían de liquidez, tenían dificultades para reembolsar sus deudas a los bancos y a las sociedades financieras.

Las sociedades financieras no bancarias, que tenían por lo menos el 25 % de sus créditos colocados en el sector inmobiliario, fueron fuertemente afectadas, a punto tal que una de las más importantes entre ellas (Finance One) no pudo evitar la quiebra a comienzos de 1997. Estas compañías, no

autorizadas a tomar depósitos, tienen como fuente de financiación los empréstitos de otras compañías financieras o la emisión de pagarés. La quiebra de una de ellas provocó la desconfianza en relación con el conjunto del sistema y vació las fuentes de financiamiento de estas sociedades, arrastrando en sus dificultades a los bancos, una parte de los cuales estaba vinculado a estas sociedades. La situación de la mayoría de ellas se volvió tan crítica que finalmente más de la mitad cerraron hacia el mes de agosto de 1997.

Leyendo sus balances, los bancos tenían oficialmente cerca del 8% de sus créditos dudosos ligados a créditos en el sector inmobiliario, pero esta cifra subestima ampliamente la realidad. Por una parte, muchos préstamos cuyo destino no estaba especificado también financiaron las inversiones en ese sector. Por otra parte, los lazos orgánicos entre bancos y sociedades financieras no bancarias hacen aumentar la parte de los riesgos inmobiliarios implícita en los balances bancarios. Además, la adopción de una definición de “créditos no performantes” más rigurosa (el retraso en el pago de los intereses pasaría a ser de 6 meses en lugar de 12) haría aumentar considerablemente la parte oficial de los créditos dudosos en el total de los créditos acordados.

El endeudamiento de los agentes interiores en divisas es considerable, y aumentó a 70.000 millones de dólares. La liberalización de la cuenta de capital condujo a la constitución de un mercado interbancario offshore (BIBF, Bangkok International Banking Facility) que permitió a los bancos tailandeses endeudarse en divisas (principalmente en yens) a tasas menos elevadas, a cuenta de los inversores locales. Para no encarecer el costo de crédito, los empréstitos no tenían seguro de cambio, ya que la moneda tailandesa estaba “enganchada” a una canasta de monedas en la cual predominaba el dólar.

Baja sensible de los valores bursátiles, fuga de capitales, pérdida de reservas

Además del inmobiliario, la sobreinversión abarcaba a otros sectores. En efecto, el acero, la petroquímica y la electrónica también fueron igualmente afectados. Este conjunto de elementos ayudó a la baja en los valores en la bolsa, cuyo índice relacionado con el sector financiero había comenzado a caer hacia mediados de 1993, arrastrando hacia la baja al índice global que, entre enero de 1996 y setiembre de 1997, perdió el 55% de su valor.

Estos elementos, unidos al mal desempeño de las exportaciones, apo-

países por lo tanto cumplieron con esa condición y, en ausencia de una opción a favor de la educación y a la construcción de infraestructuras, los países del ASEAN quedaron atrasados en esos aspectos.

Así, por el sesgo de la entrada de capitales y en un contexto en el cual la esterilización se muestra difícil de realizar en razón del objetivo de cambio, la expansión del crédito bancario mal otorgado desemboca en la sobreproducción y en la aparición de déficits corrientes importantes que despiertan tanto más la desconfianza de los inversores internacionales en la medida que están asociados a una revalorización de esas monedas con respecto al dólar, y con relación a otras monedas de la zona (el yen y el yuan) y a las monedas de Europa.

III. La crisis tailandesa es de la misma naturaleza que la crisis que conoció México en 1994

Desde hace 18 meses, Tailandia estaba considerado como un país en el cual el riesgo de crisis financiera aumentaba. Sobre el fondo de la pérdida de competitividad de su economía, este país comenzó a tener un déficit corriente considerable (8% del PBI desde 1995). Una disminución de las exportaciones provocada por la crisis mundial de la informática y por la revalorización del dólar agravó el desequilibrio exterior y desencadenó una disminución del crecimiento, de dos puntos en 1996 con relación a las cifras registradas en los años precedentes, que era del orden del 9%.

La especulación inmobiliaria desencadenó la crisis

Desde fines de 1996, el sector sensible, en el cual la sobreproducción revestía un carácter especulativo –el sector inmobiliario–, entró en crisis abierta. En efecto, la inversión en este sector era muy intensa desde el comienzo del decenio, debido a la disponibilidad de dinero a bajo precio. La situación cambió a partir de 1993 cuando, para evitar la salida de capitales, las autoridades tailandesas levantaron las tasas de interés. A causa de esta alza de las tasas de interés y de la disminución coyuntural, el mercado inmobiliario se volvió desequilibrado: sobre los 800.000 departamentos disponibles a fines de 1996, la mitad quedó sin vender. Los promotores, que no disponían de liquidez, tenían dificultades para reembolsar sus deudas a los bancos y a las sociedades financieras.

Las sociedades financieras no bancarias, que tenían por lo menos el 25 % de sus créditos colocados en el sector inmobiliario, fueron fuertemente afectadas, a punto tal que una de las más importantes entre ellas (Finance One) no pudo evitar la quiebra a comienzos de 1997. Estas compañías, no

autorizadas a tomar depósitos, tienen como fuente de financiación los empréstitos de otras compañías financieras o la emisión de pagarés. La quiebra de una de ellas provocó la desconfianza en relación con el conjunto del sistema y vació las fuentes de financiamiento de estas sociedades, arrastrando en sus dificultades a los bancos, una parte de los cuales estaba vinculado a estas sociedades. La situación de la mayoría de ellas se volvió tan crítica que finalmente más de la mitad cerraron hacia el mes de agosto de 1997.

Leyendo sus balances, los bancos tenían oficialmente cerca del 8% de sus créditos dudosos ligados a créditos en el sector inmobiliario, pero esta cifra subestima ampliamente la realidad. Por una parte, muchos préstamos cuyo destino no estaba especificado también financiaron las inversiones en ese sector. Por otra parte, los lazos orgánicos entre bancos y sociedades financieras no bancarias hacen aumentar la parte de los riesgos inmobiliarios implícita en los balances bancarios. Además, la adopción de una definición de “créditos no performantes” más rigurosa (el retraso en el pago de los intereses pasaría a ser de 6 meses en lugar de 12) haría aumentar considerablemente la parte oficial de los créditos dudosos en el total de los créditos acordados.

El endeudamiento de los agentes interiores en divisas es considerable, y aumentó a 70.000 millones de dólares. La liberalización de la cuenta de capital condujo a la constitución de un mercado intercambiario offshore (BIBF, Bangkok International Banking Facility) que permitió a los bancos tailandeses endeudarse en divisas (principalmente en yens) a tasas menos elevadas, a cuenta de los inversores locales. Para no encarecer el costo de crédito, los empréstitos no tenían seguro de cambio, ya que la moneda tailandesa estaba “enganchada” a una canasta de monedas en la cual predominaba el dólar.

Baja sensible de los valores bursátiles, fuga de capitales, pérdida de reservas

Además del inmobiliario, la sobreinversión abarcaba a otros sectores. En efecto, el acero, la petroquímica y la electrónica también fueron igualmente afectados. Este conjunto de elementos ayudó a la baja en los valores en la bolsa, cuyo índice relacionado con el sector financiero había comenzado a caer hacia mediados de 1993, arrastrando hacia la baja al índice global que, entre enero de 1996 y setiembre de 1997, perdió el 55% de su valor.

Estos elementos, unidos al mal desempeño de las exportaciones, apo-

yaron la idea de que la moneda estaba sobrevaluada. Desde comienzos de 1997, el baht sufrió tres ataques; con relación a esto las autoridades levantaron por escalones sucesivos las tasas de interés día a día, llegando hasta el 25% a fines de julio. Las intervenciones masivas del Banco Central en el mercado de cambios condujeron a una pérdida de reservas de cambio para Tailandia del orden de 9.000 millones de dólares en un año, sin por ello poder evitar la flotación de la moneda, a pesar del apoyo de los bancos centrales de los países vecinos (Hong-Kong, Singapur).

Las reservas se elevaban, a fines de julio, a cerca de 29.000 millones de dólares, o sea el equivalente de 5 meses de importaciones. Si bien representan una cifra honorable, estas reservas son fungibles. Ellas fueron constituidas por medio de empréstitos de corto término en el mercado internacional y 23.000 millones de ellas deberán ser reembolsadas en los próximos meses. Por esta razón, frente a esta situación que se volvía insostenible, finalmente las autoridades dejaron flotar el baht.

La devaluación ha sido importante

La amplitud de la devaluación a continuación de la flotación decidida el 2 de julio, fue considerable, del orden en 35 %, fijándose la paridad aproximadamente de 35 bahts por dólar. Si, en un contexto internacional más apoyador, se podía esperar que las exportaciones retomaran un crecimiento más rápido, la amplitud de la devaluación significó la ruina de los inversores locales endeudados en divisas fuertes.

En efecto, el monto de la deuda exterior creció rápidamente; ella llega actualmente a 90.000 millones de dólares, contra 75.000 en 1995 y 20.000 solamente en 1992. Se debe esta deuda de los agentes privados en un 80% a los bancos japoneses, contrariamente a lo que sucedía en los países de América Latina después de la explosión de la crisis de la deuda. La deuda a corto plazo significa el 50% de la deuda total.

El plan de "salvamento" del FMI está lleno de condiciones estrictas

Dada las dificultades del reembolso de la deuda y la pérdida de confianza de los inversores internacionales, Tailandia debió recurrir al FMI que puso en marcha un plan de financiación por un monto de 16.000 millones de dólares, al que se agregarían unos 3.000 millones más del BRI. ¡Esta institución puso como contribuyentes a los mismos países asiáticos que quizá en algunos meses más también serán llevados a solicitar créditos al FMI!

Japón y el FMI adelantaron 4.000 millones de dólares cada uno, Australia, Malasia, Hong-Kong y Singapur acordaron 1.000 cada uno mientras

que Corea e Indonesia participaron con 500 millones cada uno. El Banco Mundial, el Banco de Desarrollo Asiático y China deberían participar con 1.000 millones cada uno.

El préstamo del FMI está lleno de condiciones estrictas. Si bien el conjunto de las medidas no se conoce más que en sus grandes líneas, dos elementos se destacan. Primero, la condición de cerrar las 42 sociedades financieras insolventes –además de las 16 ya cerradas–, en las cuales el gobierno ha metido el equivalente a 19.000 millones de dólares, aproximadamente, lo cual representa el 10 % del PBI. Esta medida, que parece de sentido común, está lejos de ser evidente ya que muchos miembros del gobierno tienen intereses en esas compañías.

En segundo lugar, el FMI “aconseja” una apertura acrecentada de los bancos a los capitales extranjeros. Hasta ahora, la participación extranjera en los capitales bancarios se limitaba al 25 %. Por otra parte, Tailandia deberá aplicar estrictamente las consignas del FMI en el tema de la gestión de la deuda de los organismos financieros y de los bancos, bajo la supervisión de la institución internacional. En los hechos el banco central tailandés conservaría como sola atribución la gestión administrativa de la política monetaria.

Otras medidas están destinadas a aumentar los recursos del Estado para asegurar el equilibrio presupuestario, que por primera vez en 10 años no será respetado. A este respecto se producirá el alza del IVA –que pasaría de un 7 a un 10%– y un recorte en los gastos del orden de los 2.000 a los 3.000 millones de dólares.

A pesar de la importancia de los medios puestos a disposición de Tailandia y de las condiciones estrictas que acompañan el préstamo, la crisis no ha terminado. A diferencia de lo que sucedió después de la crisis mexicana, en diciembre de 1994, donde la puesta en marcha del plan bastó para parar la caída de la paridad monetaria, el baht no se ha estabilizado. Todavía todo sucede como si los mercados no le creyeran demasiado a este plan. Dos razones pueden explicar esta situación. Por una parte, la operación financiera hace que los países de la zona que se encuentran igualmente implicados en la crisis deban contribuir para resolverla. Por otra parte –al contrario de lo que hicieron las autoridades mexicanas–, las autoridades tailandesas no han anunciado claramente las medidas que ellas piensan tomar para satisfacer las condiciones del FMI; posiblemente debido a las incertidumbres políticas que reinan actualmente en Tailandia.

La economía tailandesa sufre una pérdida de competitividad

La pérdida de competitividad de la economía tailandesa reside en el alza del costo salarial, tres veces más elevado que el de Indonesia, Filipinas, Vietnam y China, como resultado del pleno empleo del cual disfruta la población desde hace 10 años. Para restablecer su competitividad, debería hacer un gran esfuerzo en el tema de infraestructuras y de educación que le permitiera cambiar de especialización. En efecto, las necesidades de mano de obra calificada no son satisfechas nada más que en un 40%. Pero estas necesidades requieren inversiones y gastos públicos suplementarios.

La fuerte devaluación de la moneda ha permitido restablecer, a corto plazo, la competitividad de la economía tailandesa, mientras que la paridad de las monedas de los países vecinos menos desarrollados no se modifique. Sin embargo, la mejora de la competitividad no puede ser durable más que si los costos salariales se contienen, lo que significa que la población soportará lo esencial de los costos ligados a la depreciación de la moneda y al pago de la deuda. Aún en esta hipótesis, la devaluación no permite controlar las consecuencias de una especialización cada vez más inadecuada. Ese es el aspecto esencial, ya que la experiencia ha mostrado que esta ventaja comparativa basada en los bajos costos de la mano de obra se diluye a lo largo del tiempo con el pleno empleo y con la competencia creciente de los países menos desarrollados. Por otra parte, los efectos favorables de la devaluación sobre las exportaciones están limitados por el hecho del contenido muy elevado en importaciones de las exportaciones tailandesas. En efecto, se trata de productos cuyo valor agregado sobre el territorio es débil, del orden del 15 al 20%.

El paralelismo con la crisis mexicana de 1994 y con la crisis de la deuda de 1982 es golpeante. Un exceso de liquidez en divisas, bajo la forma de capitales volátiles, ha sido utilizado en actividades de riesgo elevado. El endeudamiento abarcó a todo el sector privado, a diferencia de la crisis de la deuda de comienzos de los años 1980, en la cual el endeudamiento de largo plazo ha estado constituido por empréstitos soberanos. Pero a fin de cuentas el resultado es el mismo, ya que el sobreendeudamiento desemboca en una crisis caracterizada por la fuga de capitales.

La respuesta que se ha dado –bajo la forma de un plan de salvataje, sometido a condiciones de reformas– apunta a restablecer la solvencia de Tailandia. El plan de austeridad tendrá repercusiones negativas a corto plazo sobre el crecimiento y sobre los ingresos. Pero las medidas impuestas para saldar la deuda, no permiten superar el retraso de la productividad de la economía.

IV. La crisis tailandesa no es un caso aislado

El conjunto del sistema bancario asiático está sufriendo una pérdida de confianza.

En todos lados el crecimiento rápido, la abundancia de liquidez frecuentemente alimentada por entrada de capitales de corto plazo insuficientemente esterilizados, se han traducido en inversiones especulativas cuya rentabilidad era dudosa. En resumen, la débil rentabilidad de las inversiones ha sido la consecuencia de una mala evaluación del costo del capital.

En todos lados, las reglas de control han sido insuficientes y los bancos no han pedido las garantías necesarias en lo que se refiere al reembolso de los préstamos. Como un ejemplo las garantías utilizadas para caucionar los préstamos fueron en general bienes inmobiliarios que actualmente están en plena desvalorización. En consecuencia, los bancos han sido afectados por ello, ya que los intereses de una parte considerable de esta deuda no han sido pagados.

Desde 1996, todos los países de la región han sufrido además las consecuencias de la sobreoferta en el sector inmobiliario, como también en el sector de la informática y del alza de la paridad del dólar. Estos factores han provocado una reducción drástica del crecimiento de las exportaciones, y un agravamiento de su déficit corriente. La pérdida de competitividad de las exportaciones, que apareció en todos estos países, es provocada por el alza de los costos salariales no compensada por progresos en la productividad, por el retraso en materia de infraestructuras y por la competencia de China.

En Corea, la disminución del crecimiento que, en el primer semestre de 1997 fue del 5% aproximadamente en tasa anualizada, estuvo acompañado por la de la inversión, que provocó la quiebra de dos grandes conglomerados relacionados con la fabricación del acero (Hanbo y Sammi) cuya situación financiera era extremadamente frágil. Por otra parte, algunos grandes proyectos coreanos –como la creación de algunas empresas en el extranjero, compañías de navegación y la ampliación de la capacidad de producción en la siderurgia– que estaban incluidos en el programa de Racionalización del Gobierno, han fracasado.

Debido a la facilidad con que se les acordaban los créditos, los grandes chaebols se endeudaron fuertemente, y su pasivo exigible representa, en promedio, más del 400% de sus fondos propios. Las deudas ocasionadas representan un tercio de los créditos dudosos de los seis principales bancos. Estos bancos, que abarcaban el 70 % del mercado de crédito banca-

rio, tendrían, a comienzos de 1997, el 37% de sus acreencias como dudosas, o sea el 19% del PBI. La mitad de esas acreencias tendrían por origen los proyectos gubernamentales fracasados.

En efecto, los bancos coreanos, aunque privatizados, están siempre bajo el control informal del gobierno que interviene para que ellos acuerden créditos a los chaebols. Por esta razón éstos han podido, hasta una fecha reciente, contar incondicionalmente con los bancos para satisfacer sus necesidades de liquidez. Debido a esto, el sistema bancario es extremadamente vulnerable, no solamente a causa del endeudamiento de las empresas, sino también debido a la utilización simultánea de las mismas garantías para garantizar empréstitos diferentes, como lo hacen los bancos japoneses. El saneamiento de todo el sistema no puede hacerse rápidamente, ya que produciría quiebras en cascada. Se considera que la reabsorción de las pérdidas de los dos conglomerados a comienzos de 1997 tomaría más de 10 años.

Después del comienzo del año, otras chaebols se han encontrado al borde de la quiebra (Jinro, fabricante de bebidas alcohólicas y Kia que sufre grandes dificultades en la rama automotriz). Considerando que estas quiebras significarían la eclosión de una crisis financiera abierta, el gobierno coreano decidió, con la participación de los bancos, la constitución de un fondo de 1.700 millones de dólares para encarar el problema de los créditos dudosos de los bancos comerciales, cuyo monto se eleva a 90.000 millones de dólares.

Esto no resuelve el problema de los bancos, cuyas ganancias han sido recortadas por la falta de pagos de sus clientes, por la necesidad de aumentar las provisiones que tengan en cuenta ese riesgo y que, además, deben participar en ese fondo de caución de las empresas que están al borde de la quiebra. En efecto, 25 bancos comerciales perdieron más de 100 millones de dólares y 34 bancos de inversores afirman haber perdido más de 500 millones de dólares entre marzo de 1996 y marzo de 1997. La situación debería agravarse más a partir del mes de setiembre, si el gobierno decide, como se convino en el marco de mejora de las relaciones de competencia, la abolición de la comisión fija sobre las acciones, que representan actualmente un tercio de las ganancias bancarias.

En Filipinas, el PBI creció un 5,5% anual en el primer semestre de 1997, lo que no significa una disminución con respecto al año pasado. El crecimiento de las exportaciones, superior al 20% en el primer semestre de 1997, es uno de los más rápidos de la región. El déficit de la balanza corriente es del orden del 4% del PBI, lo que se considera como acepta-

ble. La inflación está bajo control, con un crecimiento medio de los precios del orden del 5% anual. En este país, la tasa de inversión representa el 25% del PNB, o sea cerca de la mitad de la tasa de los países vecinos. La tasa de ahorro llega al 20% del PNB contra 35% en Tailandia y 40% en Malasia. En consecuencia, si ha habido sobreinversión, ella no afecta nada más que a un número limitado de sectores.

La posición bancaria parece más sólida que la de Tailandia, con una relación crédito/PBI del orden del 60% (contra más del 100% de Tailandia). Pero algunas quiebras de firmas importantes, entre ellas una fábrica de azúcar, ha fragilizado al sistema bancario. Los bancos estarían sobreexposados en el sector de la propiedad inmobiliaria. Aparentemente, la sobre oferta en este sector no tienen nada en común con las que se constataron en otros países de la zona, y se limita a un 2% de la superficie destinada a oficinas.

Según un informe oficial, los bancos estarían involucrados en el sector inmobiliario no más que el 10% y las compañías financieras habrían financiado sus inversiones en este sector mediante la emisión de títulos. Pero un informe de la Unión de Bancos Suizos mostraría que estarían involucrados en un orden del 50% si se incluyen los préstamos no específicos a los conglomerados y que en los hechos habrían sido utilizados para la financiación inmobiliaria.

Por otra parte, los beneficios bancarios estarían gravados por la competencia de los bancos extranjeros.

Sin embargo, la gestión de los bancos filipinos parece ser más rigurosa que la de los otros países de la región, con excepción de Singapur. Las reglas de control -copiadas del modelo norteamericano-, conducen a relaciones como las del banco Metrobank, cuyo capital representa el 17% de los activos, los préstamos representan el 70% de los depósitos y el retorno del capital es del 19%, o sea tres veces más que el de las bancas japonesas.

Las reservas de cambio están constituidas en alrededor del 50%, por inversiones de cartera y los valores bursátiles están en manos de los extranjeros en más de un 40%. Desde comienzo de año, el índice bursátil ha perdido más del 20% de su valor, indicando una cierta fuga de capitales, y, en consecuencia, una pérdida de reservas, a continuación de los ataques contra la moneda. Así, algunos días después de la flotación del baht, el peso filipino también ha sido puesto en flotación y habría perdido más del 20% a fines de setiembre con relación a su valor de hace tres meses. Para evitar la fuga de capitales, la tasa de interés del mercado monetario ha sido subida al 30%

La situación tiene algunos elementos de riesgo: por una parte, tasas de interés tan elevadas pesarán sobre el crecimiento; por otra parte, la depreciación de la moneda puede hipotecar la financiación del déficit corriente. En efecto, este país tiene un déficit comercial importante -del orden del 8% del PBI-, en parte compensado por los envíos de fondos de los trabajadores emigrados.

Pero si los riesgos de devaluación son importantes, éstos podrían ser parcialmente suspendidos o postergados, ya que los trabajadores expatriados querrían preservar el poder de compra de su dinero.

La situación parece más mitigada en Malasia. El crecimiento se ha mantenido en la primera mitad de 1997, a una tasa anual del 8% aproximadamente, con exportaciones que crecen en el primer semestre a un ritmo anual del 7,5%, y las exportaciones al 8%; el déficit comercial llega a 1.000 millones de dólares en los primeros seis meses del año 1997 y el déficit corriente es del orden del 4% del PBI. Pero hay signos de sobreproducción, tanto en la industria manufacturera como en el sector de construcción, y las perspectivas de crecimiento para el año próximo no superarían el 5%.

La sobreproducción en el ramo inmobiliario sería menos importante que en Tailandia, y la superficie de oficinas desocupadas no supera el 3%, y el financiamiento de la construcción esta asegurado por fondos locales. Sin embargo, los empréstitos ligados al ramo inmobiliario representan más del 20% del total de los créditos bancarios. Por otra parte, la relación crédito/PBI pone en evidencia una progresión demasiado fuerte, que muestra signos de fragilidad bancaria. En julio, a insinuaciones de Tailandia, el Banco Central ha puesto límites a los préstamos acordados a ese sector, a pesar de que Malasia es menos dependiente que Filipinas y Tailandia de las inversiones extranjeras de cartera, el ringgit, moneda local, ha sido atacado. El 14 de julio de 1997, se lo puso en flotación al igual que el baht y el peso. A continuación de esta decisión, la moneda se depreció en un 9% con relación al valor de tres meses antes.

Para evitar la pérdida de reservas que, en los primeros 15 días del mes de julio fue del 9% del total, la tasa de interés ha sido elevada al 50%. El nivel de reservas representa tres meses y medio de importaciones y 23.000 millones de dólares.

El riesgo de Malasia parece estar más que todo en las perspectivas del crecimiento y de la productividad más que en el sistema bancario. El aumento de la productividad ha tenido, desde comienzos de los años 90, un crecimiento anual del 2,2% en promedio, inferior al objetivo anual del

3,5%. Sin embargo, este ritmo más sostenido habría sido necesario para la conservación de las ventajas comparativas de un país que, débilmente poblado, sufre aún más que sus vecinos, las consecuencias del pleno empleo sobre el nivel de los salarios.

En Indonesia, la tasa de crecimiento en 1997 es similar a la de 1996, o sea el 7,5%. La inflación supera el 5% y muestra una disminución de más de un punto porcentual con respecto al año precedente. Los intercambios comerciales han sido excedentarios en 9.000 millones de dólares entre junio de 1996 y el mismo mes de 1997 pero el déficit corriente representa el 8% del PBI en el segundo trimestre del 1997. Indonesia es el proveedor de Japón en el rubro de materias primas; si bien registra progresos importantes en materia de exportaciones industriales su comercio de productos primarios le permite diversificar los riesgos de sobreproducción y de deterioro de los términos del intercambio. Las reservas de cambio aumentaron 4.500 millones de dólares en un año. En abril estaban cerca de 20.000 millones de dólares, o sea casi seis meses de importaciones.

A pesar de estas bases aparentemente tranquilizantes, la inversión extranjera está en retirada. En el primer semestre de este año, las autorizaciones de inversión representaban un total de 16,000 millones de dólares, o sea casi 25% menos que en el primer semestre de 1996.

Un excedente de superficie de oficinas del orden del 12% y un sistema bancario considerado como uno de los menos seguros en Asia, constituyen los elementos de fragilidad que hacen que Indonesia sea considerado como un país de riesgo. En efecto, el gobierno no descarta la posibilidad de que una crisis de la misma naturaleza que en Tailandia también explote en este país. Los créditos dudosos representan un 10% de los créditos acordados, con una tasa de provisión tan débil como la de Tailandia y México; la mitad de esos créditos corresponde a créditos inmobiliarios. El sistema bancario público ha sido profundamente afectado: el 68% de los créditos considerados hoy como dudosos fueron acordados por bancos estatales.

Para evitar el agravamiento del problema, el gobierno decidió, después del 14 de julio último, prohibir a los bancos los préstamos destinados a la compra de terrenos. En realidad, la especulación inmobiliaria ha sido facilitada por los préstamos bancarios. Hoy en día, esos terrenos no encuentran comprador.

Como sus vecinos, Indonesia ha visto que su paridad monetaria perdió, en agosto, alrededor del 9% de su valor desde comienzos del mes de

julio. La tasa del mercado monetario era de alrededor del 14%. Al contrario de los otros países de la región, el índice bursátil se encontraba en una pendiente ascendente desde hace 12 meses, pero ha sufrido una caída del 10% aproximadamente durante el mes de agosto

Conclusión

Después de un año 1996 en el que la sobreproducción y la sobrecapacidad en el campo informático habían gravado el crecimiento de los países asiáticos, los problemas en ese sector parecían estar en un buen camino de resolución a partir de la primavera de 1997. Una vez absorbidos los stocks, habría podido esperarse una retoma de las exportaciones que habría asegurado una retoma honorable del crecimiento.

Pero la explosión de la crisis en el sector inmobiliario, puso en evidencia una mala asignación de recursos y una gestión riesgosa del crédito bancario, lo que ha afectado la confianza de los inversores internacionales en este país, de manera que los capitales muestran tendencia a retirarse y dirigirse a otros países. En esas condiciones, es elevado el riesgo de un bloqueo del crecimiento a corto término y de una transición delicada a mediano plazo.

París, 30 de septiembre de 1997.

Bibliografía

- Goldstein, M. and Turner, P. (1996): *Banking crises in Emerging Economies: Origins and Policy Options*. BIS, BIS Economic Papers, N 46, October 1996, Basle.
- Khan, M., Reinhart, C. editors (1995): *Capital Flows in the APEC Region*. IMF. Washington D.C., Occasional Paper N 122, March.
- Lakhoua, F. (1997): "La crise financière thaïlandaise". In: *Risques Emergents. Caisse des Dépôts et Consignations*, Supplement au N° 5, Juin. Paris.

El marxismo entre ciencia y utopía*

Georges Labica**

El hilo conductor de mis palabras será el siguiente: la cuestión de la utopía esclarece no solamente el pensamiento de Marx y de Engels sino también el marxismo mismo en cuanto tal, puesto que da cuenta a la vez de su génesis y de su clausura, las que parecen designar hoy al marxismo como el fin de una utopía y, quizás, de manera paradigmática, como el fin de toda utopía. A esta cuestión dedicaré algunas tesis de un carácter un tanto abrupto en el sentido de que ellas no podrán ser desarrolladas, en esta oportunidad, en todas sus consecuencias.

El rechazo de la utopía

He aquí la primera, que conserva, en gran medida, la fuerza de un prejuicio: *el marxismo sería antitético a toda utopía*. El marxismo no admite la utopía puesto que éste le notifica su liquidación. Tal enunciado nos introduce de partida en una paradoja: el objetivo proclamado de la utopía de su definición, en nombre, anotémoslo, de la ciencia, o al menos, de la cientificidad de la cual el marxismo se ha reclamado. Baste recordar la fórmula de Marx según la cual el comunismo es “el adversario más resuelto del utopismo”, o el juicio de Engels: “para hacer del socialismo una ciencia era necesario que éste fuera colocado sobre un terreno real con una base sólida, inatacable. Y esa fue la obra de Marx”. Tiempo después, Lenin será aún más categórico cuando escribe: “la teoría de Marx ha sido la primera en hacer del socialismo, de la utopía que era, una ciencia, al plantear sus fundamentos inamovibles, al trazar el camino para seguir desarrollándolo en todos sus detalles”.

La explicación de esta idea se puede buscar en la crítica marxiana al tema de la insularidad y de las “robinsoneadas”. Estas últimas, en particular, son tomadas en serio incluso por espíritus tan distinguidos como Smith o Ricardo cuando, en realidad, no son otra cosa que una anticipación (*Vorwegnahme*) de la sociedad burguesa liberal-individualista. Engels, asegurando en el *Anti-Dühring* que “la inmadurez de la producción capitalista corresponde a la inmadurez de las teorías” retoma y desarrolla, treinta años después, los análisis ya presentes en el *Manifiesto*: las utopías

socializantes corresponden al período en el cual emerge la contradicción esencial en el modo de producción capitalista entre burguesía y proletariado; mientras esta contradicción no se haya vuelto dominante, la utopía tiene por función anticiparla y la imaginación sustituye la lucha de clases. De donde los utopistas no podían ser sino utopistas, leamos “revolucionarios”, mientras que sus sucesores y secuaces, una vez la contradicción formulada, serían necesariamente “reaccionarios”.

Por consiguiente una segunda tesis aparece, a saber, que *el marxismo expone la verdad de las utopías*, expone como su tópico la no pertenencia de la utopía y la realización fallida de su ser; la temporalidad de ese tiempo falso (*uchronos*), lo dicho de ese silencio, muestra el objeto real de la utopía, la historia como base material.

En la misma dirección, Ruyer ha hablado del carácter intrínsecamente ahistórico y “antidialéctico” de la utopía, y Louis Marin de lo “neutro” de la misma. Todavía, en el caso de los socialistas utópicos, se trata menos del “fin de los tiempos” que de una nostalgia del tiempo como deseo que, sin embargo, no se puede constituir en un poder ni tampoco en un saber que no sea inadecuado; deseo que no hace sino ocupar su lugar, a destiempo.

El “olvido” de la historia no es solamente omisión de un proceso contradictorio sino omisión de la contradicción que es la lucha de clases, concepto sin el cual toda tentativa de lectura de las utopías sería engañosa. Con el advenimiento del marxismo la utopía se sienta a la mesa, revela su contenido. Engels lo asegura, ésta está cargada y con ella el desarrollo burgués “desde sus inicios” —Thomas Münzer, los niveladores, la *Utopía* de Thomas More— con la contradicción entre igualdad política e igualdad social, que no es sino la expresión de la contradicción entre las clases, burguesía y proletariado, que no es de ninguna manera “sobrepasada” sino propiamente oculta y en consecuencia fuente de numerosas y graves confusiones en el enunciado de la consigna única: “Igualdad”. Del socialismo “utópico” al socialismo “científico” si se va de una “concepción” a la otra, es a la existencia de dos medidas en las que se originan, entonces, las condiciones objetivas que hacen *posible* también la salida de las categorías de su cielo intangible.

Traidor del cual el comunismo debe desembarazarse, Proudhon encarna esta ambigüedad doctrinal donde las categorías permanecen atrapadas incluso una vez que el movimiento real ha puesto al día las contradicciones de las cuales éstas fueron borradas.

Clases, filosofía, revolución

Todo ello nos conduce a asumir el riesgo de dos nuevos enunciados

Primero: *la relación del marxismo con la utopía es una relación de clase: la del proletariado frente a la de la utopía es una relación de clase: la del proletariado frente a la de la pequeña burguesía*. El socialismo utópico es una ideología de la pequeña producción. Sus ciudades ideales son, ante todo, expresiones sistematizadas de contradicciones inherentes a la sociedad mercantil, toda vez que esta última no ha alcanzado su forma más desarrollada con el modo de producción capitalista y que la contradicción polar entre trabajo asalariado y capital no es todavía dominante. Esto quiere decir que efectivamente hay dos modalidades de existencia de la utopía y que una de ellas es propiamente pre- o ante científica, insuperable, en el sentido hegeliano de una crítica que se encuentra impedida de alcanzar su propia crítica.

Lúcida o ingenua, la toma de conciencia de los utopistas no es menos constantemente estimulante, a veces anticipatoria cuando adelanta criterios decisivos tal como Fourier con el grado de emancipación de las mujeres como medida de la emancipación general, o de los objetivos revolucionarios tales como “la abolición del Estado” en Saint Simon. Pero ese papel progresivo se transforma en nostalgia o en regresión cuando las contrasociedades pierden su adecuación (de hecho nunca completa) al movimiento histórico. Cualquiera sea el origen de las intenciones del discurso, se trate ya de la persistencia, incluso bajo formas diferentes, de antiguas relaciones de producción o de la extensión y a veces de la formación de nuevas capas sociales (siendo el conjunto generalmente relegado bajo el vocablo “pequeña burguesía”), en esta segunda etapa la función utópica se vuelve “utopista”, ella se hace acientífica e incluso a menudo anti-científica cuando se la juzga a través de sus efectos en las luchas sociales: “A medida que la lucha de clases toma forma y se acentúa, esta manera de elevarse por encima de ella a través de la imaginación, esta oposición imaginaria que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica”.

Así ocurre con las “capacidades”, en la víspera de la revolución de 1848, particularmente de un Lamartine; así ocurre con un Ioujakov que bautiza hipócritamente “utopía” un proyecto de reforma de la enseñanza secundaria donde, a falta de distinción entre castas y clases, la asociación entre instrucción y trabajo productivo hace trabajar sólo a los estudiantes pobres y se revela entonces absolutamente compatibles con la autocracia.

Nuestra segunda tesis es de una ambición mucho más grande: *el marxismo así entendido pronuncia el fin de la utopía*. Es el *Ausgang*, la salida, como

era, como es, la de la filosofía y la de la economía. “Crítica” a tal punto radical que su advenimiento no deja ninguna cuestión en pie y no considera nada como adquirido. La utopía a su manera evacúa la historia; la filosofía y la economía no proceden de otro modo, como se puede constatar desde *La Sagrada Familia* al *Capital*. La consideración de la historia material les notifica su desahucio. Engels reproduce las palabras de Dühring calificando a los grandes utopistas de “alquimistas sociales” y concluye que Dühring es entonces el “último utopista” en el tiempo de la “química moderna”.

Es indudable que la consideración de la historia “real” por oposición a la *Traumgeschichte* (la historia soñada) satirizada por Marx desde 1843, coincide con la salida de la filosofía. El propio Thomas More, tratando de la formación de Rafael Hytlo day, desliza la frase: “el estudio de la filosofía al cual se volcó exclusivamente” y P.F. Moreau revela justamente el hecho que Utopía es una Ciudad filosófica, un *Staatroman*. La inusualidad que deliberadamente la separa del tiempo y la aísla de todo mundo próximo le otorga su más fuerte símbolo. Por lo tanto, la ruptura del marxismo con la utopía devela la problemática olvidada, ausente y, por naturaleza, extranjera a todo discurso utópico: la del pasaje o de la transición: “al utopista no se le puede preguntar: ¿Cómo llegará Ud. hasta ahí? Este ya ha llegado”.

Ahora bien, la cuestión de la transición no es sino la misma que la de la revolución igualmente ignorada por los utopistas que ni siquiera se preocuparon de las reformas, que ni siquiera llegaron al umbral de la *interpretación*, tan preciada por los filósofos. La voluntad de cambiar el mundo, de transformar de manera radical la ciudad, se abre a su vez a la política concreta que mide la correlación de fuerzas, que designa los actores, que determina los protocolos de acción, en una palabra, que asume riesgos. En esta materia Marx se coloca una vez más al lado de Spinoza: “entre todas las ciencias aplicadas, la política es donde la teoría parece ser más diferente de la práctica y no hay hombres a los que se les juzgue como menos aptos para gobernar el Estado que los teóricos, es decir, a los filósofos”. El proyecto de una ciencia de la práctica o de una álgebra de la revolución bastan para invalidar toda utopía.

El reinado de la Ciencia

Si ello es realmente así, si el marxismo se establece sobre el terreno de una ciencia así concebida, tendremos que enfrentar una verdadera situación límite. Por una parte la ciencia; por otra, la utopía, sin compromiso ni dialéctica.

Menos que nunca podremos dejar de lado esta nueva tesis en la medida en que es justamente ella la que ha prevalecido históricamente. Sin extendernos sobre las etapas de esta historia a la cual me he referido ampliamente en otra oportunidad, me limitaré a llamar la atención sobre sus caracteres más significativos.

El primero se sitúa a nivel del vocabulario. Expresión de la dificultad, ya presente en el momento en que Marx vivía, de encontrar la denominación más apropiada a su obra, el epíteto de "científico" ha sido asociado a los diferentes dominios del saber que los fundadores estuvieron obligados a abordar. Filosofía, historia, economía, socialismo, e incluso ideología (Lenin). La expresión "socialismo científico" es, de hecho, la única legítima puesto que ella recibió el aval de Engels, quien le dedicó un folleto a partir de tres capítulos del *Anti-Dühring*. Ahora bien, no es de ninguna manera inocente notar que el título de este folleto, *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft* (el desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia), ha sido traducido por Paul Lafargue, el propio yerno de Marx por *Socialismo utópico y socialismo científico*, sin que Engels hubiera encontrado nada que decir al respecto.

Una vez más una dialéctica histórica es sustituida por una proposición alternativa.

Y esta prevalencia por largo tiempo vehicularizada a la vez por la pretensión, anterior al marxismo, de conferir el carácter de ciencia al conocimiento de la sociedad, y por las connotaciones mucho más vastas del alemán *Wissenschaft*. Este segundo rasgo, la escisión utopía/ciencia será admitido por Kautsky y Lenin que hablará, por su parte, de "comunismo científico" para definir "la expresión teórica del movimiento proletario", en la misma línea del *Manifiesto* y de la distinción entre el socialismo como "movimiento burgués" y comunismo como "movimiento obrero", constituyéndose en una verdadera caricatura con la institución estaliniana del "marxismo-leninismo", borrando definitivamente la utopía en provecho de la ciencia y no atribuyendo a esta última más que una única voz para todas las materias de la economía a la literatura y al arte, a saber el Partido, reducido, a su vez, a su jefe.

De donde la célebre fórmula aristotélica se transforma en: "no hay ciencia sino del Secretario general". La frialdad del cálculo colectivista reemplazaba aquellas del "cálculo egoísta" del período burgués. La utopía no es más, desde entonces, que una escoria. Peor aún, ella se encuentra reducida al orden de la fantasía cuando no se trata de una mentira deliberada. Fuera de los enunciados verdaderos o "científicos" de los cuales el

Partido-Estado era el depositario, el garante y el defensor, no reinaba sino el error, dicho de otra manera, la traición, acompañada de las trágicas consecuencias que conocemos.

¿Las advertencias contra tal situación límite –el marxismo concebido como una ciencia “dura”– fueron lo bastante fuertes? No, sin duda. Marx se contenta con justificar la escisión utopía/ciencia, precisando que el “socialismo científico” no había sido usado sino en “oposición al socialismo utópico que quería inspirar al pueblo nuevas quimeras” preocupándose ante todo de convertir la economía política en “ciencia positiva”, con el fin de “volver accesibles a un público popular” los “ensayos científicos”. La invitación a retomar el problema en torno a una nueva tesis, aparentemente antitética con respecto a la precedente, según la cual *el marxismo no rechazaría la utopía*, no es menos urgente. Ahora bien, nos confrontamos aquí con una tradición diferente cuya consideración parece imponerse.

La resistencia a la utopía

La ilustración de esta tradición se encuentra, en un sentido propio, en el árbol genealógico *Stammbaum des moderne Sozialismus*, editado por Kautsky en la época de la Segunda Internacional. Los tres troncos del “comunismo obrero y las luchas de clase”, de la “crítica humanitaria de la economía política” y del “socialismo utópico” cada uno de ellos cargados de numerosas ramas convergen y se unen con Marx y Engels para permitir el florecimiento de la AIT, de la Comuna de París y de los Congresos de la Internacional, coronada, en su cumbre por el *Maitag des Proletariats*. El tronco de la Utopía enumera, de abajo hacia arriba Platón, More, F. Doni, G. Bonifacio, Campanella, Vairasse d’Allais, Meslier, Fénelon, Rousseau, Morelli, Mably, F. Boissel, Fourier et Saint Simon. Un indudable privilegio es así concebido a la continuidad, el mismo que está igualmente presente en Marx y Engels tanto de un punto de vista histórico como teórico.

Del lado de la memoria, bastaría recordar el reconocimiento de algunas deudas. El “joven Marx”, este *Aufklärer*, imbuído del Progreso y de la Racionalidad, incluso en la escritura del *Manifiesto*, sabe y dice lo que les debe a Feurbach, Bauer, Weitling, y sobre todo a Moses Hess. Engels, tantas veces acusado de perversión cientista no se queda a la zaga. Testimonian de ello su *Descripción de las Colonias Comunistas* recientemente constituidas y todavía existentes y su interés por los movimientos militaristas en los cuales Henri Desroches ha creído ver “una cuarta fuente” del marxismo, sus *Cartas de Londres* o su *Reforma social en el continente*, cuando

nada era más urgente a sus ojos que constituir una biblioteca del militante destinada a los emigrados alemanes en París, a partir de las “mejores obras de Fourier, Owen, de los Sansimonianos, etc”; su *Circular contra Kriege* y la larga batalla por una redacción correcta del *Manifiesto* y, más tarde, su *Guerras Campesinas*, con su aprecio por la figura ejemplar de Thomas Münzer.

Del lado de la ideas la cosecha no es menos rica y las aportaciones constantemente reivindicadas, en la madurez de obras como el *Anti-Dühring* y *El capital*, así lo muestran. Tratándose de la génesis de la teoría, se les rinde un alto elogio a los “tres grandes utopistas” que son Fourier, Owen y Saint Simon, cuyas “ideas de genio” emergen “bajo su cobertura fantástica”. El crédito de Owen se ve reforzado con la asociación, con el movimiento cooperativo, con la reducción de las jornadas de trabajo, con la extinción de la propiedad privada, con las guarderías infantiles, con la limitación del trabajo de mujeres y niños. A Fourier le corresponde la liberación de la mujer sin la cual la del hombre no es sino una palabra vana así como el descubrimiento del derecho al trabajo. Fourier “construye el porvenir después de haber juzgado correctamente el pasado y el presente” en “una verdadera mina de materiales”; es “irremplazable”. La crítica del Estado e incluso la intuición de la dictadura del proletariado están presentes en Saint-Simon. El propio Weitling, a veces tan zarandeado... ¿No es acaso “el único alemán que ha hecho realmente algo?”. No vale la pena entonces multiplicar estas referencias, que son de mucho más que simples “saludos de cortesía”, para constatar que existe de hecho una doble colusión entre marxismo y utopía.

La crítica de la sociedad existente, de la sociedad tal cual es, forma el primer denominador común. La crítica está ya en More, como se sabe –¡y cuán acertada!– crítica que será retomada por toda la tradición utópica que éste inaugura incluido por ejemplo un Leroux, tan injustamente tratado por Marx y Engels y que ataca con tanta pertinencia las estructuras capitalistas, puesto que de ellas se trata. Ahora bien... ¿La función crítica no es por excelencia lo propio del procedimiento marxiano, de *La Sagrada Familia*, “crítica de la crítica” a *El capital*, subtítulo “crítica de la economía política”, no siendo esta última sino, como lo afirmaba la *Miseria de la Filosofía*, el nombre de la “ciencia” de la burguesía, es decir su autolegitimación?

La segunda similitud no puede buscarse en otro lugar que en la finalidad de tal crítica, dicho de otro modo, en el deseo de la sociedad justa y de los hombres reconciliados. Este viejo diseño que tiene, en efecto, su

origen en La República y en el “consejo nocturno” de Las Leyes, atraviesa los paraísos terrestres, los milenios, las Kallipolis y otras ciudades virtuosas e islas felices, no podría ser extranjero a un marxismo que sostiene también que la humanidad tiene derecho a la felicidad. Entre ambos, entre la crítica y el objetivo de una parte, entre el marxismo y la utopía... ¿Deberíamos convenir que no hay ni puentes ni paisajes? Es lo contrario lo que ha confirmado. Marx, sobre los pasos de su maestro Hegel, rechazaba la oposición entre lo que es y lo que debe ser; afirmando “buscar la idea en la realidad misma”; estaba convencido que la racionalidad de lo real significaba la realidad produciéndose históricamente.

Ernst Bloch, después de él, hablará con fuerza de la presencia de lo aún-no-devenido en el devenir y buscará en todo lugar, en la arquitectura, en la geografía, en la pintura y en la música, en la sabiduría antigua, el “paisaje del deseo”, el cual esboza el porvenir en filigrana. Ningún utopista ha ignorado esta preocupación; ninguno ha renunciado a esta lectura. Es por ello que tantos hilos se reencuentran en ambas tramas.

Limitándonos a los ejes esenciales...¿ Cómo concebir una sociedad que excluya la propiedad privada?. ¿Cómo concebir una forma de gobierno que asegure la expresión más democrática de los ciudadanos, que garantice la educación para todos, la igualdad en la libertad, valorizando el trabajo, realizando la sociabilidad a través de leyes apropiadas para cada uno, protegiéndose de las regresiones de la religiosidad, de los racismos y de las dominaciones?. ¿La utopía, se satisface en el sueño y disimula, a veces, bajo la nostalgia de una edad de oro sus intenciones transformadoras, mientras ese mismo sueño se quiere, como dice Bloch, a propósito de la transición, de sus medios, sus agentes, guarda silencio también entonces sobre la revolución?. Lo sabemos, pero... ¿Puede ser de otra manera, excepción de Cabet cuyo “sistema ya hecho” se obstina en prolongar un sueño caduco?

Engels enuncia la norma materialista: “Es históricamente imposible que una sociedad que se encuentra en un estadio inferior del desarrollo económico pueda resolver los enigmas y los conflictos que han nacido y que no pueden sino nacer en un estadio más elevado”. Y no se trata de ninguna manera de condenar a causa de relaciones sociales insuficientes a los “patriarcas del socialismo”, los Owen, los Fourier, los Saint-Simon, que han imaginado sociedades modelos. El pasado, el presente y el futuro son inseparables en las medidas de sus discontinuidades. Los posibles están inscriptos en el seno de lo real como su huella más avanzada. Es el Principio-Esperanza y su irremediabilidad.

Una lección se desprende de este breve examen: no hay un muro entre utopía y marxismo aún cuando este fuese medido por su sola científicidad. El severo Lenin, tan íntimamente convencido del camino real abierto por el “socialismo científico” sabe perfectamente que la utopía es una creación continua sorprendida en la realidad misma: “La revolución es la fiesta de los oprimidos y de los explotados. Nunca la masa popular se muestra como un creador tan activo del nuevo orden social que durante la revolución”. Lenin asegura, después de More y varios otros, que el oro será reducido a su función escatológica: “Cuando hayamos triunfado a escala mundial haremos, creo, con el oro, letrinas públicas en las calles de las más grandes ciudades del mundo”.

La ciencia como utopía

Otra lección, o tesis, se deduce, para responder a nuestra pregunta inicial, a saber, *que la utopía que se desploma hoy, es el marxismo entendido como ciencia*. No se trata, evidentemente, del materialismo histórico y de su función heurística, en los cuatro sectores teóricos del modo de producción, de la revolución, del Estado y de transición de las sobreestructuras ideológicas, sino del marxismo-leninismo afirmado y mundialmente difundido como “sistema armonioso y acabado”, dicho de otra manera como ciencia. En tanto que productora de “verdades” tan indiscutibles como obligatorias, la así llamada ciencia expondría las “leyes” de la historia y no del pensamiento y dictaría a toda formación social, sin considerar sus especificidades, el programa de su desarrollo hacia el socialismo. Pues ella preveé, con toda seguridad, las correlaciones de fuerza, los comportamientos de las clases, las alianzas necesarias, los protocolos de la acción política e ideológica, las estrategias y las tácticas. La ciencia se enseña y tiene, por lo tanto, autoridad para poner el marxismo en manuales, léase en vade-mecum populares, por no decir en catecismos. Ella asegura el triunfo del modelo soviético a escala planetaria, confiriéndole al “leninismo” el valor de fórmulas que basta aplicar, en Alemania como en México, en Etiopía como en Vietnam... Es el tiempo de las esquizofrenias, de la repetición de glosas y de recetas, de las violencias hechas a lo real, fuera del cual no subsisten sino desviaciones, revisiones y traiciones. Moisés y sus lugartenientes custodian y conducen al pueblo elegido por el camino de la salvación codificada, en la cual no juegan ningún rol la duda, la invención, el sueño, esas desviaciones cargadas de amenazas colectivas e individuales. Conocemos el precio pagado. Quizás hemos visto con poca claridad que lo que subyacía bajo los regímenes del “socialismo realmente

existe" no era cosa que la reproducción bajo formas a la vez endurecidas y reductoras del productivismo capitalista y de la política burguesa. Dos ejemplos locuaces, en lugar de una demostración que no puede ser desarrollada aquí: las imágenes recientemente reveladas del mar de Aral, excepcional catástrofe ecológica; la tesis siempre repetida, desde el final de los años treinta, del reforzamiento del Estado bajo el socialismo.

La razón de tal ambivalencia, del marxismo entre ciencia y utopía... ¿Habría que buscarla, como a veces se ha insinuado, por el lado de una perversión político-teórica, imputable, por ejemplo, a Stalin o a la evocación del "culto a la personalidad" al cual Khrouchtchev fue tan sensible? Sin embargo, esas no serían sino argucias defensivas o retractaciones cuyo efecto consistirían en reproducir el modelo bajo la misma pseudocrítica que se le dirige. La contradicción, para emplear un término fuerte, está sin duda en el propio Marx, entre su voluntad de terminar con las "quimeras" y de dar al comunismo fundamentos científicos y de suministrar a las proposiciones de la utopía la posibilidad de una traducción concreta acorde a sus propias deudas. Es significativo el poder constatar, a este propósito, que Stalin, para sostener su exposición de *Materialismo dialéctico y materialismo histórico* copia, a modo de conclusión, la célebre página del *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*. Dicha página contiene, en particular, la siguiente frase: "cuando se consideran tales transformaciones, es necesario siempre poder distinguir entre la transformación material de las condiciones de producción económicas, constatada con rigor de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en resumen, las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman conciencia de ese conflicto y lo llevan hasta sus últimas consecuencias". El autor visiblemente retiene el *naturwissenschaftlich* y su garantía de ciencia "dura", sin preocuparse por la distinción establecida en el texto, de manera expresa, entre ese registro, que vale para la transformación de las condiciones económicas, y el de la ideología, a través del cual los hombres piensan y viven el primero.

Para Lenin, sin embargo, que no es en vano invocado por Stalin al final de su capítulo, la dualidad ciencia/utopía no está borrada. Ella se mantiene pero bajo otra forma: de una parte, "el bloque de hierro" del marxismo, al cual no hay nada que agregar ni que retirar; de otra, la revolución, que no es solamente "la fiesta" sino que expresa el surgimiento de lo nuevo bajo la caducidad de lo viejo como se ve con los soviets: "el producto de una actividad creadora popular original... una manifestación de la energía del pueblo".

Notemos que se podría aprehender aquí, en esta capacidad de invención, el mayor rasgo en el que reconocerse una revolución: o bien ella cumple su papel de “locomotora”, según la expresión de Marx, o bien no puede pretender ser una revolución. Muy cerca nuestro, con el derrumbe de los países del Este, la historia viene a ofrecernos algunas ilustraciones de este regla.

De la utopía a la ciencia, pues, pero... ¿Qué se vuelve la utopía después de la ciencia? Seguramente una escoria de la cual es necesario desembarazarse y precaverse, salvo si esta ciencia autoproclamada funciona ella misma como utopía. Mucho antes de Marx, que en este sentido no fue sino su eco, los utopistas estaban convencidos que su procedimiento era instaurador de ciencia, a la manera en que Kant aseguraba que con su *Crítica a la razón pura*, la filosofía iba a entrar por fin “en la vía segura de la ciencia”. Ahora bien, la rectificación de la práctica, bajo los auspicios de la caída del muro de Berlín, más categóricamente aún que los cuestionamientos teóricos, ha entregado la prueba de que la ciencia marxista-leninista no era sino una utopía y, sin duda, el colmo de toda utopía, vale decir su negación.

La utopía en el marxismo

Una nueva y última tesis aparece desde ahora inevitable: *restituir al marxismo la dimensión utópica de la cual había sido amputado*.

Esta proposición requiere, a su vez, de algunas aclaraciones. En primer lugar, ella no significa de ninguna manera que tendríamos que enfrentarnos a una alternativa y menos aún a una elección, ora el marxismo como utopía, ora el marxismo como ciencia. Dos razones que se inscriben en la experiencia histórica explican este rechazo.

La primera se afirma en lo que podría llamar las protestas de la práctica. Bajo el dominio ortodoxo, es decir del marxismo-leninismo o del materialismo dialéctico (“stalinismo”) y su función de referencia obligada no solamente para los partidos comunistas, en el poder o no, y más en general para el movimiento obrero internacional, diversos fenómenos de toma de distancia, de impugnación o de críticas abiertas han visto el día.

Mencionemos brevemente lo que he llamado yo en otra parte “marxismo *underground*” que designa, en su propia diversidad, el conjunto de esfuerzos teóricos por continuar la reflexión de Marx, notoriamente inacabada y a veces contradictoria, pero también con el fin de montar de manera creativa el aparato conceptual del materialismo histórico o de la “filosofía” de Marx bajo coyunturas diferentes de la que había permitido

la redacción de *El capital*. Se recordará aquí las figuras de un Gramsci, de un Bloch, de un Lefebvre, de un Luckács, de un Althusser, entre otros, o aún de la Escuela de Frankfurt. De hecho esa corriente iniciada por Labriola no ha dejado nunca de representar al marxismo vivo y creador. En el terreno de las políticas “alternativas” basta evocar el consejismo de un Pannekoek y a los movimientos trotskistas. Está claro, por otro lado, que la “aplicación” estricta del modelo impuesto por la Komintern ha conocido múltiples extravíos o desviaciones bajo la negación de los discursos oficiales que aseguraban, sin embargo, conformarse con éste. Fue el caso del maoísmo y el de las revoluciones del Tercer Mundo. En este terreno no se puede ni siquiera hablar de excepciones, tanto la aparición de especificidades inherentes a las coyunturas nacionales bajo todas las formas (económicas, políticas, culturales, ideológicas) ha engendrado, según el decir de Lenin “transplantes” originales entre el marxismo y el movimiento obrero en cada formación social. Las prácticas en un largo abanico de contradicciones, tienen como costumbre maltratar la teoría.

Una segunda razón conduce a reconstruir la permanencia de la dimensión utópica en el marxismo: es el hecho que este último fue reducido al positivismo más estrecho. La indisociabilidad es patente aunque ella haya sido más exógena que endógena. Entendemos por esto que el modelo soviético ha sido literalmente utopizado en la conciencia de los trabajadores y de las víctimas del sistema capitalista a la escala del mundo entero como porvenir próximo de libertad. Tal fue el efecto, como se sabe, de la revolución de Octubre y de las “conquistas del socialismo” de las cuales se esperaba la extensión planetaria. El conocimiento siempre mejor establecido y difundido de los aspectos negativos y del desfase acrecentado entre realidades y esperanzas no cambió nada de ello.

Fue menor en el apoyo incondicional a la URSS, el efecto de la propaganda endógena, que magnificaba las victorias y disimulaba las aberraciones y los crímenes que el de la irreductible necesidad y del deseo de creer en la perspectiva de un mundo mejor. Esto no era distinto en la conciencia entre los “dos campos” que parecía jugar en favor del socialismo y la convicción que los regímenes de tipo soviético, particularmente el primero de ellos, sin ser indestructibles, estaban destinados a durar, por lo menos, un largo tiempo.

Hoy la idea de una transformación rigurosamente programable de condiciones de existencia juzgadas como insoportables está obsoleta. Los últimos refugios dogmáticos tanto como el deslizamiento global de los PC hacia posiciones reformistas o socialdemócratas no hacen sino corrobo-

rar la mundialización de la economía y la dominación de las relaciones capitalistas de producción (mercado y democracia “occidental” considerados como inseparables). La aspiración (creencia, voluntad, deseo) a cambios más o menos radicales no ha sido sin embargo vencida. La cuestión que se plantea es saber si la carencia de base real-irreal que asocia ciencia y utopía no provocará una regresión del marxismo hacia el estatuto premarxista de las utopías. La bancarrota de la utopía-ciencia, liberando en principio una sola función utópica, arrastrará a esta última a la negación actual de toda utopía. El utopismo marxiano, por una singular paradoja, sucumbiría a su anti-utopismo. ¿Cómo poder en estas condiciones reestablecer la originalidad del marxismo sin sacrificar ninguna de sus dos determinaciones, la científicidad del análisis materialista y el utopismo del deseo de transformación?

La esperanza en el seno de lo real

Una primera respuesta se ofrece como prueba *a contrario*. La temática que se puede calificar de neonihilista repetida complacientemente por ciertos grupos de intelectuales a la moda y por los grandes medios de comunicación presenta, como un dato insoslayable de nuestra situación el fin de las “grandes historias”, el fin de las ideologías, el fin de las utopías, el fin de la propia historia, dicho de otro modo el *no futuro* o “la era de la nada”. No les quedará otra cosa a nuestras sociedades que resignarse al orden actual, digamos al liberalismo, con la posibilidad, para los más audaces, impotentes para cuestionarlo, de otorgarle algunos ajustes o reformas internas. Tal constatación de desesperanza que sin duda alguna corresponde a lo más visible de nuestro presente no contribuye menos a legitimar y a reproducir la ideología dominante, cualquiera que sean las intenciones que la orienten y que, en la mayoría de los casos, no serán objeto de sospecha.

De otra parte, esta constatación se mide por sus consecuencias. El vacío llama al objeto. La pretendida desaparición de la utopía, denominación genérica para todos los “fines” anunciados deja libre curso a múltiples formas de regresión. La lista se encuentra bajo nuestros ojos. El resurgimiento de nacionalismos y de integristos religiosos, los repliegues identitarios, la corrupción generalizada, el poder de las organizaciones del crimen o eso que se ha bautizado púdicamente como “el repliegue de lo político”, lejos de componer un nuevo orden mundial dan, bajo los auspicios de las fatalidades económicas, el espectáculo de la violencia anárquica la cual no ha manifestado aún todos sus efectos. No es sólo la droga y su extensión generalizada la que puede aparecer como el sustituto de la

utopía. Es la barbarie en el tiempo de los computadores, la polarización acelerada entre poderosos y miserables. Ninguna utopía es capaz de ofrecer una respuesta apropiada a este estado de cosas.

Sin embargo, la necesidad de utopía no está anulada. Al contrario, está reestablecida, reforzada, bajo la triple necesidad de su principio (que plantea al hombre como ser de proyecto, la tensión hacia el futuro), de su crítica (que impugna hasta el rechazo al orden existente) y de su finalidad (que sería un orden mejor). Los sueños, las quimeras o las fantasmagorías que conservan sin embargo para los individuos y los colectivos su fuerza irremplazable están menos que nunca de moda. Pues lo contrario de la utopía no es la realidad sino más bien el pragmatismo de cada día, del presente sin mañana, las excusas y las cobardías. Es por eso que es interesante notar que en los intersticios de los prejuicios más profundos los elementos de un contra ataque se dibujan bajo la forma, de una parte, de temores aquí y allá enunciados bajo sobre el reino de los "fines" y de sus consecuencias y, por otra, de las tentativas de rehabilitación poniendo a la orden del día las utopías "concretas" o "racionales". No solamente el concepto de utopía no ha acabado su carrera sino que se impone de nuevo sobre nuevas bases. No cualquier concepto: de More e incluso de Owen a Marx la rupa es más evidente que la continuidad.

La función utópica es una función de lo real. Ella supone el conocimiento fundado que es el conocimiento de las relaciones capitalistas de producción, más que nunca dominantes bajo sus recomposiciones actuales y a la que tiende el materialismo histórico, desembarazado por fin de las recetas y de los catecismos, entregado a una cientificidad abierta incluyendo sus propias rectificaciones. Nadie lo ha afirmado mejor que Ernest Bloch cuya voz ha sido por largo tiempo enterrada: "el marxismo no significa la renuncia a la anticipación (función utópica); es lo nuevo de una concepción concreta aplicándose al proceso... lo mejor de la utopía encuentra un suelo sobre el cual posarse, encuentra los pies y las manos. Es a Marx al que se le debe el que el trabajo de intención más intrépido haya sido incluido en el acontecer del mundo; es con este trabajo que se puede fechar la unidad de la esperanza y del conocimiento del proceso, en resumen, el realismo". En el vocabulario de Bloch la utopía es diseño, deseo, promesa, presencia de lo lejano, paisaje, "riqueza real, es decir la que se encuentra todavía en el proceso abierto de la realidad". Ella es maqueta "pues la maqueta también, como la casa de muñecas promete una belleza que ulteriormente no aparece siempre como tal en la construcción real". La utopía es la revolución en persona "de la cual la ausencia permite el

nacimiento del capitalismo de Estado". Al mismo título que el comunismo la utopía es una tendencia del capitalismo.

La metáfora marxiana de la "partera" se revela a este propósito perfectamente predictiva de la escisión con las utopías anteriores que nos hacen ignorar el acto de nacimiento de sus hijos en verdad adultos hechos y derechos. Se sabe que todas estas utopías no han sido anticipadoras. Bloch lo ha igualmente subrayado: La Ciudad de Dios agustiniana no es sino renacimiento, el propio Campanella estaba "en perfecto acuerdo con la política de las grandes potencias que él proyecta solamente sobre un telón utópico" no sobrepasando un "socialismo de Estado". Proudhon es "el sistema de una bohemia a la Babbit y una enorme cantidad de kitsch revolucionario". Sobre la misma vía se podría, quizás, bajo reserva de un examen más atento, avanzar que tales proporciones tomadas prestadas por Marx a los utopistas son las más débiles de sus tesis: la desaparición del Estado, por ejemplo, o el fin del salariado o la polivalencia en la actividad del individuo. Diferente es, me parece, la fortuna de la dictadura del proletariado... A tal punto la realidad se nos presenta preñada de nuestras lecturas y de su continua creatividad.

A la luz de los acontecimientos más recientes la ya larga y excepcionalmente compleja historia del marxismo acaba de entregarnos sin duda su última lección: sus oscilaciones entre ciencia y utopía, sus vaivenes, llenos de ambigüedades y a veces de contradicciones a las cuales nosotros no hemos podido escapar nos reenvían indefinidamente a la undécima tesis sobre Feuerbach y a la obligación de pensar de conjunto la posibilidad de interpretar y de cambiar el mundo. Esta obligación propone, a su vez, un programa de trabajo a reactualizar sin cesar. No hay nada de legítimo en ver en el marxismo, según las bellas palabras de Luciano retomadas por Erasmo y destinadas a More, una verdadera Morosofía, sabiduría loca o locura de saber, tan verdadera que "poner término a la miseria, está lejos de ser insensato" y que, para retomar esta vez una frase de Oscar Wilde "ningún mapa del mundo sería digno de una mirada si el país de la utopía no se encontrara en él".

(Traducción del francés: Jaime Masjardo.)

* Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires, 1996.

** Universidad de París X-Nanterre.

COMMON SENSE. Journal of the Edinburgh Conference of Socialist Economists, Department of Politics, University of York, Heslington, York, YO1 5DD. Nro.22, Diciembre de 1997. A. Katerina: México is not only Chiapas, nor is the rebellion in Chiapas merely a mexican affair, J. Holloway: Dignity an the zapatistas, R. Bellofiore: Lavori in corso. W.Bonefeld: Globalization and democracy, A. Dinerstein: Marxism and subjectivity: searching for the marvellous.

LINKS. International Journal of Socialist Renewal, Post office box 515, Broadway, NSW 2007 Australia. Nro. 9, Noviembre 1997 Febrero 1998. Marlin: Indonesia: organising the mass struggle for real democracy, J.Petras: A marxist critique of post-marxists, D. Bhattacharya: Rereading the «little booklet» in the era of globalisation, R.Clarke: Why Russia needs another revolution, C. Tablada: Cuba nex economic actors in a socialist society, P. Taaffe: Blair labour and the socialist struggle.

SCIENCE AND SOCIETY, Guilford Press, 72 Spring Street, New York, NY 10012. Vol. 62, Nro. 1, Spring 1998. Dossier Friedrich Engels: A critical centenary appreciation, c/arts de g. Labica, G. Schäjer, H Maler, J Kircz, M Löwy, J Trat, F. Haug, W. Pelz, M. Kessler, T. Bergmann y E. Concheiro.



VIENTO DEL SUR. Revista de ideas, historia y política, Apartado Postal 70-176, C.P.04510, Distrito Federal, México. N° 11 invierno 1997. A.Gilly: Agravio y justicia; R. Roux: 6 de julio, Post-festum; T.Nava Vázquez/R.E.Hatman: México, la corrupción de carne y hueso; A. Anguiano: Política, participación y democracia en México; M. Revelli: Crisis del estado-nación, territorio, nuevas formas de conflicto y de sociabilidad; R. Alvarez Garín: Actualidad del Che Guevara; G. Almeyra: Autonomía y zapatismo; Juan Gelman: Poemas inéditos.

DIALEKTICA. Revista de Filosofía y Teoría Social, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, Puan 470, 4to. piso, (1604), Buenos Aires, Argentina. N° 9, octubre 1997. Editorial: 5 años, P McCabe; Dossier: La reconversión capitalista en la educación, la universidad y la investigación científica y tecnológica. E Glavich, P. McCabe, I Izaguirre, L.

Rositchner, A.U.L.A. T. Negri. Fetichismo y publicidad, R. Donaire; La teoría del desarrollo desigual y combinado, M.Löwy; El cielo de abajo, reconstruyendo la perspectiva antropológica del joven Marx. Reseñas.

HERRAMIENTA. Revista de debate y crítica marxista Nº6, Otoño 1998. Renan Vega Cantor: La actualidad del Manifiesto Comunista. Tres tesis sobre la mundialización del capital, trabajo y lucha de clases; Denis Collin: Las tesis sobre "El fin del trabajo"; ideología y realidad social; Oscar A. Martínez: Los trabajadores frente a las nuevas formas de organización del trabajo. El mito de la gestión participativa; Carlos Abale: La crisis y el porvenir del capitalismo no se explican sólo por la lógica de "El Capital" pero sin ella son incomprensibles; François Chesnais: Una conmoción en los parámetros económicos mundiales y en las confrontaciones políticas y sociales; James Petras: Bases políticas y sociales de variaciones regionales en las ocupaciones de tierra en Brasil; István Mészáros: La reproducción del metabolismo social del orden del capital; Immanuel Wallerstein: Incertidumbre y creatividad. Debate: Michael Löwy - Alex Callinicos.

TEORÍA E DEBATE. Revista Trimestral da Fundação Perseu Abramo, año 10, Nro 36, oct-dic 1997, San Pablo. P. Singer: da crise financeira à crise econômica; E. Pietá: Polícia: modelo militar x modelo civil; B.R. Paiva de Brito: Milher, negra e pobre a tripla discriminação; entrevistas a J. Dirceu y F. Konder Comparato. Dossier Manifiesto Comunista 150 años: M.A. García, C.N. Coutinho, T. Genro y J. Machado. M. Sokal; Maastricht: o prenúncio de uma outra batalha maior; J. Almeida: O trote de Alan Sokal nos pós-modernistas. Críticas de libros: Eventos.

RAZÓN Y REVOLUCIÓN. Teoría - historia - política, nº 3, invierno 1997. Dossier: Cien años de lucha Socialista: N. I. Carrera, R. Ghioldi, S. Frondizi, R. Puiggrós, H. Camarero, Y. Antognasi, A. Bonnet, E. Sartelli. Debate: La guerra civil española: E. Monzó; Tecnología y clases sociales en el Agro: E. Sartelli; La ocupación de fábricas en 1964: F. Fernández, E. Cotarelo; Lenin, Trotsky: fracción y partido, de Crenzel; Estética y política, R. Amigo; Género, sexualidad y política, P. Ben; Marxismo y tecnología, C. Katz. Crítica de libros, Comunicaciones.



IV Encuentro de Revistas Latinoamericanas Marxistas

Buenos Aires, Argentina, del 25 al 27
de septiembre de 1998

El *Manifiesto Comunista* hoy en América latina

Panel Internacional

Una lectura del *Manifiesto* a la luz de la realidad latinoamericana

Talleres

El capital

Transformaciones y perspectivas del capitalismo latinoamericano y mundial

Política, Estado y formas de dominación

Aparato estatal, formas de representación, partidos y movimientos sociopolíticos

Vida cotidiana y formas de sociabilidad

Problemas de género, etnia, minorías

Cultura e ideologías

Respuestas al neoliberalismo y al posmodernismo en el debate ideológico latinoamericano

Fecha límite para la presentación de ponencias: viernes 17 de julio de 1998

I Reunión anual: espacio de reflexión e intercambio entre revistas argentinas marxistas y del pensamiento crítico

Primeras publicaciones convocantes desde Argentina:

Cuadernos del Sur, Cuadernos Marxistas, Debate Marxista, Doxa, En Defensa del Marxismo, Herramienta, Luxemburg, Periferias, Razón y Revolución

Integran esta convocatoria:

Brasil: *Brasil Revolucionario, Praxis, Teoría & Praxis, Crítica Marxista*

Uruguay: *Alfaguara*

Para comunicarse con nosotros:

e-mail a: marxlat@dia.edu.ar

Envío de ponencias:

Revista *Cuadernos del Sur*: CC.167 (1406) Buenos Aires

Revista *Doxa*: Av. Córdoba 5594, 2º p. (1414) Buenos Aires

Revista *En Defensa del Marxismo*: Ayacucho 448 (1026) Buenos Aires

Revista *Periferias*: Rivadavia 2358, 5 «B» (1034) Buenos Aires

Encuentro Internacional
París, 13 al 16 de mayo de 1998

El Manifiesto Comunista 150 años después

¿Qué alternativa al capitalismo?

- * Contribuir a la investigación retrospectiva de la idea revolucionaria, del socialismo y del comunismo.
- * Confrontar estas ideas con sus realizaciones,

¿Qué emancipación humana?

- sus aportes, sus tragedias y sus hechos.
- * Evaluar los déficits de este fin de siglo y el porvenir del proyecto emancipador, de un comunismo liberador de la humanidad.

Espaces-Marx / 64, bd Blanqui - 75013 - París, France

Tel: 33 1 42 17 45 10 / fax: 33 1 45 35 92 04

e-mail: manifeste@internatuf.org

Encuentro Internacional
San Pablo, Brasil, 27 al 30 de abril de 1998

1848 - 1998 150 años del *Manifiesto Comunista*

Información:

Tel: 55 11 242.9411 / fax: 55 11 270.1091

e-mail: refletir@sol.com.br

Amnistía para Toni Negri

E. Balibar, P. Braouezec, M. Löwy, J. Ralite y J-M. Vincent*

Toni Negri, condenado en varias ocasiones por los tribunales italianos como “responsable moral” de los enfrentamientos entre militantes y policías durante los años 70, exiliado en Francia desde 1983, ha decidido volver a Italia. Desde el 1º de julio se encuentra encarcelado en la prisión de Rebibbia, cerca de Roma. Con este gesto, quiere plantear la cuestión de una amnistía general para los prisioneros políticos italianos.

Filósofo conocido mundialmente por la originalidad y el rigor de sus trabajos sobre Descartes, Spinoza y Marx, Toni Negri fue el principal dirigente del grupo «Potere Operaio» (autodisuelto en 1973) y uno de los inspiradores de la corriente denominada «Autonomía obrera» durante los años 70. Encarcelado en 1979, pasó, pese a una primera absolución en 1980, cuatro años y medios en prisión preventiva. Elegido diputado en 1983, decide, tras la retirada de su inmunidad por una escasa mayoría de la Cámara, refugiarse en Francia. Casi veinte años después de los acontecimientos, sigue –sobre la base de testimonios de «arrepentidos»– condenado a varios años de cárcel. En su momento, Amnistía Internacional denunció las numerosas irregularidades jurídicas de los procesos en marcha contra él por parte de los tribunales italianos.

Toni Negri ha trabajado mucho en París durante estos catorce años, animando la revista *Futur Antérieur*, enseñando en la Universidad de París VIII y en el Collège International de Philosophie, participando en numerosos seminarios y en investigaciones en ciencias sociales para diferentes ministerios y empresas públicas. Ha publicado varias obras en francés, desde *l'Anomalie sauvage* (1982) y los *Nouveaux espaces de liberté* (con Félix Guattari, 1985) a *Spinoza subversif* (1994) y el *Pouvoir constituant* (1997). Se ha convertido, también en Francia, en uno de los inspiradores del debate político y filosófico sobre el futuro de la democracia. Pero no era un ciudadano de pleno derecho y nunca pudo conseguir la naturalización.

Con su valiente decisión, Toni Negri corre un gran riesgo, pero está dispuesto a poner en juego su libertad para dar un nuevo impulso a la exigencia de una amnistía, no sólo para sí mismo sino también para todos los perseguidos como consecuencia del movimiento social y de los enfrentamientos de los años 70. La mayoría de los países democráticos practican esta amnistía tras los grandes dramas de su vida interna. Sólo una amnistía puede devolver a una vida normal a los centenares de italianos aún en prisión o en el exilio.

Adheridos al Estado de derecho y al reestablecimiento de los derechos humanos ciudadanos allí donde se hayan visto cancelados, pedimos con insistencia a los imputados italianos que respondan a esta invitación a la clemencia, votando la ley de amnistía y permitiendo así la vuelta de Toni Negri y de sus amigos a la vida ívica.

Publicado el 3 de julio de 1997

* Etienne Balibar es profesor de filosofía en París X; Patrick Braouezé es alcalde de Saint-Denis; Michael Löwy es director de investigación en el CNRS; Jack Ralite es antiguo ministro y diputado; Jen-Marie Vincent es profesor de ciencias políticas en París VII.

Reproducid y haced circular este llamamiento.

Si deseas manifestar vuestra solidaridad con Toni Negri uniéndonos en este llamamiento, podéis escribir a: Patrick Dieuaide, 129 bd. de Ménilmontand, 75011 Paris.

O directamente por e-mail: laurent@ecn.org Subject: Toni Negri

Si quieres escribir a Toni Negri en la cárcel, esta es la dirección postal:

Antonio Negri

Casa di Reclusioni di Rebibbia

Via Bartolo Longo 72

00156 Roma, Italia



C o r r e o d e P r e n s a I n t e r n a c i o n a l

Xola 81
Col. Alamos
C.P. 03400 México, D. F.
México
Tel/fax (5) 590 0708
csapn@laneta.apc.org

dialéktica

Secretaría General C.E.F. y L. • Revista de Filosofía y Teoría Social

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas



Una ventana
al Mundo

REVISTA BIMESTRAL

Reflexión creativa • Plural • Búsqueda • Artículos que
brindan las más diversas opiniones de América Latina
y el mundo

SUSCRIPCION ANUAL (6 números) \$ 30.-

En los kioscos de la Capital • Gran Buenos Aires y el interior del país.

NUMEROS ANTERIORES

Av. de Mayo 1370 • Piso 14 • Oficinas 355/56 • C.P. 1362
Buenos Aires - ARGENTINA

 realidad
económica

ADE

hipólito yrigoyen 1116 piso 4° 1086 buenos aires

Viento del Sur

Revista de ideas, historia y política

RAZON Y REVOLUCION

Teoría - Historia - Política

VIENTO SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

TALLER

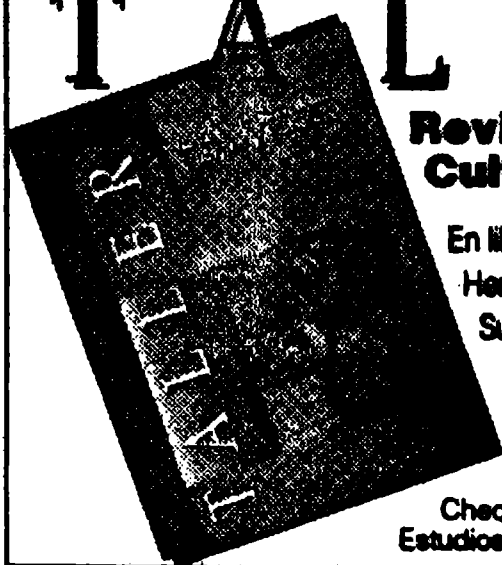
Revista de Sociedad,
Cultura y Política

En librerías: Gandhi, Prometeo, Liberarte,
Hernández, Losada.

Subscripción anual (3 números) \$25

Virrey del Pino 2446 pb
1426 Buenos Aires

Cheques a nombre de la Asociación de
Estudios de Cultura y Sociedad



Cuadernos del Sur

U. ECO / E. GRÜNER /
B. KAGARLITSKY /
M. BELLUCCI / M. LÖWY /
A. DABAT / A. SHAIK /
J. HOLLOWAY /
A. BONNET / E. M. WOOD /
W. BONEFELD

*Dossier: 150 años del Manifiesto
Comunista*

ANA DINERSTEIN

*Argentina: desocupados en Lucha.
Contradicción en movimiento.*

DIANA HOSHRAICH

*Asia: Crisis bancarias y conmociones
monetarias: ¿una vulnerabilidad
generalizada?*

GEORGE LABICA

El marxismo entre ciencia y utopía.

DENIS BERGER

Internacionalismo e internacional (es).

Artista plástico invitado: Oscar Smöje